



El Señor de Bembibre

ENRIQUE GIL Y CARRASCO.

EL SEÑOR DE BEMBIBRE

(NOVELA HISTÓRICA)

FACTOR IDEAL PARA LA CLASE DE LECTURA
EN LAS ESCUELAS PRIMARIAS.

P. R. y M.

f. 1131463
C. 7138637

ENRIQUE GIL Y CARRASCO

EL SEÑOR DE BEMBIBRE

(NOVELA HISTORICA)

ADAPTACIÓN HECHA PARA LA CLASE DE LECTURA
EN LAS ESCUELAS PRIMARIAS

POR

P. R. y M.



IMP. DE BENITO IZAQUIRRE
Churruga, 17 - Madrid
1925

ES PROPIEDAD DEL ADAPTADOR

Queda hecho
el depósito que marca la ley.



R. 144495

PRELIMINAR

Enrique Gil y Carrasco fué un escritor leonés de lo más delicado y representativo de su época. Nació en Villafranca del Bierzo el 15 de julio de 1815 y vivió en otras poblaciones de la región berciana, entre las cuales se cuentan Ponferrada y Espinareda. Cuando apenas contaba veinte años, se trasladó a Madrid, deseoso de abrirse camino en el mundo de las letras, no tardando en granjearse el respeto y la amistad de los poetas y literatos de su tiempo, que pronto reconocieron en su nuevo camarada dotes excepcionales, entre las que se destacaban, un exquisito temperamento poético y una correcta y hábil expresión literaria. Después de unos años de activa y fecunda labor, escribiendo en la prensa madrileña sobre temas de diversa índole, se trasladó a Berlín, comisionado por el gobierno español, para desempeñar, cerca de la Corte prusiana, una importante y delicada misión política. El éxito más lisonjero coronó el esfuerzo y habilidad desplegados por Enrique Gil en el desempeño de su cometido, pero una cruel enfermedad que desde hacía algún tiempo amenazaba su vida, se agudizó hasta el extremo de arrastrarle al sepulcro el 22 de febrero de 1846. Desde entonces, en el cementerio católico de Berlín, se alza un sencillo monumento que hizo colocar uno de sus amigos, a la vez que llenaba de rosadas plantas el sepulcro, como homenaje al que en vida había sido cantor de las flores.

Enrique Gil se dió a conocer, como poeta, en varias composiciones rebosantes de noble inspiración y de honda melancolía, y este carácter, no obedecía a influencias del ambiente romántico, sino que la tristeza de sus versos son una consecuente rima de su vida toda, ya que le tocó en suerte un vivir lleno de privaciones económicas y de sufrimientos, aumentados al saber que en su débil y enferma naturaleza llevaba la sentencia de una muerte prematura. Poesías como las tituladas «La gota de rocío», «La violeta», «A Polonia», etc., fueron bastante para otor-

gar un puesto de honor en el parnaso español, al más preclaro de los poetas leoneses.

Su vasto ingenio le permitió cultivar, siempre con éxito, diferentes aspectos de la literatura, distinguiéndose, ya por sus admirables artículos de crítica literaria, ya por sus interesantes apuntes de viaje o acabados estudios de costumbres, en los cuales se revela como un admirable pintor de tipos, escenas y paisajes, como puede apreciarse en sus trabajos titulados «Bosques de un viaje a una provincia del interior», «El Segador», «Los montañeses de León», etc.

Pero su obra más famosa, y que perdurará a través de los siglos, es la hermosísima novela histórica titulada «El Señor de Bembibre». En ella nos presenta su autor, bajo una ficción novelesca, llena de bellezas literarias, el impulso vigoroso de un sano idealismo y los nobles sentimientos de la hidalga tierra leonesa, por él tan conocida y amada. No es fácil encontrar entre nuestros escritores, caso de tanta devoción por la tierra nativa como la sentida por Enrique Gil; esta veneración profunda que por El Bierzo sentía, unida al sentimiento del paisaje que anidaba en su alma, le llevaron a insertar en sus obras párrafos descriptivos, con tanto acierto y fidelidad, que serán siempre modelo de esta clase de literatura. En «El Señor de Bembibre», concede tal importancia a la descripción del paisaje, que el argumento de la obra, parece un pretexto para dar a conocer el vergel berciano, en el cual, según su expresión, la naturaleza depositó una de sus más bellas sonrisas. La importancia de estas descripciones aumenta, si consideramos que, hasta él, ningún escritor nos ofrece cuadros completos de descripción; nuestro poeta fué quien enseñó el camino a los que más tarde cultivaron este género, y gracias a uno de sus hijos cariñosos, León fué la primera provincia, que dió a conocer sus bellezas naturales, injustamente olvidadas hoy, por medio de la prensa y del libro.

Si para todo el que rinde culto a las bellas letras, es de gran interés este género descriptivo que ofrecen las obras de Gil Carrasco, para los leoneses, que conocen y aman los lugares a que se refieren, sube de punto la admiración por el autor y su obra,

ya que al aprecio de su labor literaria, va unida la vibración de los sentimientos más íntimos.

Por otra parte, las escenas que Enrique Gil nos presenta en esta novela, están tan hábilmente urdidas y de tan delicada manera se exponen elevados sentimientos, que dejan en el espíritu del lector gran simpatía por lo bueno y justo, y profunda repugnancia por lo ruín o innoble. Obras de esta catadura moral son las que necesitan los niños para conseguir cálido y elevado temple de espíritu.

Por tener el convencimiento de que cada lectura de esta novela histórica, equivale a una sana y eficaz lección moral, hacemos aparecer esta edición escolar de «El Señor de Bembibre», procurando adaptarla a la capacidad intelectual y económica de las Escuelas primarias, no sin el temor de que nuestra intervención haya eclipsado alguno de sus muchos méritos.

Al hacer la adaptación, nos hemos cuidado de respetar íntegramente sus admirables descripciones, que harán despertar en el lector la emoción del paisaje; respetamos, también, la esencia del elemento histórico, que ayudará a formar juicio sobre la desventurada Orden del Temple, y suprimimos o modificamos, en cambio, algunos puntos, por considerarlos, unas veces innecesarios, y otras, opuestos a la claridad de concepto o de expresión, fieles a nuestro propósito de hacer la obra asequible a la inteligencia infantil.

Lo mejor que puede hacerse para perpetuar la memoria de un autor, es dar a conocer sus obras, y por esto, al ofrecer la presente edición económica de la mejor producción de Enrique Gil, pretendemos rendirle el merecido homenaje de admiración a que se hizo [acreedor por su talento y su cariño a la tierra leonesa, a la vez que creemos prestar un buen servicio a la cultura de los jóvenes escolares poniendo a su alcance un libro modelo de belleza regional y de elevada inspiración.

La generosidad de nuestro propósito, bien puede perdonarnos las deficiencias en que podamos incurrir.

EL ADAPTADOR



El Señor de Bembibre

I



UNA tarde del mes de mayo de uno de los primeros años del siglo XIV, volvían de la feria de Cacabelos, pueblo de la provincia de León, tres individuos, que por su aspecto parecían ser criados de alguno de los grandes señores, que, por entonces, se repartían el dominio de El Bierzo, región de lo más fecundo y lozano de la tierra leonesa. Iban a caballo, y tanto por sus monturas como por sus trajes, revelaban desempeñar oficios bien distintos, dentro de su común condición de criados.

Llevaban los tres conversación muy animada, y, como era natural, hablaban de sus respectivos amos, elogiándolos a menudo y no dejando de mezclar la murmuración con las alabanzas.

—Te digo, Nuño—dijo uno de ellos—que nuestro

amo obra muy acertadamente, al no consentir el matrimonio de su única hija, y heredera de la casa de Arganza, con un hidalguillo de tan poca importancia como el señor de Bembibre, pudiendo unirla a hombre tan poderoso como el Conde de Lemus.

—Pero hombre,—contestó otro de los jinetes, aunque a él no fuesen dirigidas las anteriores palabras.—¿Qué culpa tiene mi señor de las cosas que a nosotros nos pasen? Porque la causa de cuanto dices, es que, estás indignado porque Martina, la doncella de tu joven señora, me pone mejor cara que a ti, y la ira que esto te produce, la vuelves contra mi amo.

Tan mal le pareció esta contestación al criado a quien iba dirigida que, volviendo el potro, se puso a mirar de frente y con amenazador gesto a su interlocutor, mientras que éste se reía en sus barbas. Mal hubiera terminado aquel coloquio sin la oportuna intervencion de Nuño, que censuró las injustas palabras de su compañero, ya que, el señor de Bembibre, era un caballero principal, de gran valor y nobleza y a quien todo el mundo quería y respetaba.

—Lo que yo digo, es que nuestro amo hace muy bien en no dar su hija a don Alvaro Yáñez y en procurar llegue a ser condesa de Lemus y señora de media Galicia.

—No pienso yo así—replico el juicioso Nuño—porque si el conde lleva ventaja al señor de Bembibre en cuestión de bienes, éste le deja muy atrás en virtudes y gallardía, y, sobre todo, en la voluntad de la joven señora que siempre a don Alvaro ha preferido, y de quien todos sabemos está enamorada.

—Pues si está enamorada, que se desenamore;—con-

testó tercamente Mendo—porque al fin, tendrá que hacerlo en cuanto su padre levante la voz, ya que ella es humilde y cariñosa como un ángel.

—La conozco mejor que tú—dijo Nuño—porque la he visto nacer; y aunque por cariño y persuasión dará la vida, si la violentan y tratan mal, solo Dios podrá con ella.

—Pero, hablando ahora sin enfado ni pasión—dijo Millán—¿qué te ha hecho mi amo, Mendo, para que tan enemigo suyo te muestres? Nadie habla así de él en esta tierra, más que tú.

—Yo no tengo para él mala voluntad;—contestó el aludido—y si no hubiera pretendido a nuestra señora, el de Lemus, hubiera visto con gusto a don Alvaro, hacerse dueño en nuestra casa; pero, amigo, conde por señor, nadie lo cambia.

—Pero mi amo, aunque no sea conde, es noble y rico, y además sobrino del maestre de los templarios, y aliado de la Orden.

—¡Valientes herejes y hechiceros!—exclamó entre dientes Mendo.

De esta manera continuaron su conversación los tres criados, en la que, cada cual, hacía alarde de la generosidad y valentía de su señor, hasta que Millán exclamó de pronto:—¿Sería capaz tu ponderado conde, de hacer por su mismo padre lo que don Alvaro hizo por mí?

—¿Qué fué ello?—preguntaron a la vez los dos compañeros.

—Al pasar el puente viejo de Ponferrada, que como sabéis no tiene barandillas, en un día de cruel tempestad, acompañada de centellas, cayó una de éstas delante de mi caballo, y asustado por el resplandor, encabritóse, y

sin saber cómo, ni cómo no, ambos caímos al río de cabeza. Mi señor, despreciando el peligro, metió las espuelas a su caballo y se tiró al río tras de mí. Poco faltó para que los dos nos ahogásemos, pero agarrado por los cabellos logró llevarme hasta la orilla. Al recobrar la tranquilidad, no sabía cómo darle las gracias; un nudo se me puso en la garganta y no me dejaba hablar, pero él que lo conoció, se sonrió y me dijo:—No ha sido nada, hombre, sosiégate y calla lo que ha pasado, porque si no, es posible que te juzguen mal jinete.

—Gallardo lance—exclamó con entusiasmo Mendo.—Una acción como ésta, vale casi tanto como el mejor condado de España.

Con estas y otras parecidas razones, llegaron al pueblo de Arganza, y se apearon en la casa solariega del ilustre don Alonso Ossorio.

* * *

Tenía don Alonso Ossorio, señor de Arganza, una sola hija llamada Beatriz, en la cual había puesto todas sus esperanzas, pues aunque entonces tenía muy pocos años, ya prometía tanta belleza como generosidad y talento. Su madre, doña Blanca de Balboa, no estimaba en menos a su heredera, y sobre ella concentraba toda su ternura y acendrado cariño, instruyéndola y educándola con el mayor esmero e inteligencia. De esta manera, crecía doña Beatriz, como una azucena gentil y fragante al calor del amor maternal, defendida por el nombre y poder de su padre, y cercada del respeto y afecto de sus criados, para

quienes tenía siempre palabras cariñosas y liberalidad mediadora de desdichas.

Dadas estas condiciones extraordinarias, tanto en bienes de fortuna como en virtudes, pensó su padre buscarle un esposo digno de sus merecimientos. Por aquella época no había, en El Bierzo, más que dos familias que gozasen de elevado nivel social: una era la de Arganza, otra la antigua familia de los Yáñez, cuyos dos únicos miembros eran don Alvaro y su tío don Rodrigo, maestre del Temple en Castilla. Había perdido aquél de niño a sus padres, y su tío, que en esa época era Comendador de la Orden, le había educado como correspondía a un caballero tan principal, teniendo la satisfacción de ver coronado su esmero y trabajo con el éxito más brillante. Como todo buen noble de su tiempo, abrazó el joven la profesión de las armas y sufrió las penalidades de la guerra, logrando por su valor, gran prestigio, y por su hidalguía, reputación distinguida.

La condición social de doña Beatriz y don Alvaro en un todo semejante, y la gentileza de ambos, parecían inclinarlos a unir sus destinos. La amistad del señor de Arganza con don Rodrigo Yáñez, cuando este ascendió a maestre provincial de Castilla, proporcionó la base al proyecto de unión de ambas casas, aunque don Alonso Ossorio, no podía disimular el desasosiego que le causaba la idea de que algún día, sus deberes de vasallo del rey, podrían obligarle a pelear contra una Orden, que, como la del Temple, era ya objeto de celos y de envidias pero de cuya alianza no le permitía separarse el amor y fidelidad a su futuro yerno.

No considerando probable esta contingencia, no le pa-

recía sensato sacrificar a esos lejanos temores, la honra de su casa y la ventura de su hija.

El maestro y sobre todo don Alonso, habrían querido que semejante enlace se hubiera llevado a efecto muy pronto, pero doña Blanca, cuyo corazón era todo ternura y bondad, deseaba que antes se conociesen y tratasen los jóvenes, para apreciar la consonancia de sus sentimientos, que cuando se logra, es la mejor fiadora de la paz y dicha domésticas. Así se lo pidió reiteradamente a su esposo, y al fin, lo obtuvo. ¡Nunca hubiera hecho tal petición la bondadosa madre, de saber cuántas desgracias preparaba con ella!

Al poco tiempo, comenzó en Francia a formarse aquella tempestad contra la famosa caballería del Temple, que más tarde la hizo desaparecer, y el mismo peligro empezó a amenazar a los templarios españoles, con lo cual se avivaron los temores del señor de Arganza que, sobradamente conocía a don Alvaro, para saber que era incapaz de abandonar en los momentos de desgracia, a los que habían sido sus amigos en la fortuna.

Pero a este motivo, que en el fondo no estaba desprovisto de razón, se unía otro, que abrigaba poca nobleza. El conde de Lemus había solicitado la mano de doña Beatriz por medio del infante don Juan, tío del rey don Fernando IV, con quien estaba unido don Alonso por lazos de amistad y gratitud, desde su corto reinado en León. Impulsado por la ambición de emparentar con un linaje tan rico y poderoso, olvidó don Alonso lo proyectado con el maestro del Temple, y se dispuso a lograr sus deseos y los del conde de Lemus. Tal era el estado de cosas aquella tarde en que regresaban de Cacabelos,

los criados de don Alonso y el escudero de don Alvaro.

Entre tanto, el señor de Bembibre y doña Beatriz, sentados en el hueco de una ventana de forma apuntada, ofrecían un hermoso cuadro de amor y gentileza, al que un florido paisaje, de árboles suavemente agitados por el viento y de dulcísimo y perfumado ambiente, servía de marco adecuado. Numerosos jilguerillos y ruiseñores con sus melodiosos trinos, terminaban de hacer deliciosa aquella tarde.

Doña Beatriz paseaba sus ojos errantes y empañados de lágrimas, por los distintos objetos que la rodeaban, y, don Alvaro, con los suyos fijos en ella, seguía con ansia todos sus movimientos. Los dos jóvenes estaban angustiados y no se atrevían a romper el silencio.

Al fin, don Alvaro habló, y dijo con voz grave y melancólica:—¿Queréis dicirme, señora, qué significa el re-
tramiento de vuestro padre para conmigo? Mi corazón me anuncia, desde que corren esos rumores sobre el conde de Lemus, que piensan en separarme de vos. ¿Es verdad, doña Beatriz?—La joven bajó los ojos y no respondió.

—¡Ah! ¿conque es cierto—continuó diciendo el caballero;—y también lo será,—añadió con voz temblorosa—que han elegido vuestra mano para descargarme el golpe?

Hubo entonces otro momento de silencio, al cabo del cual, doña Beatriz levantó sus hermosos ojos bañados en lágrimas y dijo con una voz tan dulce como dolorida.

—¡También es cierto!

—Escuchadme, doña Beatriz—repuso él, procurando serenarse.—Nunca, hasta ahora, os he dicho, cuán grande y puro es el amor que os profeso, ya que mi actitud y mi conducta toda han sido bien elocuentes. He vivido en el

mundo sólo y sin familia, y este corazón impetuoso, no ha conocido las caricias de una madre ni las dulzuras del hogar. He cruzado por el desierto de mi vida como un peregrino, y al encontraros, he reconocido que vos erais el santuario a donde se dirigían mis inciertos pasos. Mi soberbia no me dejó ver que sois un ángel de luz, situado a demasiada altura para que yo os alcance, y sin embargo ¿quién, Beatriz, os amará en el mundo más que yo?

—¡Ah, ninguno, ninguno!—exclamó ella con un acento que revelaba profundo dolor.—¡Quién nos diría que en ésto habían de terminar nuestros sueños de ventura y nuestras dulces alegrías!

—Beatriz,—contestó don Alvaro,—si me amáis, y apreciáis en algo vuestra tranquilidad, es imposible que os resignéis a llevar una cadena que sería mi perdición y acaso la vuestra.

—Tenéis razón—contestó ella.—No seré yo quien acepte tan grande sacrificio, y, por si ésta fuera la última vez que os hablo, quiero revelaros el propósito que he formado y que abriga mi corazón. Si no os doy el nombre de esposa al pie del altar y delante de mi padre, moriré con el velo de las vírgenes, mas no quiero que se diga que la única hija de la casa de Arganza, mancha con una desobediencia el nombre que ha heredado.

—Y si vuestro padre, sin respeto para vuestros sentimientos, os obligase a dar la mano al conde ¿qué resistencia opondrías?

—Delante del mundo entero, diría: ¡No!

—Y tendrías valor para resistir la idea del escándalo y bochorno que recaería sobre vuestra familia?

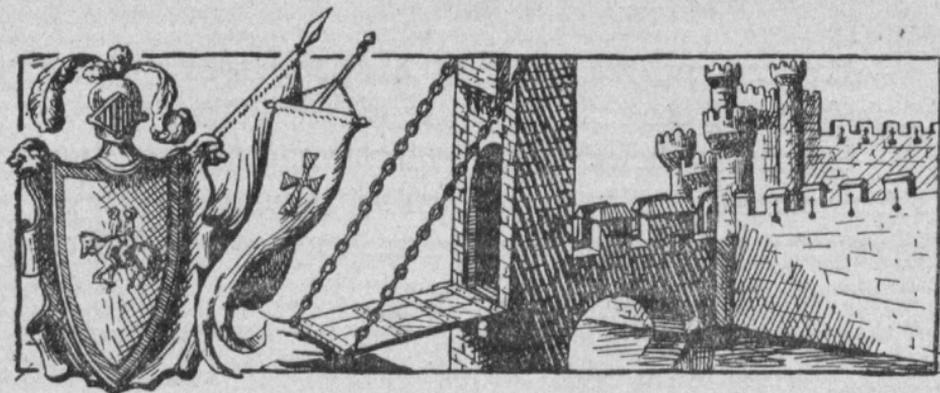
—Entonces pediría auxilio al Todopoderoso y El me daría fuerzas; pero repito que vuestra o de Dios.

—Siempre os he adorado, señora, como a una criatura sobrehumana, pero hasta hoy, no había conocido el tesoro celestial que en vos se encierra. Perderos ahora, sería perder toda fe y esperanza en la vida.

—Id, en paz y seguro, noble don Alvaro, que si pueden alejaros de mi vista, no les será tan fácil avasallar mi voluntad.

El caballero se inclinó, le beso la mano con mudo ademán y salió de la habitación lentamente. En el patio le esperaba su fiel Millán, teniendo de las riendas a su famoso caballo Almanzor, y subiendo sobre él, salió como un rayo de aquella casa, donde una desdichada doncella se deshacía en lágrimas amargas.





A excitación nerviosa que invadía a don Alvaro cuando dejó el palacio de Arganza, le sugirió la idea de retar a mortal combate al conde de Lemus, apartando de este modo, el mayor obstáculo de cuantos mediaban por entonces, entre él y doña Beatriz.

Aquel mismo día le había visto en Cacabelos y, por consiguiente, tomó el camino que a este pueblo conducía. Pero a la perspicacia del escudero, no pasaron inadvertidos el disgustado gesto, los ademanes violentos y la palabra dura y precipitada de su amo, que unido a lo que del noviazgo sabía le hizo suponer cuál podía ser la determinación de don Alvaro, y se atrevió a decirle:

—Señor, el conde no está ya en Cacabelos, porque esta tarde, antes de salir yo, llegó un enviado del rey y le entregó una carta que le hizo salir precipitadamente en dirección a Galicia.

Aunque no pudo don Alvaro disimular el disgusto que le produjo aquella intromisión del buen Millán en sus pensamientos, la tomó en consideración y dedujo que continuaba la trama infernal urdida contra el Temple.

—Ya nada tengo que hacer en Cacabelos,—dijo don Alvaro a Millán a la vez que cambiaba de dirección a su caballo;—esta noche la pasaremos en Ponferrada, pero mientras llegamos allí, quiero que me digas qué rumores han corrido por la feria, acerca de los caballeros templarios.

—¡Muchos y muy extraños, señor!—replicó el escudero.—Dicen que por las raras ceremonias y las cosas terribles que hacen, el Papa los ha excomulgado en Francia, que los tienen presos y piensan castigarlos; y en verdad, que si son ciertas las cosas que de ellos dicen, más bien parecen hazañas de judíos que de caballeros cristianos.

—Pero ¿qué cosas y qué hazañas son esas?

—Dicen que reniegan de Jesucristo, que adoran a un gato y le rinden culto como a un Dios, y que en virtud de un pacto con el diablo hacen oro, y por eso están tan ricos.

Tras de ésto, el buen escudero, siguió ensartando todas las groseras calumnias que en aquella época de credulidad e ignorancia se inventaban para minar el poder del Temple. Don Alvaro, que al principio escuchó con interés a Millán por si le descubría algo nuevo, no tardó en abstraerse con las reflexiones propias de su situación. No por esto dejó de advertir a su escudero, que, en adelante, hablase con más comedimiento, y pensase mejor de una Orden con quien tenía concertadas alianza y amistad, y no recogiese sin reservas, las hablillas de un vulgo necio

y malicioso. El escudero se apresuró a decir que él contaba lo que había oído, pero que nada de ello creía.

Con esta conversación llegaron a la barbacana del castillo de Ponferrada. Tocó allí don Alvaro un cuerno que traía pendiente del cuello, y, abriéndose la puerta, cayó en seguida el puente levadizo, entrando amo y escudero en la plaza de armas.

Todavía se conserva esta hermosa fortaleza aunque algo deteriorada por la acción demoledora del tiempo. Su estructura tiene poco de regular, porque a un fuerte antiguo de formas macizas y pesadas, se añadió por los templarios, un cuerpo de fortificaciones más moderno, en que, la solidez y la gallardía corrían parejas; con ello quedó privada de armonía, pero su conjunto todavía ofrece una masa atrevida y pintoresca. Está situada sobre un altozano, desde el cual se contempla todo El Bierzo bajo, con la infinita variedad de sus accidentes, y el río Sil que corre a sus pies para juntarse un poco más abajo con el Boeza, parece rendirle homenaje. Este castillo, sin contar otros varios, era una buena muestra del poder de sus poseedores.

Don Alvaro dejó su caballo en manos de unos esclavos africanos, y acompañado de dos aspirantes, subió a la sala maestral, ricamente tapizada y adornada; otro aspirante, que hacía la guardia en la antecámara, le introdujo en el aposento de su tío.

Era éste un anciano venerable, alto, delgado, con barba y cabellos blancos y de aspecto bondadoso y agradable. Vestía el hábito blanco de la Orden, y exteriormente no daba idea de su elevado cargo, pues apenas se distinguía de un simple caballero.

El maestro, que había salido al encuentro de don Alvaro, después de abrazarle con un poco más de emoción de la acostumbrada, le llevó a una especie de celda en que de ordinario estaba y cuyos muebles revelaban una gran austeridad y modestia, de las que don Rodrigo quería dar vivo ejemplo. Después de sentarse ambos sobre taburetes de madera y cerca de una tosca mesa de nogal, sobre la cual ardía una lámpara enorme de cobre, don Alvaro hizo al anciano una detallada relación de todo lo sucedido, escuchándole el maestro con la mayor atención.

—En todo eso, respondió por último,—estoy viendo la mano del que degolló al niño Guzmán delante de las murallas de Tarifa y en presencia de su padre. El conde de Lemus está obligado a él y a otros señores que sueñan con la ruina del Temple para enriquecerse con sus despojos, y temen que tu unión con una señora de casa tan poderosa, aumente nuestras fuerzas, ya bastante temibles para ellos; por esto han adulado la ambición de don Alonso y puesto en ejecución todas sus malas artes para separaros. ¡Pobre doña Beatriz!—añadió con melancolía—¿quién le diría a su piadosa madre, cuando con tanto afán y solicitud la criaba, que su hija había de ser el premio de una intriga tan ruin?

—Pero tío—repuso don Alvaro,—¿creéis que el señor de Arganza se hará sordo a la voz del honor y de la naturaleza?

—A todo, hijo mío—contestó el templario.—La vanidad y la ambición secan las fuentes del alma, y con ellas se aparta el hombre de Dios, de quien viene la virtud y la verdadera nobleza.

—¿Pero no hay entre vos y él algún pacto formal?

—Ninguno. Desgraciado fué tu sino desde la cuna y parece que desgraciado ha de continuar, porque si doña Blanca, que tanta estimación te profesa, no se hubiera opuesto a vuestro enlace para dar tiempo a que os conocieseis y os amaseis como ella deseaba, nada de esto ocurriría.

Por tanto, a nada podemos obligarla aunque su conciencia la condene.

—¿Conque es decir,—exclamó don Alvaro,—que no me queda más camino que el que la desesperación me señale?

—Te queda la confianza en Dios y en tu propio honor. Pero quizá encontremos algún medio humano bastante fuerte para desviar a don Alonso del camino de perdición por donde quiere llevar a su hija. Yo no le hablaré sino como último recurso, porque podría ser contraproducente mi intervención, pero mañana irás a Carracedo con una carta mía para el abad, que por su carácter de confesor de la casa de Arganza, podrá influir mucho sobre don Alonso Ossorio. En nombre de la amistad particular y de las buenas relaciones de su Orden y la mía, creo que me atenderá.

Comenzó después don Alvaro a hablar al anciano de los rumores que circulaban sobre el Temple. Durante su conversación bajaron la escalera y llegaron al extremo de la gran plaza de armas cuyos muros dan al río.

El maestre se sentó en un asiento de piedra que había a cada lado de las almenas y su sobrino ocupó el de enfrente.

—Tú creerás tal vez, hijo mío,—le dijo,—que el poder

de los templarios es inmenso, porque en Castilla poseen más de veinticuatro grandes fortalezas, en Aragón ciudades enteras, y en toda Europa tienen dominios.

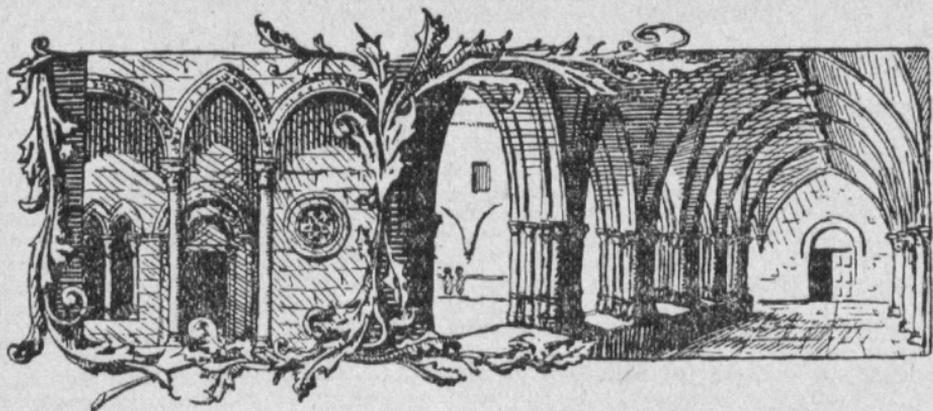
—Así lo creo—respondió el joven.

—Así lo creen la mayor parte de los nuestros,—contestó el maestre—y por eso el orgullo se ha apoderado de nosotros; el orgullo que perdió al primer hombre y perderá a tantos de sus hijos. Por contestar con el desdén y la soberbia, en Palestina, a las quejas y envidia de los demás, el resultado fué perderla. ¡Oh Jerusalén, Jerusalén, nuestra única y verdadera patria, ciudad de perfecto decoro, alegría de toda la tierra, en ti se quedó la fuerza de nuestros brazos y con tu pérdida exhalamos nuestro último suspiro!

Siguió el maestre relatando a su sobrino las desventuras de la Orden y el temor a nuevos e inicuos atropellos, hasta que la campana del castillo anunció la hora del recogimiento con lúgubres y melancólicos tañidos, que derramándose por aquellas soledades y quebrándose entre los peñascos del río, morían a lo lejos mezclados a su murmullo, con un rumor prolongado y extraño.

—La hora de la última oración y del silencio,—dijo el maestre.—Vete, hijo mío, y prepárate para el viaje de mañana.

Don Alvaro acompañó a su tío hasta su aposento, y después de haberle besado la mano, se encaminó al suyo donde al cabo de mucho desasosiego, se rindió al sueño, postrado por las fuertes impresiones de aquel día.



III



LA Orden del Temple había nacido al calor y amparo de la generosa idea, sentida por toda la cristiandad, de rescatar el sepulcro de Jesucristo de las manos de los infieles. Contra ellos luchó con el mayor fervor, y muchísimos de sus caballeros perdieron la vida en los campos de batalla. Los reglamentos a que estaba sometida les imponía una vida llena de sacrificios y de austeridades; el descanso del monje y la gloria y pompa mudana del soldado, les estaban prohibidos, y toda su existencia se deslizaba en un constante tejer de fatigas y abnegaciones.

En un principio, toda Europa se había apresurado a honrar a una Orden que contaba tantos héroes como soldados, y los privilegios y riquezas que sobre ella cayeron, la hicieron en poco tiempo temible y poderosa. Pero el tiempo que todo lo mina, la riqueza que hace soberbios

aún a los más humildes y la fragilidad de la naturaleza humana, que termina por rendirse ante continuados esfuerzos, y sobre todo, la irritación que en los templarios produjeron los desastres en Tierra Santa, y la pérdida de Palestina, hicieron oscurecer las páginas de la historia del Temple, limpias y resplandecientes al principio. Pero sus faltas, fueron extraordinariamente exageradas por la envidia que ocasionaban sus riquezas, y los celos que inspiraba su poder.

El temor de los monarcas no dejaba de tener cierto fundamento, porque los caballeros teutónicos se acababan de arrojar sobre Prusia y, aunque eran menos poderosos que los templarios, por su experiencia en las armas y su temible caballería, fundaron un estado que ha llegado a tener gran fuerza y esplendor.

Felipe el Hermoso, rey de Francia, para alejar todo peligro, y conocedor de la grandiosa riqueza del Temple desde que en una ocasión, la Orden le proporcionó hospitalidad contra una conmoción popular, pretendió hacerse nombrar maestro general, pero el desaire que recibió, junto con su codicia, le determinaron a emprender una atroz persecución contra los caballeros templarios. El Papa que, como único juez de una corporación eclesiástica, debía oponerse a las ilegales invasiones del monarca, no se atrevió por diferentes causas, a contrariar al poderoso rey de Francia, y ésto fué causa de que muchas gentes, y, en especial los eclesiásticos, se inclinasen a pensar mal de la Orden. Así las viles y monstruosas calumnias del rey Felipe, adquirirían cada día, más popularidad y arraigo.

Los templarios españoles, por la continua guerra con los sarracenos, conservaban costumbres más puras y

acendradas, por lo cual eran algo más respetados y un poco menos aborrecidos que los de otros países, mas no por eso dejaban de ser objeto de envidia para los grandes, y de aversión para los pequeños, perdiendo, poco a poco, su prestigio y autoridad.

Estas reflexiones se las hacía con frecuencia el maestro y eran causa de su constante tristeza. Don Alvaro, de temperamento más ardiente y menos reflexivo que su tío, no acertaba a explicarse el desaliendo de persona tan valerosa y sensata como don Rodrigo, y por ésto caminaba al día siguiente hacia Carracedo, algo más distraído, con sus propias tristezas y zozobras, que preocupado de los riesgos que amenazaban a sus nobles aliados. Es natural que así sucediera, ya que de la plática que iba a tener con el abad de Carracedo, dependía, tal vez, la más dulce esperanza de su vida.

Caminaba don Alvaro, silencioso y agitado por varios y opuestos sentimientos, sin fijarse en el risueño paisaje que embellecían los primeros rayos del sol de mayo. A su espalda quedaba la fortaleza de Ponferrada; por la derecha se extendía la dehesa de Fuentes Nuevas, con sus hermosos collados plantados de viñas que se empinaban por detrás de sus robles; por la izquierda corría el río entre los sotos, pueblos y praderas que esmaltan su bendecida orilla y adornan la falda de las sierras de La Aquiana, y al frente descollaba por entre castaños y nogales, casi cubierta con sus copas y en vergel perpetuo de verdura, la majestuosa mole del monasterio fundado a la márgen del Cúa por don Bernardo el Gotoso y reedificado y ensanchado por la piedad de don Alfonso el emperador y de su hermana doña Sancha. Cantaban los pájaros alegre-

mente y el aire fresco de la mañana venía cargado de aromas por las muchas flores silvestres que se abrían para recibir las primeras miradas del padre día.

Gracias a la velocidad de su caballo Almanzor, que don Alvaro había ganado en la campaña de Andalucía a un moro notable a quien venció, pronto se halló a la puerta del convento. Uno de los maceros que la guardaban, tiró del cordel de una campana avisando la llegada de un huésped de alta alcurnia. Bajaron dos monjes a recibirle y le condujeron a la cámara de respeto, en la que solía recibir el abad a los forasteros de distinción. Era este aposento, el mismo donde la Infanta doña Sancha, había administrado justicia a los pueblos de El Bierzo, derramando sobre sus infortunios los tesoros de su corazón misericordioso.

Los religiosos dejaron en esta sala a don Alvaro y no tardó en llegar el abad, conociéndose a primera vista por su aspecto que, en su carácter, sobresalían más la austeridad y el rigor que la mansedumbre evangélica. A pesar de ésto, recibió a don Alvaro con bondad y efusión, y después de cambiar el saludo y varias palabras de cortesía, se puso a leer la carta del maestro. A medida que la recorría, iba nublandose su semblante, y sus gestos anunciaban tristes presagios para don Alvaro, hasta que concluída, dijo con voz enérgica y sonora:

—Siempre he estimado a vuestra casa; vuestro padre fué uno de los pocos amigos que Dios me concedió en mi juventud, y vuestro tío, es hombre bueno y justo, a pesar del hábito que le cubre, pero, ¿cómo queréis que yo me mezcle en negocios mundanos, ajenos a mis años y carácter, ni que vaya a desconcertar un proyecto en el que el

señor de Arganza, piensa adquirir tanta honra para su linaje?

—Pero, padre mío,—contestó don Alvaro,—la paz de vuestra hija de penitencia, el amor que la tenéis, la delicadeza de mi proceder, y tal vez la tranquilidad de esta comarca, son asuntos dignos de vuestro sagrado ministerio. ¿Creéis que doña Beatriz, encontrará gran ventura en brazos del conde?

—Pobre y cándida paloma,—repuso el abad con una voz casi enternecida,—su alma es pura como el cristal del lago de Carucedo, cuando en la noche se pintan en su fondo todas las estrellas del cielo, y ese reguero de maldición que ahora se vislumbra, acabará por enturbiar este agua limpia y serena.

Quedáronse ambos callados un buen rato, hasta que el abad, dijo con tono resuelto:

—¿Seríais capaz de cualquier empresa, por lograr a doña Beatriz?

—Sería capaz de todo lo que no me rebajase ante sus ojos.

—Pues entonces, yo haré desistir a don Alonso de sus ambiciosos planes, con una condicion, y es, que os apartéis de la alianza con los templarios.

El rostro de don Alvaro se encendió de ira, pero conteniéndose, pudo responder, aunque en voz algo trémula y cortada.

—¡Otra opinion creí mereceros! ¿Queréis que falte en la hora de peligro a mi buen tío y a sus hermanos? Doña Beatriz sería la primera en despreciar a quien tan mala cuenta daba de su honra. La dicha, siempre vale menos que el honor.

—Nunca consistió la honra,—respondió el abad con vehemencia,—en contribuir a una obra de tinieblas, ni en hacer causa común con los autores de iniquidades.

—¿Y sois vos,—preguntó el caballero con amargo acento,—el que habla en esos términos de sus hermanos de religión? ¿Vos humilláis vuestra sabiduría hasta recoger las murmuraciones de un vulgo fiero y maldiciente?

—¡Ah! repuso el monje; ¡ojalá que solo en boca de la plebe anduviese el nombre del Temple!; pero el Papa ve los desmanes del rey de Francia, sin fulminar sobre él los rayos de su poder, lo cual es buena prueba de que no los cree inocentes.

No pudo menos don Alvaro de sonreirse con amargura y desdén, como contestación a una serie de anatemas que siguió profiriendo el abad.

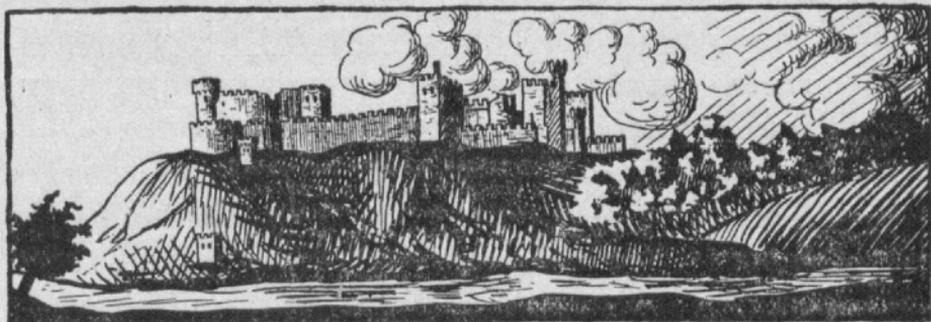
—Nada,—continuó diciendo el monje,—no puedo ayudaros mientras continúe vuestra alianza con esos desventurados, porque lo contrario, sería tanto como contribuir al aumento de su maldad y orgullo.

El caballero al oír ésto se levantó y le dijo:

—Vos sois testigo de que me cerrais todos los caminos de paz. ¡Quiera Dios que no os arrepintais de ello alguna vez!

—El cielo os guarde, buen caballero,—contestó el abad—y os abra los ojos del alma.

Después de acompañarle hasta el patio del monasterio y despedirle, se volvió el abad a su celda, donde se entregó a tristes reflexiones.



IV



PERDIDA la esperanza que en el abad de Carracedo habían puesto, decidióse el maestre a visitar al señor de Arganza, impulsado por la ternura que sentía hacia el único pariente que le quedaba. Así pues, un día de los inmediatos a la desagradable entrevista de Carracedo salió del castillo de Ponferrada con el séquito acostumbrado y se encaminó a Arganza.

La visita fué breve y bastante violenta, porque don Alonso, rehusó una explicación cordial y sincera sobre aquel asunto en que su conciencia era la primera en condenarle. Por tanto, se limitó a una fría y estudiada cortesía, que fué lo bastante para que el maestre comprendiese lo irrevocable de su resolución, y como, por otra parte, el anciano religioso, tenía plena conciencia del honor de su Orden y de su dignidad personal, no perdió el tiempo en súplicas que hubieran resultado inútiles y dió por ter-

minado el asunto, despidiéndose para siempre de aquella casa.

No dejó de alarmarse el señor de Arganza, ante las repetidas muestras de afecto que don Alvaro manifestaba por su hija, y, a fin de cortar de raíz todo género de zozobras, resolvió acelerar lo posible el concertado enlace con el de Lemus. Para lograrlo, una tarde en que doña Beatriz se hallaba con su madre, trabajando en bordar un paño de iglesia que pensaba regalar al monasterio de Villabuena, del que era abadesa una tía suya, entró su padre en el aposento, diciéndole que tenía que hablarle de un asunto de importancia, y dejando la labor se puso a escuchar a don Alonso con la mayor modestia y compostura.

—Hija mía,—le dijo—ya sabes que Dios nos privó de tus hermanos y que tú eres la esperanza única de esta casa.

—Sí, señor,—respondió ella con su voz dulce y melodiosa.

Tu posición, por consiguiente,—continuó su padre,—te obliga a mirar por la honra de tu linaje.

—Sí, padre mío, y bien sabe Dios que ni por un instante he abrigado un pensamiento, que no estuviese de acuerdo con el honor que merecen vuestras canas y con el sosiego de mi madre.

—No esperaba yo menos de la sangre que corre por tus venas. Quería decirte, pues, que ha llegado el momento de ver satisfechos mis más ardientes deseos. El conde de Lemus, el señor más noble y poderoso de Galicia, favorecido del rey, y muy especialmente del infante don Juan, ha solicitado tu mano y yo se la he concedido.

—¿No es ese conde,—repuso doña Beatriz,—el que después de lograr de la noble reina doña María la comar-

ca de Monforte, en Galicia, la traicionó, abandonando sus banderas para unirse a las del infante don Juan?

—El mismo,—contestó don Alonso, un poco contrariado por la pregunta de su hija—¿y qué tenéis que decir de él?

—Que es imposible que mi padre me imponga un esposo a quien no podría amar, ni siquiera respetar. El conde de Lemus, es sin duda, poderoso, pero aunque sé de muchos que le temen y le odian, no he oído hablar de uno que le venere y estime.

La resistencia de su hija, excitó la cólera de don Alonso y le contestó con la mayor dureza:

—Vuestro deber es obedecer y callar y recibir al esposo que vuestro padre os destine.

—Vuestra es mi vida,—dijo doña Beatriz,—y si me lo mandáis, mañana mismo tomaré el hábito en un convento; pero no puedo ser esposa del conde de Lemus.

—¿Es que abrigáis alguna otra pasión? ¿Amais, acaso, al señor de Bembibre?—le preguntó de repente.

—Si, padre mío,—respondió ella con el mayor candor.

—¿Y no os dije que le despidierais?

—Y ya le despedí.

—¿Y cómo no despedisteis también de vuestro corazón esa pasión insensata? Si no lo hicisteis antes, es preciso que lo hagáis ahora.

—Si tal es vuestra voluntad, la ahogaré al pie de los altares; renunciaré a todos mis sueños de ventura, pero no cambiaré a don Alvaro por ningún otro hombre y en adelante, consagraré todo mi amor al esposo celestial.

—Al claustro iréis,—respondió don Alonso, enfurecido por el despecho,—mas no a cumplir vuestros antojos,

no a tomar el hábito, del que os hace indigna vuestro carácter rebelde, sino a aprender en la soledad, la obediencia y el respeto que me debéis.

Diciendo ésto, salió del aposento violentamente y cerrando de golpe la puerta, dejó solas a madre e hija que por un impulso natural y espontáneo se arrojaron una en brazos de la otra. Doña Blanca, deshecha en lágrimas y doña Beatriz conteniendo las suyas, pero llena interiormente de valor, como ocurre a toda alma generosa, en presencia de una injusticia.

—¡Hija mía! ¡hija mía!—dijo doña Blanca en cuanto su congoja la dejó hablar,—¿cómo te has atrevido a irritarle de esa manera cuando nadie tiene valor para resistir sus miradas?

—En eso verá que soy su hija y que he heredado el esfuerzo de su ánimo.

—Y yo,—exclamó su desconsolada madre,—¡que con mi necia prudencia he sido la causa de estos disgustos!

—Madre mía,—dijo la joven,—en vos no ha habido más que bondad y cariño para mí, sosegaos pues, que el Señor nos dará fuerzas y nos protegerá.

La debilidad de carácter de doña Blanca, que le hacía doblegarse a todas las exigencias de su marido, le movió a decir a su hija antes de retirarse a descansar:

—Pero, hija de mi vida, ¿no sería mejor ceder?

Doña Beatriz hizo un gesto muy expresivo, pero no respondió a su madre, sino abrazándola y deseándola una buena noche.

Mucho molestó al señor de Arganza la actitud de su hija que, hasta entonces, había sido dechado de sumisión y respeto. Como estaba resuelto a conservar ilesa su autoridad paternal y a matar aquella pasión de doña Beatriz, que así trastornaba sus planes de engrandecimiento, resolvió llevarla al convento de Villabuena, donde la soledad, el ejemplo, y los consejos de su piadosa tía, contribuirían a cambiar las inclinaciones de su ánimo.

Aunque procuró guardar en secreto el motivo de su determinación no tardó en saberse en la casa y en todo el pueblo, y como todos adoraban a aquella criatura, que, como un ángel de paz y de consuelo, aparecía en los humildes hogares en los momentos de enfermedad y miseria, el día de su partida, fué de llanto y de consternación general.

La despedida de madre e hija no pudo ser más desgradadora. Ya no pudo contener doña Beatriz sus violentos gemidos y sus abundantes lágrimas y la pobre doña Blanca haciendo enormes esfuerzos, fué la consoladora de su hija y la que prodigó palabras de aliento. Por fin, la joven se desprendió de sus brazos, y enjugándose las lágrimas, bajó al patio donde le esperaban su padre y casi todos los criados, que al pasar, le besaban las manos y el borde de su vestido.

La emoción que embargaba a la desventurada no le permitía decir palabra y con cariñosas miradas y gestos, entre melancólicos y agradecidos, se despidió de ellos. Componían la comitiva, su padre, que caminaba un poco delante, en muestra de su enojo y para ocultar su emo-

ción; el viejo Nuño y el rollizo Mendo, y Martina su criada, joven aldeana, de semblante risueño y lleno de viveza, de la cual estaba prendado Mendo que no tardó en entablar con ella animada conversación. Aprovechando esta circunstancia dijo doña Beatriz al viejo montero:

—Acércate, buen Nuño, porque tengo que hablarte. Tú eres el criado más antiguo de la casa y como tal sabes cuánto os he apreciado siempre.

—Sí, señora, y ¿quién me dijera a mí, cuando os llevaba a jugar con misalcones y perros, que habían de venir días como éstos?

—Otros peores vendrán, amigo Nuño, si los que me quieren bien no me ayudan. Ya sabes de lo que se trata, y mucho me temo que mi padre me obligue a tomar por esposo a un hombre repudiado por todos. Si yo tuviera parientes, de nadie más que de ellos solicitaría amparo, pero por desgracia, soy la última de mi linaje. Es preciso, pues, que él me proteja. ¿Me entiendes? ¿Te atreverías a llevarle una carta?

Como Nuño callase, ella añadió:—Piensa que se trata de mi felicidad en esta vida y quizá en la otra.—¿También tú serías capaz de abandonarme?

—No, señora,—respondió el criado con resolución,—venga la carta, que yo se la llevaré aunque el camino estuviera lleno de peligros. Si el amo se entera me castigará y me echará de casa, pero don Alvaro, que es el pundo-nor y la bondad en persona, no me negará un rincón en su castillo.

Doña, Beatriz enternecida, le entregó la carta, y casi no tuvo tiempo de darle las gracias, porque en aquel momento se acercaron Mendo y Martina.

Silenciosamente continuaron su camino por las orillas del Cúa, en las cuales estaba situado el convento de monjas de la Orden de San Bernardo, hermano en su fundación del de Carracedo, y en el cual habían sido religiosas dos princesas de sangre real. El convento ha desaparecido, pero el pueblo de Villabuena, junto al cual estaba, todavía subsiste y ocupa una alegre y risueña situación al pie de unas colinas plantadas de viñedo. Lo rodean praderas y huertas, llenas en su mayor parte de higueras y de toda clase³ de frutales. El río le proporciona riego abundante y fertiliza aquella tierra, en que la naturaleza parece haber derramado una de sus más dulces sonrisas.

Al cabo de hora y media de caminar llegaron delante del monasterio. Su tía y las demás religiosas la recibieron con mucho afecto, haciendo grandes elogios de su modestia y hermosura.

Don Alonso, después de larga conversación con su cuñada partió sin despedirse de su hija, por evitarse un momento doloroso; no así Nuño y Mendo que lo hicieron con toda ternura. Los tres regresaron a Arganza sin cruzar palabra y Nuño después de cenar él y dar pienso a su jaca, salió cerca de media noche con pretexto de aguardar una liebre en un sitio algo lejano y de amaestrar un nuevo galgo que había adquirido, pero en realidad, para llegar a Bembibre en hora en que pudiera entregar con el mayor secreto la carta de doña Beatriz que poco más o menos decía así:

«Mi padre me destierra de su presencia por vuestro amor, y yo sufro contenta este destierro; pero ni vos ni yo, debemos olvidar que es mi padre, y por lo tanto, si en algo tenéis mi cariño, y alguna fe ponéis en mis prome-

sas, espero que no adoptareis ninguna resolución violenta. El primer domingo después del inmediato, procurad quedaros de noche en la iglesia del convento, y os diré lo que ahora no puedo deciros. Dios os guarde y os dé fuerzas para sufrir. >

Con tanta rapidez como acierto desempeñó Nuño su misión, volviendo a casa muy temprano, después de recibir de manos de don Alvaro, como recuerdo, una cadena de plata para colgar el cuerno de caza los días de fiesta.





EFFIGIES S. FLORENTII ABBAT. ET ALPHONSI IMPERATORIS
QUE AD PRINCIPALEM VETERIS ECCLESIE PORTAM
COLLOCATÆ ERANT

V



El recurso a que apeló el señor de Arganza, para arrancar del corazón de su hija el amor que tan profundamente sentía, no era en verdad, el más a propósito; la templanza y la dulzura, hubieran conseguido quizá, cuanto su ambición apetecía, pero ni el temor ni el castigo podrían obtener nada, si no era grabar más hondamente en el pecho de doña Beatriz, aquel acendrado afecto, cuya idea era ya del todo inseparable de sus pensamientos, como sucede a toda inclinación contrariada y adornada con la aureola del martirio.

Su tía, que también entendía de estas desventuras, porque la muerte había deshojado en flor sus tiernos amores, procuraba hacerle llevadero el cautiverio, dándole la posible libertad, y tratándola con el más extremado cariño.

El día que doña Beatriz había señalado en su carta para

la entrevista con don Alvaro, estaba elegido con gran discreción, porque después de la fiesta se repartían limosnas en la iglesia, por lo cual asistió mucho gentío. Disfrazado el caballero, con traje de aldeano, se deslizó entre la concurrencia y con gran cautela pudo esconderse en un confesonario cubierto por delante con una cortina. Terminados los oficios, el sacristán apagó las luces y salió, cerrando las puertas con sus enormes llaves.

Quedóse el templo en un silencio sepulcral y alumbrado por una sola lámpara, cuya llama débil y oscilante más que aclarar los objetos, los confundía. Algunas cabezas de animales y hombres que adornaban los capiteles de las columnas románicas, parecían hacer extraños gestos y visajes, y las figuras doradas de los santos de los altares, en cuyos ojos se reflejaban los rayos vagos y trémulos de aquella luz mortuoria, parecían lanzar centelleantes miradas sobre el atrevido que traía a la mansión de la religión y de la paz, otros cuidados que los del cielo.

En cualquiera otra ocasión, no hubiera dejado de influir sobre el ánimo de don Alvaro, este ambiente tenebroso; pero el deseo de aclarar el enigma oscuro de su suerte y sobre todo, la esperanza de oír aquella voz tan dulce, se sobreponía a toda clase de temores imaginarios. Cuando oyó la campana interior del claustro que tocaba a recogerse y quedó todo en el mismo silencio del templo, se acercó a la reja del coro con indecible ansiedad. Al poco tiempo apareció en el fondo oscuro una forma blanca y ligera que se adelantó silenciosamente y que al llegar a la verja preguntó con voz trémula:

—¿Sois vos, don Alvaro?

—¿Quién sino yo,— respondió él,—vendría a buscar

vuestra mirada en medio del silencio de los sepulcros?

—¿Qué imagináis, don Alvaro, de haberos yo llamado de esta manera?

—Que leáis en mi alma y que con vuestra divina piedad os compadecíais de mi dolor.

—Quizá hayáis pensado en algún medio violento para romper mis cadenas, pero sabed que no basta que me améis, sino que es preciso que me creais, y aguardéis noblemente. De ninguna manera se os ocurra volveros contra mi padre, porque ya os dije que jamás mancharía mi nombre con una desobediencia.

—¡Oh Beatriz!—contestó don Alvaro,—vos no sabéis como despedaza mi alma la idea de vuestros pesares, que yo, miserable de mí, he causado sin tener fuerza para ponerles fin; cuando os imagino en este claustro, con el semblante descompuesto y lleno de lágrimas, no tiene límites mi dolor, y la desesperación me hace recordar que soy noble, que sufrís por mí, y que tengo una espada que puede cortar vuestras ligaduras.

—Ya veo, don Alvaro, que me amáis, como corresponde a vuestra generosidad y nobleza, pero es preciso que me juréis aquí, delante de Dios, que a nada os arrojáis sin consentimiento mío.

—No puedo jurároslo, señora, porque temo que os arrastren hasta el altar y allí os arranquen el consentimiento, en cuyo caso, sólo las armas podrían salvaros.

—No creáis a mi padre capaz de tamaña villanía y si llegara a suceder, solicitaría yo una entrevista con el conde y le diría toda la verdad, para que se viera obligado a ceder.

—Jamás cedería,—contestó don Alvaro,—porque ello sería un rasgo de dignidad y a él no le importa esto, sino llevar a cabo sus planes, y para conseguirlo, acudirá a todas las intrigas.

—En ese caso, yo os avisaré, pero hasta entonces, juradme lo que os he pedido y estad seguro de que nunca seré suya.

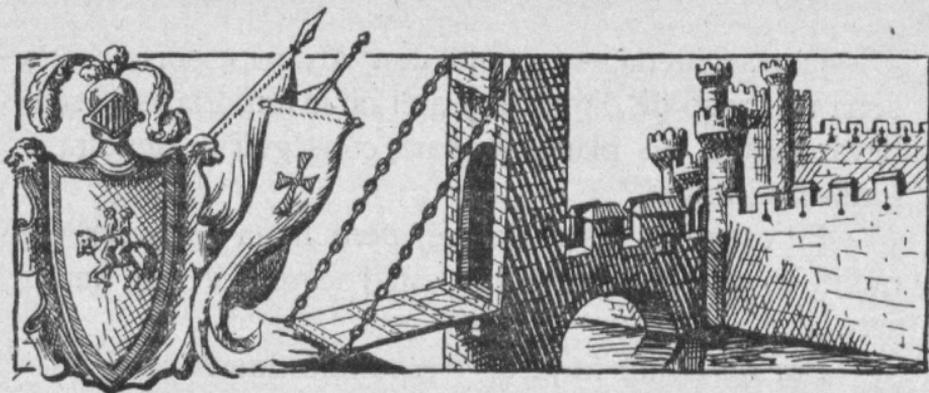
—Por mi honor lo juro,—respondió don Alvaro.

—Separémonos pues, e id con Dios, noble caballero y yo procuraré que nunca maldigais la hora en que os confiásteis a mí.

Fuese doña Beatriz, y don Alvaro se escondió de nuevo, hasta que, ya de día, abrió las puertas de la iglesia el sacristán y dirigiéndose a la sacristía dejó libre la salida al falso aldeano que salió sin ser visto.

En el monte, donde había pasado la noche, le esperaba Millán con los caballos, y montando en ellos, partieron velozmente hacia Bembibre.





VI



A conversación mantenida con doña Beatriz, contribuyó mucho a sosegar el ánimo de don Alvaro, hasta entonces rodeado de sombras y de torturantes dudas que, unidas a su condición violenta e impetuosa, noche y día le hacían estar trazando proyectos a cual más desesperados. Pero el temor a disgustar a su amada, y el recuerdo de los consejos de su tío, el venerable maestro de la Orden, unidos a la voz inexorable de su propio honor, le hacían desistir y caer de nuevo en sus angustias.

El señor de Arganza, siguiendo los consejos de su mujer y de la abadesa, dejó de hostigar a su hija, la cual sentía, cada día, más fuerte aquella pasión.

Esta calma, sin embargo, duró muy poco, porque el conde de Lemus volvió a presentarse reclamando la respuesta a sus pretensiones, y don Alonso exigió a su hija la última e irrevocable resolución. Entonces, doña Bea-

triz, pidió a su padre que la dejase hablar a solas con el conde, a lo cual no pudo menos de acceder

Era don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemus, hombre de frío corazón como la mayor parte de los ambiciosos, sediento de poder y riquezas con que allanar el camino de sus deseos; de muchos temido, de algunos solicitado y odiado de la mayor parte; su nombre había llegado a ser objeto de repugnancia para todas las gentes de algún pundonor y bondad.

Este era el hombre con quien debía unir su suerte doña Beatriz, el cual llegó al convento a celebrar la entrevista por ésta solicitada. En uno de los locutorios y al lado de la reja, aguardaba con impaciencia la aparición de la joven.

Llegó por fin ésta, y haciendo una ligera reverencia se sentó en un sillón colocado en la parte de adentro de la reja, a la vez que indicaba al conde con un ademán lleno de nobleza que se sentase.

—No haré tal, hermosa señora,—respondió él cortesmente,—porque vuestro vasallo nunca querrá igualarse con vos, que en todos los torneos del mundo seríais la reina de la hermosura.

—Galante sois,—respondió doña Beatriz;—pero ya sabéis que las reinas gustamos de ser obedecidas y por tanto espero que os sentéis. Tengo además que deciros cosas de mucha importancia para ambos,—añadió con la mayor seriedad.

El conde se sentó y doña Beatriz siguió diciendo:

—Excusado es decir, que, por lo delicado del asunto os hablo con toda sinceridad. Al haber solicitado mi mano, sin conocerme, me habéis mostrado una confianza que

sólo con otra igual puedo pagaros. Vos no me conocéis y por tanto no me amáis.

—Perdonad,—repuso el conde,—pero vuestra hermosura y excelentes cualidades, gozan de fama en toda Castilla y esto es bastante garantía para la pasión que me inspiráis.

Doña Beatriz molestando por esa galantería hipócrita y estudiada, respondió con firmeza:

—Pues yo no os amo, señor conde, y creo que vuestra hidalga condición no aceptará el matrimonio, sabiendo que mi alma no vive para vos.

—¿Y por qué no, doña Beatriz? Cuando os llaméis mi esposa y veáis que mi vida se consagra por entero a proporcionaros deleite y felicidad, acabaréis por amarme, tanto como yo deseo.

Doña Beatriz comparando este lenguaje artificioso en que no vibraba un acento del alma, con la pasión y arrebato de las palabras de don Alvaro, respondió con toda dignidad y energía:

—Yo nunca podré amaros, porque mi corazón ya no es mío.

Acostumbrado el conde, a ver ceder todas las voluntades delante de la suya, se sorprendió de hallar un enemigo tan decidido en una mujer tan suave y delicada en la apariencia; pero conteniéndose, dijo en tono un tanto mordaz:

—Algo había oído decir de esa extraña inclinación hacia un hidalgo de esta tierra; pero nunca creí que os resistieseis a la voz de vuestro padre y a los deberes de vuestro nacimiento.

—Ese a quien llamáis hidalgo, en tono despectivo, sa-

bed que es tan ilustre como vos, y a la nobleza de su estirpe une la de sus acciones.

—Siento mucho, señora, no haber conocido antes a fondo el estado de vuestro corazón, pero despues de haber llevado tan adelante mi empeño, no corresponde al honor de vuestro padre, ni al mío, el desistir.

—¿Eso quiere decir,—replicó doña Beatriz con amargura,—que yo habré de sacrificarme a vuestro orgullo? Pues creo que estáis equivocado. Id con Dios, y que el cielo os guarde, porque jamás nos volveremos a ver.

Salió el conde sin poder replicar y cuando le vió el señor de Arganza, entró apresuradamente en el locutorio, creyendo que su hija habría variado de modo de pensar. Estaba la joven todavía al lado de la reja, y al ver entrar a su padre, se precipitó de rodillas delante de él, y extendiendo las manos, le dijo con la mayor angustia:

—Padre mío, no me entreguéis a ese hombre indigno; Mirad que seréis responsable delante de Dios, de mi vida y de la salvación de mi alma.

—Hija mía, ya es imposible volverse atrás; si ésto supone para vos un sacrificio, aceptadlo en nombre de vuestro valor y resignáos. Dentro de tres días os casaréis en la capilla de nuestra casa, con el mayor esplendor y boato.

—¡Oh señor, pensadlo bien! Dadme más tiempo si quiera. . .

Don Alonso lleno de indignación ante las tenaces protestas de su hija, salió del locutorio sin volver la vista atrás, y doña Beatriz cayó al suelo lanzando un profundo gemido.



VII



PESAR de los diligentes cuidados que su tía y las monjas le prodigaron, fué largo el ataque que acometió a doña Beatriz. Cuando hubo recobrado plenamente el sentido y la serenidad, rogó que la dejaran sola y que únicamente quedase su criada por si algo se le ofrecía. En el momento que salieron las monjas, se levantó doña Beatriz de la cama en que la habían acostado, y dirigiéndose a su doncella, le dijo atropelladamente:

—Quieren llevarme arrastrando al templo de Dios, a que mienta delante de El y de los hombres. ¿No lo sabes, Martina? Todos me abandonan y es preciso que él lo sepa y me ampare, porque ya lo estás viendo, los hombres se burlan de la justicia y de la verdad.

Pasaron un rato la desvalida señora y su fiel criada, pensando en el recurso a que habían de apelar, para poner en antecedentes de cuanto ocurría a don Alvaro.

Al fin el semblante de la muchacha se animó, y dijo alborozada:

—Esta misma noche estaré fuera del convento y todo se remediará. Ahora, cuando la madre tornera vaya a preparar la lámpara del claustro, me quedaré yo en su puesto y todo lo demás corre de mi cuenta, pero os encargo, que no os asustéis, aunque me oigáis gritar y hacer locuras. Y apretando efusivamente las manos a su señora, salió de la celda brincando.

Poco después empezaron a oirse gritos y lamentos que alborotaron a todo el convento, y quien los daba, no era otra sino Martina, que, con gestos y ademanes de profundo dolor, iba gritando:—¡Ay padre de mi alma! ¡Pobrecita de mí que me voy a quedar sin padre! ¿Dónde está la madre abadesa? ¡Que me dé permiso para salir a verlo antes de que se muera!

No tardó en presentarse la abadesa, a quien Martina dijo, que el pastor de su cuñado, le había traído la fatal noticia a la vez que iba a Carracedo a ver al padre boticario, por si le daba algún remedio.

La abadesa puso algún reparo a su salida por la hora tan avanzada de la tarde; pero en vista de la insistencia de la muchacha, accedió, con la condición de que le acompañase el cobrador de las rentas del convento.

Retiróse Martina a la celda de su señora como para prepararse antes de partir, y doña Beatriz trazó rápidamente estos renglones:

«Don Alvaro: dentro de tres días me casan, si vos o Dios no lo impedís. Ved lo que cumple a vuestra honra y a la mía, pues ese día será para mí el de la muerte.»

Poco tiempo tardó en salir Martina acompañada del

empleado del convento hacia Valtuille, pueblo muy poeo distante del monasterio, y del cual era la bondadosa muchacha. Al llegar a las cercanías de este pueblo, se volvió Martina hacia su acompañante y dándole unas monedas de plata le despidió, asegurándole que ya no le necesitaba.

Cuando menos la esperaban llegó a casa de su cuñado. Pasados los primeros cariños y agasajos, les explicó Martina, recomendándoles gran discreción, los sucesos de aquel día, sin excluir la patraña a que había apelado para salir del convento. Marido y mujer escuchaban la relación con el mayor interés y con sus exclamaciones y movimientos indicaban su simpatía por doña Beatriz y el señor de Bembibre. Al concluir el relato, quedóse la hermana de Martina pensativa y dijo a su marido:

—¿Sabes que si nos metemos a ayudar a doña Beatriz en estas circunstancias, puede costarnos los prados y las tierras que llevamos en renta, y la malquerencia del señor de Arganza?

—No te preocupes, mujer, que más tierras hay que las de ese señor, y además, para hacer el bien, no es necesario cavilar tanto. Ahora mismo voy a preparar la yegua, dijo a Martina, y verás qué paso llevamos por el camino de Bembibre.

No bien había terminado de decir esto, salió hacia la cuadra con toda diligencia y no tardó en volver con la jaca aderezada, sobre la cual montó, poniendo a Martina delante, y después de decir a su mujer que antes de amanecer, ya estarían de vuelta, se alejaron a paso acelerado. Era la torda, animal muy valiente, así que, a pesar de la doble carga, tardaron poco en verse en la fértil ribera

de Bembibre, bañada entonces por los rayos melancólicos de la luna, que rielaba en las aguas del Boeza y en los muchos arroyos que, como otras tantas venas suyas, derramaban la fertilidad y alegría por el llano. Por lo avanzado de la noche y por no despertar a la ya recogida gente del pueblo, torcieron hacia la izquierda y por las afueras se encaminaron al castillo, sito en una pequeña altura y cuyos destruidos paredones, tienen todavía una apariencia pintoresca en medio del fresco paisaje que le rodea. Todo parecía estar en el castillo muerto y silencioso; solamente se oían los pasos del centinela en la plataforma del puente levadizo, al cual se dirigieron los viajeros diciéndole que tenían que dar a don Alvaro un mensaje importante. Viendo el comandante de la guardia que solo eran, un hombre y una mujer, mandó bajar el puente y advertir al señor de la visita.

El escudero Millán bajó a recibir a los visitantes, y después de cambiar alguna broma galante con la moza, de antiguo conocida, les condujo a la estancia de su amo. Gran sorpresa recibió don Alvaro con la visita, y al leer el papel que le entregó Martina palideció intensamente.

Sin embargo, como no era hombre que, en las ocasiones de obrar se dejase abrumar por el infortunio, empezó por preguntar a la doncella de doña Beatriz, si habría algún medio de penetrar en el convento.

—Sí, señor—respondió ella,—porque temiendo que esto llegara a suceder, me he puesto a mirar todos los rincones, y he encontrado que, los barrotes de la reja por donde sale el agua de la huerta, están casi podridos y con un mediano esfuerzo podrían romperse; y como mi señora acostumbra a pasear por la huerta hasta des-

pués de anochecer, suelo quedarme yo con la llave y colgarla en un clavo que me indicó la hortelana; pero cualquier día, en vez de colgarla, me quedo con ella y pongo otra en su lugar, con lo que podremos salir a la huerta a la hora que nos parezca mejor.

—En ese caso—repuso don Alvaro,—di a tu señora, que mañana a media noche me espere junto a esa reja. Tiempo es ya de salir de este infierno en que vivimos.

Despidióse en seguida Martina, porque ya no le sobraba tiempo para estar al amanecer en Villabuena, como ella quería. Regresó con su cuñado en la misma forma que antes, y cuando tocaban a las primeras oraciones llegó al convento. Rodeáronla las monjas, y al preguntarle lo sucedido, contestó con el mayor enojo:

—¿Qué había de ser, sino una sandez de las muchas de Tirso? Vió caer a mi padre con el accidente que le da, de vez en cuando, y sin esperar a más, vino aquí alborotando y hasta fué a Carracedo sin que nadie se lo mandase.

Diciendo esto, se dirigió a la celda de su señora, dejando a las buenas monjas entregadas a sus reflexiones sobre la torpeza del pastor y lo pesado del chasco.





VIII



oco tiempo después que Martina, salió don Alvaro de su castillo, encaminándose a Ponferrada y dando después la vuelta hacia Cormatel. Caminaba a orilla del Sil con la pura luz del alba e iba cruzando aquellos pueblos y valles, que el viajero no se cansa de mirar, y que a semejante hora estaban poblados con los cantares de infinitas aves. Ora atravesaba un soto de castaños y nogales, ora un linar, cuyas azuladas flores semejaban la superficie de una laguna; ora praderas fresquísimas y de un verde delicioso, y de cuando en cuando, solía encontrar un trozo de camino cubierto a manera de dosel con un rústico emparrado. Por la izquierda subían en un declive manso y a veces rápido, las montañas que forman la cordillera de La Aquiana, con sus faldas cubiertas de viñedo, y por la derecha se dilataban hasta el río, huertas y alamedas de gran frondosidad.

Cruzaban los aires bandadas de palomas torcaces, con vuelo veloz y sereno al mismo tiempo; las pomposas oropéndolas y los vistosos gayos revoloteaban entre los árboles, y pintados jilgueros y desvergonzados gorriones se columpiaban en las zarzas de los setos. Los ganados salían con sus cencerros, y un pastor jovencillo iba tocando en una flauta de corteza de castaño, una tonada apacible y suave.

Si don Alvaro hubiera llevado el ánimo libre de los sinsabores que desde algún tiempo angustiaban sus horas, le hubiera cautivado dulcemente aquel paisaje, pero su único deseo era llegar pronto al castillo de Cornatel y hablar con su alcaide el comendador Saldaña.

Al fin distinguió la mole del castillo en la cresta de una montaña, como una estrecha atalaya entre los enormes peñascos que la cercan. Todavía se mantiene en pie el esqueleto de la fortaleza y ofrece vista desde lejos, el mismo espectáculo que entonces. Don Alvaro subió la empinada cuesta que serpentea hasta llegar a él. Estaba resuelto a pedir ayuda al comendador Saldaña, que tantas veces se le había ofrecido y que en esta ocasión podría servirle de mucho.

El comendador, que tenía costumbre de levantarse al romper el día, vió subir al caballero, y conociéndole cuando ya estuvo cerca, salió a recibirle con el afecto paternal, que el joven había sabido inspirarle.

Era don Gutierre Saldaña hombre entrado en años, que tenía un extraordinario amor a la Orden y un deseo ferviente de acrecentar su honra y opulencia. Había pasado su vida en Tierra Santa y presenciando los descabros de su milicia, había sufrido mucho.

La persecución de que estaba siendo objeto el Temple le hacían considerar a sus amigos y adeptos como hijos queridos, y a sus contrarios como criaturas odiosas.

—¿De dónde tan temprano?—dijo el comendador abrazando estrechamente a don Alvaro.

—De mi castillo de Bembibre,—respondió el caballero.

—Por el Santo Sepulcro, que algo grave os ocurre, porque tenéis el mismo semblante que teníamos los templarios el día que abandonamos la Tierra Santa.

Ante la señal afirmativa de don Alvaro, le cogió el comendador del brazo y subieron al torreón del castillo.

—¿Qué es lo que pasa?—preguntó de nuevo el comendador.

El joven como única respuesta sacó del seno la carta de doña Beatriz y se la entregó. El comendador al leerla frunció el entrecejo y dijo en tono iracundo:

—¿Con que quieren acorralarnos y destrozar el pecho del que vale más que todos ellos? ¿Y qué habéis pensado?—repuso volviéndose a don Alvaro.

—He pensado arrancarla del convento aunque tenga que romper por medio de todas las lanzas de Castilla; pero llevarla a mi castillo ofrece muchos riesgos para ella, y venía a pedirnos ayuda y consejo.

—Ni una ni otro os faltarán.

—Si yo pudiera esconderla en las cercanías,—repuso don Alvaro,—hasta que pasase el primer alboroto, después la pondría en un convento de la Puebla de Sanabria, donde es abadesa una parienta mía.

—Pues en ese caso,—replicó Saldaña,—traedla a Cornatel, porque si vinieran a buscarla, estad seguro que no la encontrarán. Ya sabéis dónde está la mina del castillo

y por allí podréis llevarla a mi aposento en el que no entra nadie, y por consiguiente nadie la verá.

Siguieron hablando el comendador y don Alvaro, sobre la premura y habilidad con que había de llevar a cabo su empresa. Hubo un momento en que se quedaron en silencio y embebidos en la contemplación del soberbio panorama que se ofrecía desde aquel alcázar reducido y estrecho, pero que, como nido de águilas, dominaba toda la llanura. Por la parte oriente y norte le cercaban los precipicios y derrumbaderos horribles, por cuyo fondo corría un riachuelo, con ruido sordo y lejano que parecía un gemido. Entre norte y ocaso se divisaba un trozo de la cercana ribera del Sil, lleno de árboles y verdura; más allá del cual se extendía el llano de El Bierzo, poblado, entonces, de monte y dehesas y terminado por las montañas que forman aquel hermoso y feraz anfiteatro. El Cúa encubierto por las interminables arboledas y sotos de sus orillas, corría por la izquierda al pie de la cordillera, besando la falda de la antigua *Bergidum* y bañando el monasterio de Carracedo. Y hacia el poniente, por fin, el agua azul y transparente de Carucedo, bastante más grande que hoy, parecía servir de espejo a los lugares que adornan sus orillas, y a los montes de suavísimo declive que lo encierran. Crecían al borde mismo del agua encinas corpulentas y de ramas pendientes, parecidas a los sauces que aún hoy se conservan, chopos altos y flexibles como mimbres, que se mecían al menor soplo del viento, y castaños robustos y de redonda copa. De cuando en cuando una bandada de labancos y gallinetas de agua, revolaba por encima, describiendo espaciosas circunferencias y posándose en las orillas o levantando

el vuelo, desaparecían detrás de los picachos de Las Médulas.

Saldaña tenía clavados los ojos en el lago, mientras don Alvaro, siguiendo con la vista las orillas del Cúa, procuraba en vano descubrir el monasterio de Villabuena, oculto por un recodo de los montes.

—¡Dichosas orillas del mar Muerto!—exclamó con un suspiro el comendador.—Cuánto más agradable y benditas eran para mí sus arenas, que la frescura y lozanía que engalanan estas orillas.

Esta exclamación arrancó de su distracción a don Alvaro, que acercándose al templario le dijo:

—¿No confiáis en que los caballeros del Temple vuelvan a ser dueños de Jerusalén? Por mi parte cuando observo la tormenta que parece formarse contra vuestra Orden, llego a dudar de vuestras glorias futuras y hasta de vuestra existencia.

—Sí,—replicó el templario con amargura,—ese es el premio que concede el rey Felipe de Francia a los que le salvaron de las garras de un populacho amotinado, y seguramente, esa misma recompensa nos prepara el rey don Jaime, después de nuestra ayuda para sus conquistas. Pero el valor y el entusiasmo, todavía habitan en el corazón de los templarios y gracias a él triunfaremos y saldremos limpios como el sol, de las sombras de la calumnia. Nosotros reuniremos el mundo al pie del Calvario, y allí comenzará para él la nueva era.

—Dichoso el que pueda contribuir a la santa obra. No será mi brazo el que os falte.

—Mucho podéis hacer,—contestó Saldaña.—Quiera

Dios que se coronen con el éxito nuestros nobles intentos.

Bajaron entonces al aposento del comendador, donde hicieron una frugal comida, y al caer el sol, salió de nuevo don Alvaro con su escudero, llegando ya muy entrada la noche a las proximidades del monasterio de Villabuena.





IX



A consideración del dolor que causaría a los suyos y en especial a su madre doña Blanca, al confiarse a la protección de don Alvaro, estuvo a punto de torcer todos los propósitos, de doña Beatriz pero el vivo sentimiento que la violencia de su padre le causaba, unido a la frialdad de alma y bajas intenciones del conde, le devolvían toda la energía que reclamaba aquel duro trance. Para aumentar su decisión, se le imaginaba la noble y dolorida figura de don Alvaro viniendo a pedirle cuenta de sus promesas y juramentos, e inmediatamente dejábase dominar por los dictados de su corazón.

Al regresar Martina, contó a su señora con alegría todos los detalles de su rápido viaje concluyendo con la noticia de que, aquella noche a las doce, entraría don Alvaro en la huerta y que las dos se marcharían con él, porque, como decía el señor de Bembibre, era demasiado infierno para tres personas solas.

—¿Y cómo se os ocurrió semejante idea?,—dijo doña Beatriz a la muchacha.—¿Te parece a ti que son estos juegos de niños?

—A mí, no—contestó con despejo la aldeana,—a quien se lo parece, es a su testarudo padre y al otro danzante de Galicia, que no les importa sacrificar el corazón de una mujer ante su desmedida ambición. Pero yo les aseguro que esta vez no conseguirán su propósito, porque esta noche saldremos de penas, y veréis qué corrida damos por esos campos de Dios. Una libra de cera he ofrecido a la Virgen de la Encina si salimos con bien de este apuro.

Doña Beatriz, inquieta y dolorida, no hacía más que levantar los ojos al cielo y retorcerse las manos, sin decidirse a hacer lo que Martina y don Alvaro habían convenido.

Al fin, obedeciendo a las reiteradas súplicas de la muchacha, se encaminó al sitio de sus acostumbrados paseos; sentose al pie de un álamo, y desde allí, como por despedida, tendía dolorosas miradas a todos aquellos sitios, testigos y compañeros de sus pesares, a las flores que había cuidado con su mano, a los pájaros, para quienes había traído cebo más de una vez, y a los arroyos, en fin, que tan dulce y sonoramente murmuraban. Distraída con estos pensamientos no se dió cuenta de la puesta del sol y del silencio de las tórtolas y pajarillos, hasta que la campana del convento tocó a las oraciones. Aquel sonido que se prolongaba por las soledades y se perdía entre las sombras del crepúsculo, asustó a doña Beatriz, que lo tomó como un aviso del cielo, y volviéndose a su criada, le dijo:

—¿Lo oyes, Martina? Esa es la voz de Dios que me

dice: «Obedece a tu padre». ¿Cómo he podido abrigar la loca idea de apelar a la ayuda de don Alvaro?

—Pues a mí me parece—replicó la muchacha—que no es, ni más ni menos, que un aviso para que os recojáis y procuréis dormir un poco.

—Te digo—interrumpió doña Beatriz—que no huiré con don Alvaro.

—Bien está—repuso la doncella,—pero decírselo vos, porque al que le vaya con la noticia, buena suerte le deseo. Lo que siento, es haberme dado tanta prisa en el viaje, para tan poco provecho.

Con estas palabras entraron en el convento, y Martina, contra las órdenes de su ama, hizo el cambio de llaves proyectado, y cuando llegó la hora convenida, dijo a doña Beatriz:

—Vamos, señora, porque es seguro que ya ha roto los barrotes y nos aguarda con impaciencia.

—Yo no tengo fuerzas, Martina; mejor es que vayas tú sola y le comuniques mi determinación.

—¿Yo, eh? Vamos, señora, poco conocéis el león con quien jugáis; capaz sería de arrancarme la lengua. Os aseguro que si tardáis, es capaz de venir a vuestra misma celda y atropellarlo todo.

Doña Beatriz, decidida por las palabras de Martina, y subyugada por su pasión, salió apoyada en su doncella, hacia el sitio de la cerca por donde salía el agua de riego. Cuando llegaron, ya había roto don Alvaro las barras y penetrado en la huerta. Tomó silenciosamente la mano de doña Beatriz, que parecía de hielo, y le dijo:

—Todo está dispuesto, señora; no en vano habéis puesto en mí vuestra confianza.

—Pero don Alvaro—preguntó ella,—¿a dónde queréis llevarme?

El caballero le explicó rápidamente todo su plan, a lo que doña Beatriz no contestó sino con un prolongado silencio y sin levantar los ojos del suelo. Don Alvaro le dijo entonces con voz trémula:

—Señora, habládme con vuestra sinceridad acostumbrada. ¿Habéis mudado quizá de resolución?

—Sí, don Alvaro—contestó ella con acento apagado y sin atreverse a levantar la vista.—Yo no puedo huir con vos, sin deshonar a mi padre.

—Soltó él de repente su mano y clavándole una mirada casi le dijo:

—¿Qué quiere decir entonces vuestra dolorida carta?

—¡Ah! fué un momento de debilidad y ya veo que me lo echáis en cara.

—Perdonadme, pero la idea de perderos me hace olvidar toda generosidad. ¿No pensáis que de no acceder a esto, mañana vendrán por vos, para llevaros a la iglesia y de no dar la palabra fatal vuestro padre os maldecirá?

—¡Es verdad, es verdad!—exclamó ella con el mayor abatimiento,—pero en ese caso, hágase la voluntad de Dios y la suya.

Don Alvaro se sobrecogió violentamente y la midió de pies a cabeza con fulminante mirada, pero pronto reaccionó y dijo con una frialdad irónica y desdeñosa que atravesaba, como una espada, el corazón de la infeliz:

—En ese caso, señora, solo me resta pedir os perdón por las muchas molestias que con mi amor os he causado, y rendir aquí un respetuoso y cortés homenaje a la

ilustre condesa de Lemus, cuya vida colme el cielo de prosperidad y ventura.

Con una profunda reverencia volvió las espaldas, con intención de alejarse, pero doña Beatriz cogiéndole del brazo con desesperada violencia, le dijo con voz ronca:

—¡Oh, así no, así no, don Alvaro! Cosedme a puñaladas si queréis, pero no me tratéis de esa manera, mil veces peor que todos los tormentos del infierno.

—Doña Beatriz, ¿queréis confiaros a mí y ser mi esposa?

—¡Sí, con vos, con vos... hasta la muerte,—y diciendo esto, cayó desmayada entre los brazos de Martina y del caballero.

—¿Qué hacemos ahora—preguntó éste.

—¿Qué hemos de hacer—contestó la criada,—sino colocarla delante de vos, en vuestro caballo y marcharnos lo más pronto posible? Bien claras han sido sus últimas palabras.

Así lo hizo don Alvaro, saliendo a galope por aquellas solitarias campiñas, mientras el escudero Millán y Martina hacían lo propio.

El viento fresco de la noche y la impetuosidad de la carrera, habían comenzado a desvanecer el desmayo de doña Beatriz, que sostenida por aquél brazo a un tiempo fuerte y cariñoso, parecía transportada a regiones de ensueño. De repente, cuando llegaban a las proximidades de Carracedo, una sombra, blanca y negra, se atravesó rápidamente en medio del camino, y con una voz imperiosa y temible, gritó:

—¿A dónde vas, robador de doncellas?

Doña Beatriz y su criada, se tiraron inmediatamente al

suelo. Don Alvaro, bramando de ira, metió mano a la espada y picando con ambas espuelas, se lanzó contra el fantasma, en quien reconoció con gran sorpresa al abad de Carracedo, por lo cual se detuvo.

—Conque, ¿un señor de Bembibre convertido en salteador nocturno?

—Padre, ya sabéis que os respeto, pero, por amor de Dios y de la paz, dejadnos ir nuestro camino; no hagáis que manche mi nombre con la sangre de un sacerdote del Altísimo, porque no os reconozco ningún derecho sobre esa dama, ni sobre mí.

—Pues lo tengo—respondió el abad,—porque doña Beatriz estaba en una casa en la que, por su condición religiosa, ejerzo autoridad legítima y de allí la habéis sacado engañosamente. En cuanto a vos, estas canas os dirán más que mis palabras, pero aunque así lo fuera, siempre podría afearos el acto de arrebatarse con violencia del asilo que la guardaba, a una doncella tan distinguida.

Entonces se adelantó doña Beatriz y con su acostumbrada modestia, dijo:

—No, padre mío, no merece culpa don Alvaro, pues yo he sido la que solicitó su ayuda, y la que voluntariamente se ha arrojado en sus brazos al amparo de su valor.

Entonces, contó rápidamente las escenas del locutorio, y todas sus angustias y terminó cogiendo el escapulario del monje y exclamando con el mayor desconsuelo:

—¡Oh, padre mío! Libradme de estas amarguras y del empeño de mi padre, que terminará por extraviar mi alma y la de este desgraciado joven.

Quedáronse todos entonces en un profundo silencio al que el abad puso fin, diciendo:

—Doña Beatriz se quedará conmigo para volver a su convento y vos don Alvaro, regresaréis a vuestro castillo de Bembibre.

El caballero, enojadísimo, al ver que el abad cogía de la mano a doña Beatriz, con ánimo de llevársela, iba a acometerle con toda violencia, cuando aquella se interpuso y le dijo con calma:

—Deteneos, don Alvaro, porque yo pienso que debo volver a Villabuena de donde nunca debí salir.

Púsose pálido don Alvaro, al oír tales palabras de boca de doña Beatriz, y en un colérico arranque, se contentó con decir:

—Si a tanto os decidís, doña Beatriz... adiós. Y se dirigió hacia donde estaba su caballo con precipitados pasos. La desdichada señora rompió en llanto y sollozos amarguísimos, como si el único eslabón que la unía a la felicidad se acabase de romper en aquel instante. El abad entonces, movido de misericordia, se acercó a don Alvaro y le trajo delante de doña Beatriz, diciendo:

—No quiero que os separéis de este modo, ni que marchéis de aquí con el corazón lleno de odio. Veo cuán grande es vuestro cariño e hidalguía y en mí encontraréis siempre protección. Por considerar injusto lo que con vosotros se pretende; en nombre de Dios, procuraré no consentir ese proyectado matrimonio, causa de vuestra desventura.

—Y yo,—repuso doña Beatriz,—renuevo aquí, delante de un ministro del altar, el juramento que tengo ya hecho y del que no me apartará ni la maldición misma de mi padre.

El despecho de don Alvaro, se convirtió en enterneci-

miento al oír el tono paternal del abad y la tiernas protestas de doña Beatriz, a la cual dijo:

—Os ruego que me perdonéis; no dudo de vos, ni he dudado jamás, pero la desdicha cambia y amarga los mejores sentimientos. Solo os diré, que dentro de pocos días parto a la guerra que se prepara nuevamente en Castilla y hasta mi regreso, rogad a Dios, como yo lo haré, para que nos conceda días más felices.

Doña Beatriz, acercándose al caballero, se quitó del dedo una sortija y la puso en el suyo, diciéndole con el mayor dolor:

—Tomad ese anillo, símbolo de mi fe pura y acendrada.—Con el puñal de don Alvaro, se cortó una trenza de sus negros y largos cabellos y se la dió igualmente.

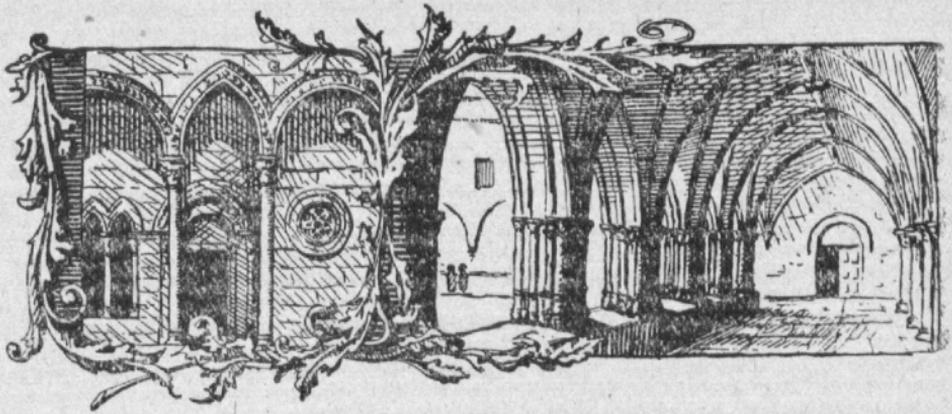
—Ni la trenza se separará de mi pecho ni el anillo de mi dedo; pero si mi escudero os devolviese algún día ambas cosas, rogad a Dios por mi eterno descanso.

—Aunque así fuera, os aguardaría un año, y transcurrido me retiraría a un convento.

—Acepto vuestra promesa, porque si vos muriéseis, tampoco ninguna mujer se llamaría mi esposa.

Con estas palabras se separaron, siguiendo don Alvaro el camino de Bembibre y el abad con doña Beatriz y Martina el de Villabuena, a donde llegaron todavía de noche.

Al día siguiente, cuando los criados del conde y del señor de Arganza, fueron al convento llevando los regalos de boda, encontraron a doña Beatriz, atacada de una calentura abrasadora y perdido el conocimiento.



X



EXTRAÑO parece que tan a punto estuviese el abad de Carracedo para destruir los planes de don Alvaro y doña Beatriz, pero sin embargo, era una cosa natural.

Cuando el señor de Bembibre celebró con él aquella entrevista en la que el abad le negó su ayuda, despidióse don Alvaro anunciándole, que para conseguir su intento, apelaría a todo género de ardidés y a toda violencia, si necesario fuese.

Por ser doña Beatriz su hija de confesión se interesaba por su suerte el abad, y mucho más, desde que se trasladó a Villabuena y habitaba una casa de su Orden, por cuyo honor estaba dispuesto y obligado a velar, y como sospechase que hasta allí podría llegar don Alvaro, en su afán de impedir el proyecto de matrimonio, extremó su vigilancia y dió órdenes a todos los guarda-bosques de-

que le comunicaran, con toda urgencia, cuanto observasen. Y, en efecto, uno de estos, notó la venida de dos caballeros a Cornatel, uno con aspecto de señor y el otro de escudero, fijándose en que dieron gran rodeo por no pasar cerca del convento. Esta noticia y la idea de que al día siguiente terminaba el plazo señalado a doña Beatriz para su matrimonio, hicieron suponer al abad que aquella noche se ejecutaría algún atrevido plan, por lo cual, ayudado de varios criados del convento, se dedicó a vigilar los caminos hasta lograr sorprender a don Alvaro.

El buen religioso no sospechaba siquiera que la pasión de doña Beatriz fuese tan honda y decidida, ni que tanto aborreciese el matrimonio con el de Lemus; pero, cuando por sus ojos vió la intensidad de aquel contrariado afecto, y el manantial de desdichas que podía abrir la obstinación del señor de Arganza, determinó oponerse resueltamente a lo que éste pretendía. Así pues, al día siguiente, en el momento que le fué posible, salió a poner en ejecución su noble propósito, del cual desistió, porque enterado de la enfermedad de doña Beatriz, no le pareció oportuno aumentar el disgusto del señor de Arganza, que ya empezaba a recoger el castigo de su ambición.

Por su parte, don Alvaro continuó desde Carracedo a Ponferrada, donde llegó cuando los primeros albores del día cambiaban en su natural color, las pálidas tintas de que revestía la luna las almenas y torreones de aquella majestuosa fortaleza. Entró en ella, y después de exigir a su tío guardase secreto, y no tomase determinación alguna sobre lo que iba a saber, le contó todos los suce-

sos del día anterior. Escuchóle el anciano con vivo interés, y al acabar le dijo:

—Conozco al abad y por mucho que sea el odio y rencor conque mire a nuestra caballería, su alma es recta y no se apartará de la senda de la verdad. Pero lo que me molesta, es la conducta del comendador Saldaña, ofreciendo el castillo que gobierna para semejantes asuntos. ¡Consentir que atravesase una mujer los umbrales del Temple, cuando hasta el beso de nuestras madres y hermanas nos está vedado!

Don Alvaro intentó disculparle, y el maestro le interrumpió:

—No, hijo mío; esto que contigo ha hecho por el cariño que te tiene, lo hubiera hecho igualmente con un desconocido, con tal que de ello resultase crecimiento de nuestro poder y menoscabo al de nuestros enemigos. Estas almas iracundas y soberbias son las que han perdido a nuestra Orden.

Participó don Alvaro a su tío la resolución de salir con toda urgencia para Castilla, y el anciano se la aprobó, por considerar que estaba obligado a servir en aquella ocasión al rey, y también por el deseo de que los peligros y azares de la guerra, que tan bien se adaptaban a su carácter, le distrajeran de sus pesares.

Los templarios, por aquella vez, juzgaron prudente mantenerse neutrales ante la guerra civil que iba a desencadenarse en Castilla, hasta no ver el giro que tomaba en Francia la persecución contra su Orden.

Después de encargar la custodia de su castillo de Bembibre a los templarios de Ponferrada, reunió don Alvaro sus huestes, y salió hacia Carrión, donde había de

unirse a las fuerzas del rey Don Fernando IV que se veía obligado a luchar contra uno de los nobles sublevado contra él.

Había en Castilla una familia muy poderosa, la de los Lara, que fué a menudo causa de grandes turbulencias tanto en León como en Castilla. El jefe de este linaje por entonces, era don Juan Núñez de Lara, que había estado desterrado de Castilla, donde entró a mano armada, siendo derrotado y hecho prisionero por las tropas de la reina. Tuvo la suerte de que tal suceso acaeciese cuando reinaba la gloriosa doña María de Molina, que no solo respetó su libertad y sus bienes, sino que le ofreció sincera alianza, dándole como prueba de sus conciliadores propósitos, el cargo de mayordomo del rey. Pero el carácter revoltoso de Núñez de Lara, no se corrigió con esta prueba de generosidad, unida a otras varias mercedes, sino que bien pronto aceptó la amistad y alianza que le ofreciera el funesto infante don Juan—autor de la muerte del hijo de Guzmán el Bueno—el cual deseaba apoderarse del señorío de Vizcaya. La discreción y habilidad de la reina doña María, evitó esta nueva lucha que se preparaba, cediéndole algunas propiedades.

Pero cuando se encargó del reino su hijo Fernando IV el Emplazado, de carácter caprichoso y poco reflexivo, trató de deshacer algunas de las cosas hechas por su bondadosa madre, no tardando en surgir los disgustos y las desavenencias.

Uno de los primeros con quienes rompió la amistad y alianza fué con Núñez de Lara, el cuál, despidiéndose del rey con palabras ásperas y descomedidas, fué a encerrarse a la plaza fuerte de Tordehumos. El rey Fernando

envió un emisario a decirle que, puesto que tan mal sabía agradecer los favores y mercedes concedidos, saliese inmediatamente de Castilla y le entregase las villas que hacia poco tiempo le había otorgado. Pero don Juan Núñez, le contestó con su acostumbrado orgullo, que no saldría de una tierra de la que era tan natural como el que más, y que, en cuanto a las villas, demasiado bien ganadas las tenía. Como réplica a esta contestación, el rey preparó sus tropas y avisó a los nobles que quisieran ayudarle a cercar, en Tordehumos, al de Lara y a sus huestes.

A pesar de estas desavenencias, tanto el rey como los señores del partido de Lara, estaban de acuerdo en su odio a los templarios y sobre todo, en el deseo de repartirse sus riquezas. Aunque el rey no había recibido daño alguno de la Orden, la idea de apoderarse de sus bienes para engrandecer la corona, y para repartir con sus nobles, a cual más codicioso, le inclinaban en contra de tan ilustre milicia. Solo esperaban para romper las hostilidades contra ella, la orden del Papa Clemente V, que no se acababa de decidir en uno u otro sentido.

El infante don Juan era el más interesado en sembrar la calumnia y el odio contra el Temple, y los proyectos del conde de Lemus en contra de don Alvaro, eran obra suya, deseoso de evitar que las casas de Yáñez y Ossorio llegasen a enlazarse, pues de ser así, sus numerosos vasallos y sus muchas y estratégicas fortalezas, harían casi inexpugnable la posición de la Orden en la comarca berciana.

Por esto, el conde, lejos de acudir a la jornada de Tordehumos con los suyos, se quedó en los confines de Gali-

cia y El Bierzo, para reunir fuerzas contra los templarios, con los cuales parecía inevitable el rompimiento.

Don Alvaro, se encontraba solo en medio de las huestes de Castilla y contra él, sentían cierta ojeriza y recelo por su alianza con el Temple; pero todos respetaban su valor, su destreza en las armas, y su nobleza.

Por fin, en unión del ejército real, salieron de Carrión y fueron sobre Tordehumos, con grandes bagajes y máquinas de guerra.

* * *

Mientras don Alvaro se preocupaba de la guerra y arrostraba con valentía todos sus peligros, se cebaba en doña Beatriz una terrible fiebre, que la retenía en el lecho del dolor, en agitada lucha con la muerte. Aunque el pensamiento del joven caballero no se separaba de su amada, estaba bien lejos de suponerse el riesgo porque atravesaba su vida.

Doña Blanca, a pesar de sus dolencias, se hizo trasladar a Villabuena para asistirle, y aunque doña Beatriz clavaba en ella sus miradas, y parecía poner atención a todas las palabras de ternura que de sus labios salían, no la conocía, porque la miraba con aquella especie de atención, a un tiempo intensa y distraída, que se advierte en los locos. Su delirio tenía fases muy raras y diversas; a veces era tranquilo y melancólico, y otras, lleno de convulsiones y de angustias. El nombre de su padre y el de don Alvaro, eran los que más frecuentemente se le escapaban, y aunque el del conde se le escuchaba alguna vez, siempre

era tapándose la cara con las sábanas, o haciendo algún gesto de repugnancia.

En tal estado se pasaron algunos días, durante los cuales, no cesaron las monjas de rogar a Dios por la salud de la joven doncella, mientras que doña Blanca con palabras que revelaban la mayor tribulación, pedía a la Providencia conservase la vida de su adorada hija, ofreciendo a cambio la suya.

Después de doña Blanca, nadie estaba tan angustiada como Martina, de cuyo lindo y alegre semblante, habían desaparecido los colores frescos y animados que tanto llamaban la atención.

El señor de Arganza, oprimido por la doble tortura del pesar y del remordimiento, apenas se atrevía a presentarse por Villabuena, pero pasaba días y noches sin gozar un instante de verdadero reposo, y a cada momento estaba enviando emisarios que volvían siempre con noticias algo peores.

Por fin, el médico, que era un monje muy experto de Carracedo, declaró que su ciencia estaba agotada y que sólo el poder del cielo podría curar a doña Beatriz. Entonces se le administró la Extremaunción, porque como no había recobrado el conocimiento, no pudo dársele el viático.

Hacia media noche, por fortuna, pareció recobrar cierta tranquilidad y conocimiento, y clavando los ojos en su fiel criada, le dijo en voz casi imperceptible:

—¿Eres tú, pobre Martina? ¿Dónde está mi madre? ¡Me pareció oír su voz entre sueños!

—Sí, señora, aquí está.

Doña Blanca se acercó a su hija y procurando reprimir

el llanto, le dirigía palabras llenas de cariño y de esperanza.

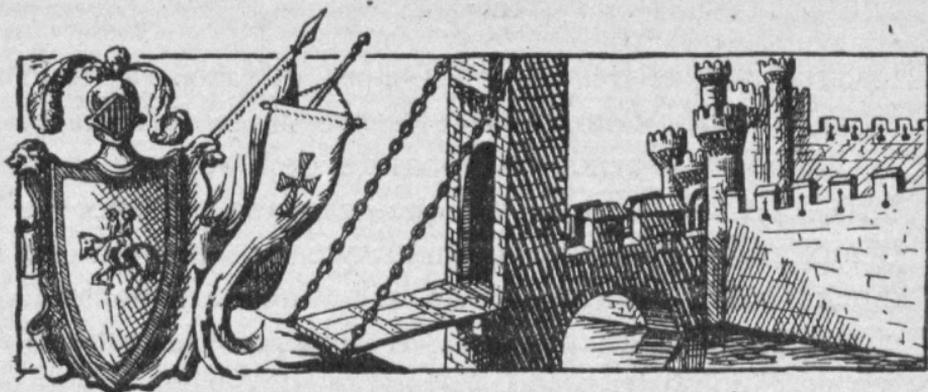
Al poco tiempo, cayó la enferma en un sueño profundo y sosegado, durante el cual se acercó el médico y después de observarla atentamente, levantó las manos al cielo, y dijo:

—Gracias te sean dadas a tí, Señor, que has suplido la ignorancia de tu siervo y la has salvado!

A la mañana siguiente, se evidenció mucho más la mejoría, y las campanas del convento comenzaron a tocar a vuelo, en señal de júbilo.

Cuando el estado de salud de la enferma lo permitió, fué trasladada a Arganza, donde todos los recuerdos le serían más apacibles y consoladores. Don Alonso aunque no había renunciado a su ambicioso plan, resolvió no violentar su voluntad, según le había aconsejado el abad de Carracedo. El pueblo entero, que la había supuesto muerta, la recibió con las mayores muestras de contento, no faltando fiestas, bailes y algazaras, como expresión de la bienvenida que aquellos nobles y agradecidos aldeanos, tributaban a su joven y querida señora.





XI



ON Alvaro, bien ajeno a semejantes sucesos, había llegado a Tordehumos con el ejército del rey.

Este pueblo, elegido por don Juan Núñez de Lara para resistir a las tropas reales, pertenece en la actualidad a la provincia de Valladolid, y todavía se conservan en perfecto estado sus murallas.

Lara estaba de acuerdo con algunos caballeros del campo enemigo, entre los cuales se contaba el infante don Juan, que servía bajo las banderas del rey su sobrino, por parecerle que, entre sus enemigos, podía ayudar mejor al de Lara, con el cual no había roto los vínculos de su antigua amistad.

Don Alvaro, que por su aislamiento, ignoraba parte de estas tramas, y que por la rectitud de sus sentimien-

tos era incapaz de entrar en ellas, peleaba con todo ardor, y andaba siempre entre los que más se distinguían.

Una noche, saliendo las tropas del de Lara, con gran furia, cayeron sobre el ala que mandaba el señor de Bembibre, y éste, reconociendo que su enemigo era mucho más numeroso, envió aviso inmediatamente al cuarto del rey, para que enviasen tropas que le sostuviesen en el combate; pero la dañada intención del infante, impidió que llegase el refuerzo pedido, y las fuerzas reales no pudieron resistir más tiempo empezaron a desbandarse.

Don Alvaro, herido ya en el pecho, recibió otra lesión en la cabeza que le hizo caer debajo de su caballo. Entonces se hizo más intensa la lucha, alrededor del caído caballero, porque sus soldados hacían desesperados esfuerzos por arrancarle del poder de sus enemigos, pero de nada sirvieron ante el gran número de éstos, dirigidos personalmente por don Juan Núñez.

Lara, que reconoció al caballero herido y que ya de antemano le estimaba, hizo vendar sus heridas y trasladarle con gran cuidado a su castillo.

El fiel Millán, que había peleado al lado de su amo, en aquella triste noche, se vió separado de él por el enorme tropel, en el momento crítico, pero a la mañana siguiente se presentó a las puertas de Tordehumos, ofreciéndose prisionero con su amo, a quien deseaba atender y acompañar. Lara le recibió, y alabó su fidelidad, rogándole asistiese con la mayor diligencia a un caballero de tan buenas cualidades como su amo.

La mucha sangre que por sus heridas había vertido el herido, y el golpe de su caída le privaron bastantes horas

del conocimiento. Al recobrarlo y abrir sus ojos, se encontró a su fiel escudero y a un caballero de aspecto noble, cubierto con rica armadura azul, llena de perfiles y dibujos de oro; era don Juan Núñez de Lara y a su lado tenía al judío Ben Simuel, hombre muy versado en los secretos de las ciencias naturales y a quien el vulgo creía adivino y hechicero.

Lara se acercó al caballero y tomándole la mano, le aseguró que no estaba prisionero, sino en poder de un caballero amigo que admiraba su valor y sus virtudes y recomendándole tranquilidad para sanar pronto de sus heridas.

Don Alvaro quiso contestar, pero Ben Simuel se lo impidió, encargándole mucho silencio y reposo, y después de hacerle beber un calmante, se salió de la habitación con don Juan. En cuanto se fueron preguntó don Alvaro a su escudero con voz muy débil:

—¿Me oyes, Millán?

—Sí, señor;—respondió éste,—¿qué me queréis?

—Si muero, toma de mi dedo el anillo, y del lado izquierdo de mi coraza la trenza que me dió doña Beatriz aquella noche fatal y se la llevarás de mi parte, diciéndole... no, no le digas nada.

—Está bien, señor;—si Dios os llama, como decís se hará, pero ahora sosegaos.

Don Alvaro procuró descansar, pero a pesar de la medicina, no le permitía el reposo el agudo dolor que sus heridas le producían.

A los pocos días de caer prisionero don Alvaro, se recibió en el campamento del rey, la ansiada noticia de disolución de la Orden del Temple y del secuestro de sus bienes. Tal orden procedía del Papa Clemente V, que por culpable debilidad consintió entregarse en manos de Felipe IV de Francia, que tanto deseaba el exterminio de los templarios, para cebarse en sus bienes.

El rey don Fernando, a pesar de este suceso tan importante, no desistió de la persecución contra Núñez de Lara, resuelto a dar a la corona el prestigio que en las pasadas revueltas había perdido. Pero el intrigante vasallo y el ambicioso infante don Juan, no perdieron de vista este nuevo suceso del que esperaban abundante provecho.

Después de concertar el infante con Lara el plan que a sus fines convenía, se acercó don Juan Núñez al lecho del señor de Bembibre y tomando asiento a su cabecera le preguntó, cogiéndole la mano:

—¿Cómo os sentís, noble don Alvaro? ¿Estáis contento de mi prisión?

—Me encuentro ya muy aliviado, señor don Juan,—respondió el herido,—gracias a vuestros obsequios y atenciones, por los cuales os viviré siempre agradecido.

—Entonces, y suponiendo que no os moleste, voy a decir os alguna cosa de gran importancia.

Le contó, don Juan, con todo detalle, las noticias recibidas de Francia y las órdenes transmitidas por el Papa, y terminó rogando a don Alvaro, en nombre de la buena voluntad y esmero mostrado en curarle y asistirle, que abandonase la alianza sostenida con los caballeros templarios, en vista de las graves acusaciones que sobre ellos

caían, y del desamparo en que los dejaba el Vicario de Jesucristo.

—Los templarios,—dijo don Alvaro—por justa obediencia al Sumo Pontífice, comparecerán ante el juicio a que se les condena, pero ni dejarán las armas, ni soltarán sus bienes y castillos, si no en el caso de ser sentenciados por los concilios. Y por lo que a mí respecta, os perdono el concepto que habéis formado, a cambio de los cuidados que os debo, pero os suplico que procuréis conocerme mejor.

Don Juan, conteniendo su despecho y deseoso de apurar todos los medios de templanza, replicó.

—¿Pero no teméis, noble caballero, manchar vuestra resplandeciente fama, asociándoos a una Orden tan despreciada?

—Señor don Juan, no os empeñéis en persuadirme, de lo que tal vez, vos mismo no creéis. Id con Dios y estad seguro de que, ni mi corazón ni mi brazo, faltarán nunca a esos perseguidos caballeros.

Lara le replicó malhumorado y con voz altanera.

—¿Olvidáis que sois mi prisionero?

—Es verdad, lo había olvidado, porque me habíais dicho que erais mi amigo, y no mi carcelero.

Don Juan se mordió los labios y guardó silencio un buen rato, durante el cual su alma que, a pesar de todo, era noble y recta, le reprochó su proceder. Por fin, levantándose, dijo a su prisionero:

—Don Alvaro, ya conocéis de oídas mi índole arrebatada y violenta; los primeros impulsos no están en nuestras manos. Olvidad cuanto os he dicho, y no me juzguéis sino como hasta aquí lo habéis hecho.

Dicho esto se salió de la cámara e hizo llamar por un paje a su físico Ben Simuel, con el cual mantuvo, en voz muy baja, una viva conversación.

Serían las diez de la noche, cuando el mismo judío se presentó en el encierro de don Alvaro, con una copa cuyo líquido hizo tomar al herido, asegurándole que, con él, lograría dormir con el mayor sosiego, y después de reconocerle los vendajes se despidió. Apenas tomado el líquido, sintió el caballero gran pesadez y al punto se quedó adormecido. Al observar esto, su escudero Millán, se alegró del descanso de su señor y lo aprovechó para tenderse él en un camastro colocado en un aposento contiguo, después de haber cerrado el de su amo y guardado las llaves en el bolsillo.

A la mañana siguiente, se acercó a la puerta, por ver si su señor se movía o quejaba; pero nada oyó. Esperó un buen rato más, y no pudiendo contener la impaciencia, metió la llave en la cerradura y dándole vuelta con mucho cuidado, entró de puntillas hasta la cama de don Alvaro, y después de vacilar todavía un poco, por fin se decidió a llamarle, moviéndole suavemente al mismo tiempo, pero don Alvaro ni se movió, ni dió respuesta alguna. Millán algo extrañado abrió la ventana del aposento y quedó lleno de asombro y consternación al notar inanimado y frío el cuerpo de su señor, con los vendajes sueltos, las heridas desgarradas y toda la cama inundada en sangre.

Repuesto de su primer estupor, salió gritando por los pasillos, acudiendo a sus voces Lara y Ben Simuel, a los cuales condujo el escudero, hasta el lecho de su malogrado amo. Don Juan no pudo contener una mirada

errante y tremenda que dirigió a su médico, y después de oír la explicación de lo sucedido por boca de Millán, dijo a éste:

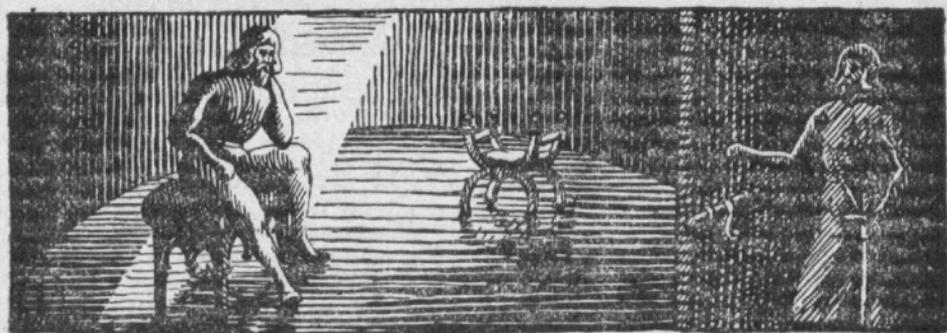
—Tu descuido ha tenido la culpa de todo, pues don Alvaro, sin duda en un acceso de delirio, ha roto sus vendajes y se ha desangrado.

Puede suponerse el dolor que estas palabras causaron en el ánimo atribulado del pobre Millán, que suplicaba que le entregasen el cadáver para llevárselo a Bembibre.

—El cuerpo de don Alvaro—repuso don Juan—descansará en este castillo hasta que, restablecida la paz, pueda yo mismo trasladarlo al panteón de su familia, con la pompa correspondiente a su estirpe y alto valor.

Una vez depositados los restos de aquel joven desdichado, en la bóveda del castillo, pidió el escudero permiso a don Juan para volver a El Bierzo, el cual se lo otorgó, obligándole a tomar un bolsillo lleno de oro, en pago a su buen conportamiento y fidelidad.

Millán salió entonces del castillo y contó la tragedia acaecida a algunos vasallos de don Alvaro. Todos sintieron su muerte y las huestes del señor de Bembibre, llenas de luto y de tristeza, regresaron a su tierra nativa. Millán los dejó atrás, y se adelantó a llevar a Arganza y a Ponferrada la fatal noticia.



XII



ON gran regocijo de todos volvió doña Beatriz a la casa paterna, y aunque sobre sus mejillas quedaba bien patente la pálida huella del sufrimiento, logró un estado de relativo bienestar, porque nadie le mentó, siquiera, los disgustos pasados. Pero la enfermedad de su madre, vino bien pronto a romper aquella tranquilidad. El carácter tímido y sosegado de doña Blanca, se hizo más intenso durante su dolencia. La idea de nuevas discordias entre el padre y la hija, era una especie de pesadilla que continuamente le estaba opriéndolo. Por otra parte, doña Beatriz, por su condición generosa, se resignaba a todo, antes que aumentar los pesares de aquella madre tan cariñosa.

Cierta tarde de verano en que se hallaban juntas doña Blanca y su hija, en una de las habitaciones que daban a

la fachada principal, sintieron de repente el galopar de un caballo, que pasando veloz por debajo de la ventana, las sacó de sus meditaciones. Pronto notaron el sonido de las herraduras en el patio, y las pisadas de un hombre armado se oyeron en la escalera. Precipitadamente entró Martina, y con pálido semblante y voz trémula, dijo.

—Señora, es Millán...

La misma palidez de la criada se difundió rápidamente por las facciones de su ama, que sin embargo respondió:

—Ya sé lo que me trae, mi corazón me lo acaba de decir; que entre al instante.

Millán se adelantó con pasos inciertos hasta ponerse delante de doña Beatriz. Quiso hablar pero se le anudó la voz en la garganta y sin poder decir palabra, alargó el anillo y la trenza. Toda explicación era inútil, porque ambas prendas venían manchadas de sangre.

Doña Beatriz tenía fija la mirada en ambos objetos, y por último, bajando los ojos y exhalando un profundo suspiro dijo:

—Dios me lo dió, Dios me lo quitó. ¡Sea por siempre bendito!

—¿Y cómo murió, Millán?—dijo la atribulada joven.

—Murió desangrado en su cama, abandonado de todos, y aun de mí,—respondió el escudero con una voz apenas perceptible.

Entonces fué cuando los miembros de doña Beatriz, comenzaron a temblar con una convulsión dolorosa que, por último, le privó del sentido. Cuando volvió en sí, le atacó una voraz calentura que la retuvo algún tiempo en cama. Y aunque pasados algunos días, recobró en apariencia su anterior estado, su carácter se hizo más pensa-

tivo y reservado que nunca, y su devoción tomó un giro más ardiente y apasionado.

La triste noticia de la muerte de su sobrino, que también comunicó Millán al maestro, unidas a las recibidas de Francia sobre la ruina de su gloriosa Orden, acabó con toda la energía y valor de don Rodrigo.

El que recibió la noticia con más valor fué el comendador Saldaña, aunque sintió en su corazón una pena agudísima, porque además del afecto personal que le unía a don Alvaro, vió caer con aquel generoso y bizarro mancebo, sus más floridas esperanzas.

Al oír el relato del fiel escudero y conocer los pretextos de Lara para no entregar el cadáver a Millán, le dijo:

—No sé por qué, supongo que aquí, hay algún misterio.

Volvió Millán a Bembibre y a los pocos días hizo abrir judicialmente el testamento de su señor, en el que le dejaba dueño de varias tierras, viñas y prados. Lo demás había de pasar a la Orden del Temple, después de hechas no pocas limosnas.

Millán para aliviar su pena y por considerarse libre, decidió casarse con Martina, ya que hacía tiempo se amaban, pero ésta, no quiso abandonar a su señora, en aquellos momentos de intenso dolor.

*
* * *

A los pocos meses de este suceso, se agudizaron las habituales dolencias de doña Blanca, hasta el extremo de que, el abad de Carracedo, le administró todos los auxilios de la religión.

Durante su enfermedad, no dejaba doña Blanca de dirigir a su hija miradas muy significativas. Por fin, uno de los días en que la bondadosa señora disfrutaba de más sosiego, cogiendo la mano de su hija, le dijo con voz apagada:

—Hace muchos días que está pesando sobre mí una idea, de la cuál podrías tu librarme, y darme una muerte descansada y dulce.

—¡Madre mía!—respondió con efusión doña Beatriz,—mi vida, mi alma entera, son vuestras. ¿Qué no haré yo porque lleguéis al trono del Altísimo, satisfecha de vuestra hija?

—Ya sabes,—continuó la enferma,—que nunca he tratado de violentar tus inclinaciones, y mucho menos he de procurarlo en esta hora suprema, en que se me abren las puertas de otra vida. Tu voluntad es libre como los pájaros en el aire, pero tú no sabes los celos que llevo al sepulcro, sobre tu porvenir y sobre la suerte de nuestro linaje...

—Acabad, señora, que a todo estoy dispuesta,—contestó doña Beatriz con dolorosa resignación.

—Sí,—respondió la madre,—pero tiene que ser con tu pleno consentimiento... Si el conde de Lemus, no fuese ya tan desagradable a tus ojos... moriría más tranquila.

Doña Beatriz arrancó entonces un doloroso suspiro de lo último de su corazón, y dijo:

—«Venga el conde, ahora mismo, y le concederé mi mano delante de vos.»

Don Alonso hizo seña a un paje, que inmediatamente salió a buscar al noble huesped. El abad, mientras tanto, había estado hablando vivamente y con enérgicos adema-

nes al señor de Arganza, para convencerle de la injusticia que se iba a cometer; pero al ver que, a pesar de todo, se llevaría a cabo el matrimonio, le auguró tristes consecuencias.

El conde de Lemus llegó mesuradamente a su presencia y entonces doña Beatriz, habló con él a solas unas palabras, a las que contestó el de Lemus con señales de asentimiento. Después se volvió al abad y le rogó que pronunciara las palabras sagradas, para tranquilizar a sus padres.

El anciano monje, con repugnancia, y con el corazón traspasado de amargura ante el tremendo sacrificio que presenciaba, pronunció la fórmula del sacramento, y ambos esposos quedaron ligados por aquel vínculo que solo la muerte desata.

Doña Blanca murió, al fin, aquella noche, de manera que, los lamentos y las lágrimas, fueron los signos de regocijo que acompañaron a aquel acontecimiento nupcial.





XIII



DESPUÉS de esta fatal circunstancia, que hizo a doña Beatriz esposa de un hombre, cuya perversidad no se había manifestado aún en toda su desnudez, se apoderó de la desventurada joven, una gran melancolía y solamente pensaba en bajar pronto al sepulcro, a reunirse con el verdadero esposo que había elegido en su juventud.

El otoño había sucedido a las galas de la primavera y a las canículas del verano, y tendía ya su manto de diversos colores por entre las arboledas, montes y viñedos de El Bierzo. Comenzaban a volar las hojas de los árboles, las golondrinas se juntaban para buscar otras regiones más templadas, y las cigüeñas, describiendo circunferencias alrededor de las torres en que habían hecho su nido, se preparaban también para su viaje. El cielo estaba cubierto

de nubes pardas y delgadas, por medio de las cuales se abría paso, de cuando en cuando, un rayo de sol, tibio y descolorido. Las primeras lluvias de la estación que ya habían caído, amontonaban en el horizonte celajes espesos y pesados, que adelgazados a veces por el viento y esparcidos por entre las grietas de los peñascos, y por la cresta de las montañas, figuraban otros tantos cendales y plumas, abandonados por los genios del aire en medio de su rápida carrera. Los ríos iban ya un poco turbios e hinchados, los pajarillos volaban de un árbol a otro, sin dejar sus trinos armoniosos, y las ovejas corrían por las laderas y por los prados recién despojados de su hierba, balando ronca y tristemente. La naturaleza entera parecía despedirse del tiempo alegre, y prepararse para los largos y oscuros lutos del invierno.

Una tarde del día que la Iglesia destina para la conmemoración de los difuntos, mientras las campanas de todos los pueblos llamaban a sus moradores, a orar por las almas de sus muertos, descendían de Manzanal, y entraban en la ribera frondosa de Bembibre, dos caballeros armados y con la cara cubierta por la celada. Uno de ellos, llevaba una armadura negra, el escudo sin divisa y casco negro también, coronado de un penacho muy hermoso del mismo color, cuyas plumas tremolaban airosamente a merced del tiempo. El otro, era sin duda un templario, pues llevaba la cruz encarnada en el manto blanco, y en el escudo, los dos caballeros montados en un mismo caballo, que eran las armas de la Orden. Muy abstraídos debían ir en sus meditaciones, pues caminaban a largo y tendido paso, sin cruzar palabra alguna y sin reparar en las miradas de los sencillos campesinos que a su paso encontra-

ban. Por fin, doblaron la cuesta de Congosto y siguieron el camino de El Bierzo bajo, llevando siempre a cierta distancia unos veinte soldados, también con las divisas del Temple.

Aquella misma tarde, doña Beatriz, acompañada de su fiel Martina, salió por una calle de árboles de las que rodeaban su casa, pero bien pronto, fatigada de su corto paseo, sentose al pie de un nogal frondoso; allí con el codo en las rodillas y la mejilla apoyada en la mano, meditaba sobre las tristes páginas de su historia.

De pronto, la sacó de sus meditaciones el criado Mendo, que se acercó presuroso a decir que, habían llegado a casa dos caballeros, preguntando por doña Beatriz, a quién deseaban hablar.

Doña Beatriz, un poco extrañada de la visita, indicó al criado que les condujese allí.

Los encubiertos caballeros, en cuanto recibieron el aviso, se encaminaron hacia donde les indicó el criado, y antes de llegar a doña Beatriz, echaron pie a tierra, y el de las armas negras, con paso no muy seguro se acercó a ella, seguido del templario y alzando lentamente la celada, dijo con una voz sepulcral:—Soy yo, doña Beatriz.

Martina dió entonces un grito y cayó al suelo sin fuerzas, asustada por el espectro de don Alvaro. Su ama, al contrario, lejos de temer a la imagen de su amante, se arrojó hacia ella con los brazos abiertos, temiendo que entre ellos se deshiciese, y exclamando con un acento que salía de lo más hondo del corazón:

—¡Ah! ¿Eres tú, sombra querida, eres tú? ¿Quién te envía otra vez a este valle de lágrimas? Desde tu muerte

no he hecho más que seguir el rastro de tu alma y abrigar el deseo de juntarme contigo.

—Esperad doña Beatriz,—repuso el caballero,—porque todavía no sé si debo bendecir o maldecir este instante que nos reúne.

Doña Beatriz, sin poner atención a lo que le decía y palpándole las manos y los brazos, exclamaba sorprendida:—¿Pero eres tú? ¿Pero estás vivo?

—Vivo, sí,—respondió él,—aunque bien puede decirse que acabo de salir de la tumba.

—¡Justicia divina!—exclamó ella con el acento de la desesperación; cuando no le cupo ninguna duda:—¡Es él, él mismo! miserable de mí, ¿qué es lo que he hecho?—y diciendo ésto se retiró unos cuantos pasos hasta apoyarse en el tronco de un árbol, retorciéndose los brazos.

Don Alvaro miró al templario que no era otro que el comendador Saldaña, y dirigiéndose a doña Beatriz, le dijo, con acento respetuoso:

—Señora, el comendador que veis ahí presente, me ha asegurado que sois la esposa del conde de Lemus, pero no quiero creerlo hasta no oírlo afirmado por vos.

—Cuanto os ha dicho, es la pura verdad,—respondió doña Beatriz,—pero os ruego que abrevieis esta conversación, que sin duda será la última.

—Será la última, sí, pero es preciso que antes os diga que me habéis engañado ruin y bajamente.

—¡Ah! no, ¡eso nunca!...—exclamó ella juntando las manos.

Don Alvaro, con palabras vehementes e imperiosas, recordó a doña Beatriz el amor sincero que siempre se profesaron, y la promesa de la noche de Carracedo.

Al escuchar las últimas palabras del caballero, le dirigió doña Beatriz una mirada tristísima y le dijo con voz interrumpida por los sollozos:—Sí, don Alvaro, me acuerdo de todo y lo reconozco todo, pero hubiéramos sido demasiado felices, y no cabía tanta ventura en este valle de lágrimas.

—Pues bien, yo vengo a reclamar vuestra palabra y a pedir os cuenta del amor y de la confianza que en vos puse.

—Todo está demás ya, entre nosotros,—replicó ella,—porque la única verdad es que soy la esposa del conde de Lemus.

—Pero, Beatriz, haced el favor de explicaros, porque aquí hay un misterio infernal y quiero que os disculpéis, que os justificuéis. Ya que os pierdo, no quisiera maldecir vuestra memoria.

Doña Beatriz seguía guardando silencio, pero Martina, que ya se había repuesto del susto y convencida de que era el señor de Bembibre en persona, le explicó rápidamente todo lo sucedido.

La infeliz señora, rogó entonces a don Alvaro que la perdonase, porque su vida sería muy breve y no quería morir con el peso de su odio sobre el corazón.

Cuando estaban en estas palabras, les advirtió Martina la presencia del señor de Arganza y del conde, seguidos de todos sus criados.

Doña Beatriz, entonces, presa de gran agitación, cogió a don Alvaro por el brazo y le señaló un sendero por donde podrían huir, pero los caballeros prefirieron esperar y hablar con alguno de los que se acercaban.

*
* *
*

La causa de este desagradable incidente, fué la necia alarma sembrada por el criado Mendo cuando dejó a los forasteros próximos a doña Beatriz. Por casualidad regresaron a Arganza, el conde y su suegro, y al encontrar sus gentes alborotadas y en disposición de acudir al riesgo de su señora, marcharon allá con ellos.

Cuando don Alvaro y el comendador sintieron cerca el tropel, se calaron las celadas y como dos estatuas de bronce, aguardaron serenos y tranquilos.

Al acercarse, se adelantó el conde, y con su altanera cortesía, dirigiéndose al de las armas negras, le dijo:

—Me perdonaréis, caballero, que os pregunte el motivo de tan extraña visita, y os ruegue que me descubráis vuestro nombre y cara.

—Soy,—respondió él levantándose la visera,—don Alvaro Yáñez, señor de Bembibre, y venía a reclamar de doña Beatriz Ossorio, el cumplimiento de una palabra, ya hace algún tiempo empeñada.

—¡Don Alvaro!—exclamó el conde lleno de asombro y de admiración.—¡Vos aquí!

—¿Os extraña mi regreso?—contestó don Alvaro con sarcasmo.—Es natural, ya que esperabais que la muerte o la vejez me llegase en el calabozo, que vos y el infante don Juan me proporcionásteis. ¿No es verdad?

—¡Ah! ¡el traidor don Juan Núñez!—murmuró el conde.

—¿Todavía os quejáis de él?—contestó don Alvaro con el mismo tono irónico.—Pues debíais estarle muy agradecido, porque en los seis meses que ha durado mi se-

pultura, habéis logrado todos vuestros afanes; os habéis casado con doña Beatriz, habéis procurado la destrucción de los templarios, y casi estáis a punto de coronaros rey de Galicia.

Por fin, don Alonso, dándose cuenta de la perfidia del conde, le dijo:

—¿Es cierto lo que cuenta don Alvaro? ¿Es cierto que yo, mi hija y que todos nosotros, somos víctimas de una trama infernal?

El conde, mortificado con aquellas preguntas, contestó con su natural orgullo:

—De mis acciones, a nadie tengo que responder en este mundo, y en cuanto a vos, señor de Bembibre, declaro que mentís como villano y mal nacido que sois. ¿Quién sale fiador de vuestras mal urdidas calumnias?

—En este sitio yo,—respondió el comendador descubriéndose.—En Castilla, don Juan de Lara, y ante los tribunales del rey, estos papeles,—añadió mostrando los que se encerraban en una cartera.

—¡Ah, traidor!—exclamó el conde desenvainando la espada y dirigiéndose a don Alvaro.—Aquí mismo voy a lavar mi afrenta con tu sangre. Defiéndete como puedas.

Don Alonso se interpuso, diciendo al conde:

—Estos caballeros están en mi casa y no consiento que de esta manera se les trate. Si queréis limpiar vuestra oscurecida honra, con un reto, pedir campo al rey y batiros en presencia de todos los ricos hombres de Castilla.

—Está bien,—replicó el conde—me doy cuenta de vuestro ardid pero de nada os valdrá. Atad inmediatamente—dijo al grupo de criados—a estos traidores al rey don Fernando de Castilla.

Doña Beatriz entonces, poniéndose en medio de los encarnizados enemigos, dijo al conde con tranquila severidad:

—Esos caballeros son iguales a vos, y ninguna autoridad podéis ejercer sobre ellos. Además, las leyes de la caballería, prohíben hacer uso de la fuerza entre personas cuyos agravios tienen a Dios y a los hombres por jueces.

—No hago más, que obedecer las órdenes del rey, el cual ha mandado prender a todos los caballeros del Temple y a cuantos le prestaren ayuda,—dijo el conde.

—En tanto que sostenían este diálogo, hizo el comendador una señal al paje que le acompañaba, el cual tocó un cuerno de caza que llevaba a la espalda, haciendo oír tres puntos agudos y sonoros que retumbaron a lo lejos; al instante se oyó el galope de varios caballos de guerra, no tardando en aparecer la guardia que atravesó la ribera de Bembibre detrás de nuestros caballeros, la cual había quedado oculta entre la arboleda próxima.

—Y ahora, señor conde—le dijo Saldaña con ira.—¿Qué esperáis de nosotros, sino es, que con una cuerda bien fuerte, os colguemos de una almena del castillo de Ponferrada para que sirva de ejemplo a los que, como vos, no saben respetar las leyes de la caballería?

—Eso hubiera hecho yo con vosotros, de haberos tenido entre mis manos—respondió él con frialdad—así que no me quejaré de que me paguéis con la misma moneda.

—Vuestra moneda no pasa entre los nobles. Id en paz,—dijo don Alvaro—queremos diferenciarnos en algo de vos, pero tened entendido, que si como caballero y señor independiente, no acepto vuestro reto, me encontraréis en la demanda del Temple, porque desde mañana seré templario.

—Allí nos encontraremos, y vive Dios que no os escaparéis de mis garras.—Con estas palabras se alejó el conde y recogiendo parte de su gente, continuó en dirección a Galicia.

—¿Es cierto lo que acabo de escuchar?—repuso doña Beatriz.—¿Vos templario? ¿No sabéis las tragedias de Francia y el odio que se ha encendido contra ellos en toda la cristiandad?

—Eso precisamente es lo que me ha determinado a seguir su bandera, porque no soy yo, de los que abandonan a los amigos en la desgracia. Y por otra parte, destruidas ya todas mis ilusiones ¿qué puedo esperar?

El señor de Arganza empezó a comprender la desgracia de su hija y la gran culpa que a él le tocaba, contando a don Alvaro con todo detalle, el sacrificio de doña Beatriz.

El señor de Bembibre, dolorido por el relato que acababa de oír se despidió de doña Beatriz, asegurándole que nunca más se volverían a ver, pero que detrás de las murallas del Temple se acordaría siempre de ella...

Al marchar don Alvaro, aumentó la pena de la desventurada joven, no siendo menor el dolor del padre, reconociéndose culpable de tanta desventura. Compadecida doña Beatriz del sufrimiento del anciano, procuraba alentarle.

—No, hija mía; no te esfuerces en consolarme—decía don Alonso—tú no serás de ese indigno; yo iré a Roma a pie, con el bordón del peregrino en la mano, yo me arrojaré a las plantas del Pontífice y le pediré que te devuelva tu libertad, que deshaga este nudo abominable...

—¿Para qué me servirá ya la libertad, padre mío? ¿No habéis oído que pasado mañana será ya templario?



XIV



UNQUE don Juan Núñez de Lara era un espíritu inclinado a la rebelión, era de buen natural y no faltaba a las leyes sagradas del honor y de la caballería. Solo las insistentes consideraciones del infante, pudieron moverle al intento de separar a don Alvaro de la alianza con los templarios, para resentir el poder de la Orden, sobre todo en El Bierzo.

El infante, deseaba hacer desaparecer a don Alvaro por el veneno o el puñal, pero enterado Núñez de Lara, se fué hacia el infante don Juan, espada en mano, dispuesto a castigar tan criminales deseos. Fué precisa toda la diplomacia de éste, para tranquilizar al jefe de Tordehumos y convencerle de que se le diese un narcótico a don Alvaro, y haciéndole pasar por muerto, se le tuviese en secreta prisión, hasta que terminada aquella contienda, se le pudiese poner en libertad.

La verdadera finalidad de estos propósitos, era separar a don Alvaro de doña Beatriz, pero buen cuidado tuvo el infante, de que no lo sospechase Núñez de Lara, que de ningún modo hubiese consentido aquella infame intriga.

Por satisfacción propia, más que por la esperanza de conseguir un resultado práctico, empleó Lara con don Alvaro medios de persuasión, para lograr el rompimiento con los templarios, y como fracasara en su intento, ordenó a su médico Ben Simuel que le preparase y diese a beber un narcótico. Al poco tiempo de beberlo, quedó don Alvaro como muerto y entrando el judío en la habitación, por una puerta secreta, desgarró los vendajes del herido y derramó sangre por la cama, lo cual hizo creer más tarde a Millán que su señor había fallecido.

Como don Alvaro no estaba muerto, más que en apariencia, era natural que Núñez de Lara se negase a entregar su cadáver, y la noche siguiente fué trasladado por él y su médico a un calabozo del castillo, donde le dejaron fuertemente sujeto con cadenas.

Cuando don Alvaro volvió en sí de su forzado sueño, creyó ante la oscuridad que reinaba en el aposento que era de noche, pero al sentir en pies y manos los hierros que le sujetaban, se convenció de su verdadera situación.

El contraste entre su encierro en aquella prisión y las atenciones que se le habían prodigado, llenaron a don Alvaro de confusión. Al poco tiempo un ruido de pasos y el chirriar de la cerradura y de los cerrojos de la puerta, le distrajerón.

Franqueado el paso, penetraron dos personas, en quienes reconoció a Núñez de Lara y a Ben Simuel. Aquél traía una lámpara y un manajo de llaves, y el judío era

portador de algunos alimentos y bebidas. Don Juan se acercó al prisionero y con visible contrariedad, le dijo:

—Don Alvaro, la salud de Castilla me ha obligado bien a pesar mío a portarme con vos del modo que estáis viendo, mas si renunciáis a la alianza con el Temple, recobraréis la libertad. De otra suerte, no saldréis de aquí, porque sabed que estáis muerto para todo el mundo, menos para Ben Simuel y para mí.

Don Alvaro, a causa de su debilidad, había perdido el recuerdo de lo sucedido el día anterior, pero pronto recobró parte de su energía y fortaleza, y respondió a don Juan:

—No es éste el modo de tratar a caballeros que como yo, en todo son iguales a vos, menos en la ventura. De todo ello don Juan Núñez, me daréis cuenta, en cuanto mi prisión se acabe.

—De eso no hay que dudar;—respondió Lara con calma—pero mientras tanto, quisiera haceros más suaves los males de esta prisión, que sólo la fuerza de las circunstancias me obliga a imponeros, y para ello, recabo vuestra palabra de caballero, de no intentar salir de este encierro mientras yo no os diere libertad.

Quedó don Alvaro pensativo un rato y al cabo, respondió:

—Os la doy.

Lara le soltó grillos y esposas y le entregó las llaves del calabozo, diciéndole:

—En caso de asalto al castillo, quizá no pudiese venir a libertaros y por eso pongo vuestra seguridad en vuestras manos. Por lo demás, quisiera saber si algo deseáis para complaceros al punto.

Don Alvaro le dió las gracias repitiendo, no obstante, su reto.

A la visita siguiente, Lara, trajo al preso sus armas, para que en caso de asalto pudiese defenderse. Esta nueva prueba de confianza dejó muy obligado a don Alvaro, que ya estaba muy restablecido de sus heridas.

En sus tristes horas de reflexión no se apartaba de su memoria doña Beatriz y no dejaba de acordarse tampoco de las riberas del Boeza y de las montañas de Noceda, en las que tantas veces había cazado. Acostumbrado al aire puro y aromoso de los escondidos valles y enriscadas cumbres bercianos, el de la prisión, se le hacía insoportable y fétido, y su juventud se marchitaba como una planta roída por un gusano oculto.

Entre tanto, el sitio de la fortaleza continuaba con gran peligro para los sitiados, y aunque el deseo del rey era, no cejar en la empresa, tropezaba con el descontento de los deudos y amigos de Lara, que se iban cansando de lo largo del sitio. Sin embargo, nadie, hasta entonces, había abandonado al rey.

Un día, poco antes de amanecer, despertó a don Alvaro el galope y relincho de caballos, el sonar de trompetas y la gritería de la guarnición, que se sentía dentro y fuera del castillo, lo cual hizo suponer al prisionero, que las tropas reales habían asaltado la fortaleza, idea que le causó gran alegría. Apenas amaneció, se presentó en la prisión don Juan Núñez radiante de júbilo exclamando:

—No es el linaje de los Lara el que sucumbirá ante un rey de Castilla. Lejos de apretar el cerco, ese rey mozo y mal aconsejado, deberá levantarlo, aprendiendo así a no despreciar a sus ricos hombres, que valen tanto como él.

Estas palabras que pronunció el orgulloso Lara, dieron en tierra con las esperanzas de don Alvaro. Don Juan le dijo, que la causa de su alegría era el haberse unido a sus banderas dos caballeros del ejército real, seguidos de sus respectivas huestes, movidos por la amistad que les unía con él.

Con esta deserción, quedaba tan debilitado el poder del rey y tan poderoso Lara, que aquél tendría que avenirse a pactar, aceptando las condiciones de su afortunado vasallo. Don Juan contó también a su prisionero, el encorno que en toda España se iba desencadenando contra los templarios y que el rey sólo esperaba salir de aquella empresa, para despojarles de sus haciendas y castillos, que aún no habían querido entregar.

—Pues a pesar de todo—respondió don Alvaro con enojo,—el mundo entero no me apartará del sendero del honor y defenderé su suerte; pero vos, os lo repito, en contraréis tal vez, algún día, en la punta de mi lanza, el premio de esta prisión, inicua e injusta, que me hacéis sufrir.

Después de contestar Lara muy cortésmente, a las amenazas de su prisionero, cerró la puerta y desapareció.

Cuando escuchó don Alvaro las noticias que le dió don Juan Núñez, sintió rompersele su única esperanza y se le agudizaron los deseos de acudir a aliviar los peligros que habían de amenazar a su tío, el maestro, sin olvidar los riesgos de que estaría cercada doña Beatriz. Aunque tenía en las manos las llaves de la prisión, su palabra le sujetaba más que todos los cerrojos y guardianes del mundo, y más de una vez maldijo su ligereza, al comprometerse de aquel modo.

Con estas contrariedades y sinsabores, sus fuerzas iban cada vez a menos, hasta el punto de que Ben Simuel, llegó a concebir serios temores caso de que aquella reclusión se dilatase algún tiempo.

*
* * *

Mientras don Alvaro permanecía en su prisión, estaba muy lejos de suponer que allá en las montañas de su país un viejo amigo, el comendador Saldaña, extrañado de las circunstancias que habían rodeado su muerte, pensó en alguna superchería, y no tenía otra idea, que la de descubrir el misterio de que el hecho aparecía rodeado.

Parecíale, que debía existir algún motivo ignorado que moviese a don Juan Núñez de Lara a no entregar el cadáver de don Alvaro, sin tener ningún parentesco ni amistad con él, faltando a la costumbre establecida de entregar los cadáveres de las personas notables a los parientes o amigos. Además, aunque no podía pensar de Lara que hubiese llegado al asesinato, las misteriosas circunstancias que precedieron a la tragedia, le hacían insistir en su idea y se decidió a escribir al maestre, pidiéndole permiso para trasladarse a Castilla y aclarar las dudas que tenía respecto al paradero de su sobrino.

Don Rodrigo le negó el permiso, extrañándose de que se dudara de un hecho que tenía por tan cierto; consideró además el maestre peligrosa, la ausencia de tan experimentado caudillo, cuando el conde de Lemus juntaba ya sus gentes en la parte de Valdeorras, y se aproximaba la lucha. Esta negativa, dado el carácter violento de Saldaña, dió nuevo impulso a sus deseos.

Uno de aquellos dos caballeros que se habían pasado a las huestes de Lara, era don Hernán Ruiz de Saldaña, próximo pariente del alcaide de Cornatel. Esto sirvió al comendador de motivo para trabajar la voluntad del maestre, cuando en aquellos días visitó el castillo para enterarse del estado de sus medios de defensa; tanto insistió, que logró al fin, el deseado permiso.

Las desgraciadas noticias de que Saldaña era portador, le hicieron pensar, que acaso fuese mejor que don Alvaro estuviese verdaderamente muerto, pues de otro modo, grande era la herida que se le iba a causar al darle cuenta del desgraciado fin de su amor. Combatido por estos pensamientos, llegó el comendador a Tordehumos, donde fué recibido con la cordialidad que a todos merecía, si no su hábito, su valor, probado en Palestina.

Pidió el comendador una entrevista a don Juan Núñez por mediación de su pariente, quien le había procurado el salvoconducto para entrar en la plaza, y reunidos los tres, se fueron a una sala apartada, y Saldaña, habló a Lara en estos términos:

—Siempre os tuve por uno de los más cumplidos caballeros de Castilla, por vuestra alcurnia • hidalguía, y siempre os he defendido de vuestros enemigos, al ver que erais digno de tan ilustre sangre. ¡Cuál no ha debido ser, por lo mismo, mi sorpresa, al veros servir de instrumento a inicuos planes, deteniendo a don Alvaro en las entrañas de la tierra, cual si le cubriera la losa del sepulcro!

Notando Saldaña la turbación que sus inesperadas palabras produjeron en Lara, se convenció de la certeza de sus dudas. Recobróse Lara, no obstante, y respondió con torcido gesto:

—Si no os amparasen vuestras canas, no me ofenderíais de ese modo. Si don Alvaro murió, culpa es de su desdicha y no de mi mala voluntad. Cuando se acabe este sitio, yo os lo entregaré a la puerta de este castillo con todo el honor correspondiente, si su tío, el maestro, os comisiona para recibirle.

—¡Ah, don Juan Núñez,—repuso el comendador,— que mal pegan esos embustes con las leyes del honor! Os lo repito: habéis servido de escalón para los pies de un malvado, y por vos, ha quedado atropellada una principal señora. Por vos, que calzáis espuela de oro y que nacisteis obligado a proteger a los desvalidos, se ha perdido una doncella de las más nobles, discretas y hermosas del reino de León.

Entonces contó vivamente los desposorios de doña Beatriz, verdadero objeto de las maquinaciones del infante, en combinación con el conde de Lemus, y le puso de manifiesto el desgraciado papel que le había hecho representar la perfidia del infante y del conde.

A medida que iba escuchando al comendador, se iba llenando de cólera don Juan Núñez y al fin, exclamó:

—¡Ah, infante don Juan! ¡Ah, don Pedro de Castro, cómo habéis de lavar con vuestra sangre esta afrenta que habéis arrojado sobre mi nombre, convirtiendo a un Núñez de Lara en asesino de damas! Sí, sí, noble Saldaña, don Alvaro está en mi poder, pero ¿cómo presentarme ante él con lo infame de mi conducta y decirle que yo soy, quien le ha robado la dicha? ¡Ah! no importa. Quiero confesarle mi crimen, quiero presentarle mi cuello. ¡Venid, venid!—dijo levantándose con resolución.

Estaba don Alvaro sentado y entregado a amargas re-

flexiones, cuando oyó ruido de pasos muy presuros en la escalera, y sintió abrir la puerta con gran ímpetu, a la vez que uno de los tres caballeros exclamaba:

—¿Dónde estáis, don Alvaro, que con esta luz tan escasa no os veo?

Enorme fué la extrañeza del prisionero ante semejante aparición, pero pasada la primera sorpresa, se colgó del cuello del comendador, que por su parte le estrechaba entre sus brazos, como si se tratase de un hijo resucitado. Lara se apresuró a decir al cautivo.

—Don Alvaro, libre estáis desde ahora y ¡dichoso yo, mil veces, si mis ojos se hubiesen abierto más a tiempo! Pero antes de ausentaros, es necesario que me perdonéis o que muera bajo el filo de vuestro puñal, para lo cual, tenéis mi pecho descubierto. Sabe el cielo, que mi intento al guardaros no era otra que la que conocéis, pero mi necia credulidad y las tramas de los perversos, junto con vuestro desgraciado sino, os han hecho perder a doña Beatriz. El comendador ha descubierto la trama, y yo vengo a reparar la culpa que me toque, ya con mi vida, ya haciendo voto de desafiar al conde y al infante don Juan, en desagravio de mi afrenta.

Don Alvaro perdió el color al oír estas palabras, pero recobrándose, respondió comedidamente:

—Aunque tenía decidido demandaros por tan injusto encierro, me soltáis cuando estáis más poderoso que nunca, lo cual es acción digna de vos. En cuanto a lo que os han dicho de doña Beatriz, bien se ve que no la conocéis, pues si así fuese, no daríais oído a vulgares habladurías. Cierto es que me tendrá por muerto, pues ya le habrá entregado mi escudero las prendas que recibí de su amor,

pero me prometió aguardarme un año y cumplirá su palabra. Por lo demás, si queréis desengañaros, aquí tenéis quien puede hacerlo.

—¿No es verdad, venerable Saldaña, que semejante noticia es absolutamente falsa?... ¿No respondéis? Disipad, os suplico, las dudas de nuestro huésped, porque las mías no existen.

—Doña Beatriz—respondió Saldaña,—ha dado su mano al conde de Lemus.

—¡Mentís!—gritó don Alvaro con voz sofocada por la cólera—¡No sé cómo no os arranco la lengua para escarmiento de impostores! ¿Sabéis a quién estáis ultrajando? Vos no sois digno de poner los labios en la huella que deja su pie en la arena... ¿Quién sois vos, para vilipendiarla así?

—Don Alvaro—exclamó Lara interponiéndose—¿Así tratáis a quien ha venido a quitarme la venda de los ojos y a libraros de vuestra mazmorra?

—¡Ah, perdonadme noble don Gutierre!—repuso don Alvaro con voz templada, al mismo tiempo que besaba la mano del anciano —pero, ¿cómo conservar la calma cuando os oigo esas calumnias? ¿Asististeis vos a esos desposorios? ¿Lo visteis por vuestros propios ojos?

—No,—contestó Saldaña con acento apesadumbrado—porque temía cualquier arrebató no fuí testigo de ellos, pero todo el país lo sabe y...

—Y todo el país miente—replicó don Alvaro sin dejarle concluir la frase.

Entonces, se puso a pasear ante los asombrados caballeros diciendo:

—¡Ah! ¿Quién sabe, si cansada de sacrificios le ha pa-

recido demasiado largo el plazo de un año que me concedió para aguardarme? Además, ¿cuándo tuve yo buena suerte, para esperar ahora su benéfico influjo?

Y volviéndose de repente a don Juan de Lara, le dijo con acento alterado:

—¿No decíais hace un momento que estaba libre? ¡Venga pues, un caballo al punto!

—Fuera está vuestro caballo que os espera, pero no olvidéis lo que os dije hace poco—respondió don Juan.—Tal vez he podido haceros un daño gravísimo, pero que no me asista el perdón de Dios, en la hora del juicio, si tuve noticia de la vileza de que ambos somos víctimas.

—Don Juan—respondió él.—Si vuestros temores son ciertos, más difícil os será conseguir el perdón de Dios, que el mío, ahora otorgado en presencia de estos nobles testigos.

Después de entregar don Juan Núñez al comendador, la correspondencia entre él y el infante en que se demostraba la traición y la complicidad del de Lemus, partieron don Alvaro, Saldaña y sus hombres de armas, camino de León.

Dos leguas llevarían andadas, cuando don Alvaro, paró de repente su caballo y dijo al comendador con voz profunda:

—Si fuese cierto...

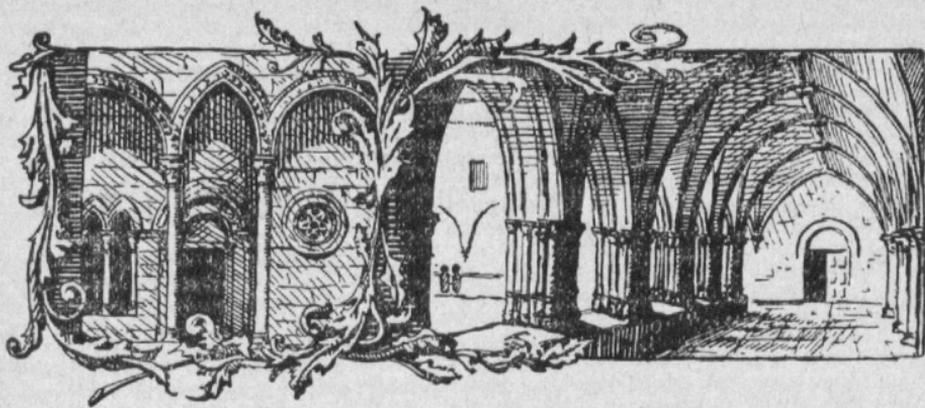
Don Gutierre no pudo menos de mover tristemente la cabeza y el joven añadió con impaciencia:

—Bien está, pero no me desesperéis cuando tan cerca tenemos el desengaño. Si fuese cierto, no tardaré en pedir el hábito del Temple, sino lo que tarde en llegar a Ponferrada. Os doy mi palabra de caballero.

—No os la acepto—replicó Saldaña—porque...

Don Alvaro hizo una señal de impaciencia, que obligó al comendador a callar por no irritarle más, y así, sin volver a despegar los labios, llegaron al término de su viaje.





XV



UN alma menos impetuosa que la de don Alvaro, no habría adoptado la resolución de entrar en el Temple, cuando todo parecía conjurarse contra él, pero la desesperación que le produjo su perdida esperanza, y más que nada, el deseo de venganza, para lo que le brindaba ocasión propicia la lucha que se preparaba, hicieron bastante fuerza sobre él para adoptar tal determinación.

Sin embargo, el enorme poder con que contaba en España la Orden del Temple, hacía meditar a los reyes de Castilla y Aragón antes de lanzarse a la lucha, aunque no por esto dejaban de hacer preparativos para ella.

Mucho pesaba en la actitud de los templarios españoles, la conducta del prudente rey de Portugal, don Dionisio, quien convencido de lo injusto de la persecución y no contento con protestar ante el Papa de las resoluciones adoptadas, se entendió con el maestre de Castilla y

con el teniente de Aragón, a fin de salvar la existencia y prestigio de la Orden.

Los templarios, reunidos en capítulo, acordaron ofrecer resistencia a la orden papal, conservando sus castillos y vasallos, a título de legítima defensa, hasta que se reuniesen los obispos que habían de juzgarlos, lo cual no quería decir que se negasen a reconocer la autoridad del Papa.

Tal era el estado de cosas, cuando don Alvaro, lleno de dolor, celebró aquella entrevista con doña Beatriz en Arganza y se encaminó a Ponferrada, decidido a no salir de sus murallas, sino con la cruz encarnada en el pecho. El comendador, se adelantó para dar a don Rodrigo la noticia de la suerte de don Alvaro.

Como si la alegría le hubiese rejuvenecido, corrió el maestre al encuentro de su sobrino, al que se abrazó estrechamente. Pasadas las primeras manifestaciones de satisfacción y después de saciada la curiosidad de aquel respetable viejo sobre la prisión y libertad del joven, hablaron de las desgraciadas circunstancias del momento. Don Alvaro le contó la entrevista que acababa de tener y la resolución que había adoptado, a lo cual, respondió el maestre después de meditar un momento:

—¿Conque, renunciáis para siempre a la esperanza? ¿No te basta el obstáculo que te separa de doña Beatriz, que aún quieres poner otro mayor entre los dos?

—Tío y señor—respondió el joven con amargura— ¿qué es la esperanza? Sabéis que la acogí en mi corazón como a noble huésped, pero el huésped me asesinó y dió mal pago a mis atenciones para con él. No puedo confiar en lo frágil de la vida de ese hombre que me la arrebató,

antes bien, creo que la deleznable y caduca es la nuestra. ¡Muévale Dios contra el Temple, y ahora que no soy más que un soldado suyo, nos encontraremos!

Don Rodrigo comprendió lo mortal de la herida que el desengaño había producido a don Alvaro, y trató de presentarle otra clase de obstáculos.

—Hijo mío,—le dijo con aparente tranquilidad—tu dolor es justo, y natural tu determinación, pero no alcanza mi poder a coronarla. Nuestra Orden está citada a juicio, suspensos nuestros derechos y sin facultades, por consiguiente, para admitirte en su seno.

Don Alvaro con su claro ingenio, comprendió al punto los intentos de su tío y respondió:

—Si tal es vuestro escrúpulo, y supuesto que el caso es completamente nuevo, convocad capítulo, y él resolverá. Pero debo deciros que si el Temple me cierra sus puertas, iré a la Isla de Rodas, y me alistaré entre vuestros enemigos los caballeros de San Juan. Mi resolución es invariable y todo el poder del mundo no la haría retroceder.

El maestro, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, juntó al capítulo de los caballeros allí presentes, que se mostraron de acuerdo con los deseos de don Alvaro.

No queriendo oponerse a la opinión general, se decidió a dar el hábito a su sobrino tan pronto estuviese preparado, siendo recibida esta noticia en la bailía con gran regocijo de todos y especialmente de Saldaña, al considerar la valiosa ayuda que la suerte les deparaba, y los grandes méritos del aspirante.

Llegó por fin el momento en que don Alvaro había de profesar, acto que según los ritos de los templarios, debía

tener lugar de noche y a puerta cerrada. Cuando ya la oscuridad se derramó por la tierra, el comendador Saldaña y otro caballero muy anciano, acompañaron a don Alvaro, hasta la puerta de la capilla del castillo en la que llamaron con mesurados golpes.

—¿Quién llama a la puerta del Temple?—preguntó desde dentro una voz hueca.

—El que viene poseído de celo hacia su gloria, de humildad y de desengaños,—respondió Saldaña como primer padrino.

Se abrieron entonces las puertas y se presentó a su vista la iglesia revestida de negro y con algunos cirios encendidos en el altar, en cuyas gradas estaba el maestro, sentado en una especie de trono, y rodeado de los comendadores de la Orden; más abajo se extendía en semicírculo, los caballeros profesos, quienes envueltos en sus blancos mantos, parecían lúgubres y silenciosos fantasmas. Don Alvaro atravesó entre ellos, acompañado de sus padrinos, y fué a arrodillarse ante las gradas del trono del maestro, quien extendió su cetro hacia él y le preguntó sus deseos, a lo cual, respondió don Alvaro:

—Aunque pecador e indigno, por seguir e imitar al Salvador, he aspirado a tomar la cruz del Temple de Salomón.

—¿Hay alguno entre todos los hermanos presentes que pueda culpar al aspirante, de alguna acción ruin, por la que merezca ser degradado de la condición de caballero?—preguntó el maestro.

Como todos guardasen silencio, el comendador pidió que se comenzase el rito.

Dos caballeros trajeron un crucifijo de gran altura y

toscamente labrado, pero de expresión muy dolorosa en el semblante. Una vez que tuvo lugar la ceremonia simbólica del pecado, arrodillóse don Alvaro sobre un almohadón, y desarrollando un pergamino, encabezado con la cruz del Temple, leyó su profesión en la que pronunciaba sus votos y prometía trabajar sin tregua por lograr la reconquista de Jerusalén.

Entonces los padrinos le desarmaron, mientras los demás cantaban un salmo. Calzáronle espuelas de acero y del mismo metal fueron las grevas, peto, espaldas y manoplas, conque sustituyeron su riquísima armadura ciñéndole, por último, una espada de damasco y un puñal sin ningún adorno. Por fin, le echaron encima el blanco manto de la Orden, y le vendaron los ojos, postrándose en seguida en el suelo mientras la congregación entonaba los salmos de difuntos. Acabó el cántico, y sus padrinos acudieron a levantarlo y a destaparle los ojos, que al punto tuvo que cerrar, ante la viva claridad que había sustituido a la oscuridad de antes. Las colgaduras negras estaban recogidas, los altares iluminados con antorchas, y los caballeros tenían en las manos velas encendidas. En cuanto descubrieron a don Alvaro, entonaron un nuevo salmo, pero esta vez, con voces regocijadas, durante el cual, y conducido por sus padrinos, fué abrazando a todos sus hermanos y recibiendo de ellos el beso de paz y fraternidad.

Concluído este acto, se aproximaron todos al trono del maestre, dejando en medio a don Alvaro, que de pie y con los brazos cruzados, oyó la plática que aquél le dirigió. Le habló de los deberes del soldado de Dios al entrar en aquella milicia, y concluyó diciendo:

—Pero si Dios te deja de su mano para permitir que faltes a sus juramentos, tu vida se apagará al punto, como estas candelas, y unas tinieblas más densas todavía, cercarán tu alma por toda la eternidad.

Al decir ésto, todos los caballeros apagaron sus velas y bajando los paños de los altares hicieron quedar la iglesia en la oscuridad de antes. Entonces murmurando en voz baja algunos versículos del libro de Job, y a la luz de los blandones que todavía ardían en el altar mayor, se dirigieron a la puerta en lenta y solemne procesión. Allí se pararon de nuevo, hasta que habiendo rociado el maestre con agua bendita la cabeza de su sobrino, como para lavarle aún de los vestigios de la culpa, terminó la ceremonia, y se retiraron todos a sus cámaras respectivas, dejando a don Alvaro también en la suya, sin que toda su energía fuese capaz de borrar de su memoria, las desgraciadas circunstancias que le habían llevado a realizar el acto que acababa de tener lugar.

*
* *

Tres días después de estos sucesos, fué el buen Millán a ver a Martina, y por ella supo el regreso de don Alvaro, que al principio no quería creer, por la seguridad que tenía de haberle dejado enterrado en Tordehumos. La profesión de don Alvaro le desagradó mucho a su escudero, el cual, no se mostró dispuesto a volver a su servicio, temiendo hacerse acreedor a los terribles castigos a que en su opinión, estaban predipuestos todos los templarios. Sin embargo, no desistió del propósito de ir a

ver a su amo, y dejando a Martina montó en su caballo y se dirigió a Ponferrada.

Cuando llegó al castillo había cambiado su decisión anterior, y movido del cariño hacia su señor, estaba decidido a consagrarse a su servicio, a pesar de los recelos que le inspiraba la Orden.

Se dirigió primeramente a la celda del maestre, quien deseando dar una alegría a su sobrino, le condujo inmediatamente a su aposento.

—Aquí os traigo, sobrino, un conocido antiguo, cuya visita os alegrará.

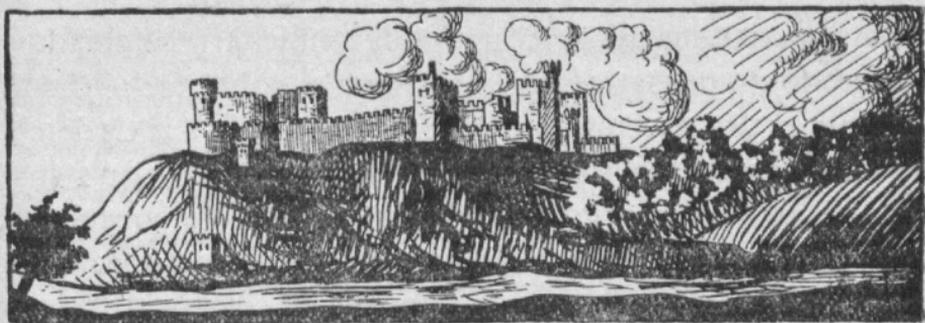
—Ese será mi fiel Millán—repuso al punto don Alvaro—¿qué otra persona se había de acordar de mí en el mundo?

Millán corrió sollozando de alegría a arrojarse a los pies de su señor, diciéndole:

—Pero, señor, ¿es posible que después de lloraros por muerto, os encuentre ahora con ese hábito?

—Nunca le tuviste gran afición—respondió don Alvaro—pero ahora es preciso que le mires con mejores ojos, siquiera por amor del que fué tu amo.

En vista de las protestas de cariño y adhesión que Millán repetía a su señor, quedó instalado en el castillo y en sus antiguas funciones, confirmando don Rodrigo la donación que en su favor había hecho su sobrino, en el testamento, para que no tuviese nunca que arrepentirse de su lealtad, aquel buen criado.



XVI



AS diferencias entre el rey don Fernando y don Juan Núñez de Lara, tuvieron que arreglarse más a satisfacción de éste, que como convenía al decoro real. No pudo ser de otro modo, dados los pocos medios de que el rey disponía.

Este resultado tuvo, no obstante, la ventaja de dejar al rey en libertad para resolver el problema de los templarios, que no podía solucionarse, más que por la fuerza de las armas.

Terminada la empresa de Tordehumos se preparó el rey para combatir a los templarios. El señor de Arganza, como Merino Mayor de El Bierzo, recibió orden de alistar los ballesteros y gentes de armas que pudiese, y reunir sus fuerzas con las que, en los confines de Galicia, juntaba su yerno, el de Lemus. De buena gana hubiera declinado este honor, porque sucesos últimamente acae-

cidos, habían matado sus sueños de ambición y cambiado su modo de pensar respecto al Temple, sobre todo, desde que el desgraciado don Alvaro pertenecía a la Orden.

Disgustado con su yerno y temeroso de dejar a su hija expuesta a los rigores de la guerra, decidió consultar el caso con ella, quien resolvió la cuestión mostrando deseos de recogerse en Villabuena, y diciendo a su padre:

—Caminad a la guerra sin cuidado alguno, pues quedo tranquila y segura. Solo quisiera encomendaros una cosa. Ya sabéis que entre los que vais a combatir hay una persona a la que hemos hecho mucho mal. Mirad por él, y procurad aliviar los dolores que por nuestra culpa sufre.

—No por la tuya, ángel de Dios—replicó el anciano,—sino por la mía. ¡Ojalá que mis ojos hubieran estado siempre tan abiertos como ahora!

Tres días después de esta conversación, fué conducida doña Beatriz al convento de Villabuena y don Alonso partió a cumplir los mandatos de su rey, encaminándose a las montañas del Burbia para reclutar gentes de armas.

Por su parte, el abad de Carracedo, movido del amor a la paz, medió entre el conde de Lemus, el señor de Arganza y el maestre don Rodrigo, para buscar una avenencia que evitase la guerra, pero toda su diligencia fracasó, y bien a su pesar, también tuvo que juntar su corta hueste a la del señor de Arganza, obedeciendo, como sacerdote católico y fiel vasallo, las órdenes del Papa y del rey.

Había en uno y otro bando dos hombres que con más ansia que ninguno deseaban que comenzase la lucha. Eran el conde de Lemus y el señor de Bembibre; en am-

bos el valor y el odio eran igualmente poderosos y aguardaban con ansiedad la ocasión de medir sus fuerzas.

* * *

La situación de los templarios en El Bierzo, no podía ser más ventajosa, porque no temiendo nada de la parte de Castilla, donde las tropas reales tenían bastante que hacer con las fortalezas que allí poseía la Orden, y estando en su poder las entradas de Galicia, defendidas con los castillos de Cornatel y Valcárcel, las fuerzas de que disponían, sobre todo después de la profesión de don Alvaro, eran contrapeso sobrado a las del abad de Carra-cedò y del señor de Arganza.

El conde de Lemus, que era muy hábil capitán, a pesar de las pocas simpatías de que disfrutaba, había logrado reunir una hueste numerosa, integrada principalmente por montañeses, diestros, como buenos cazadores, en el manejo de la ballesta. Con gran astucia, supo aprovecharse de la ignorancia del vulgo, entre quien propaló las calumnias que contra el Temple corrían, de tal modo que, como si se tratase de una cruzada, acudían a alistarse bajo sus banderas movidos por la fe o la ambición.

El comendador Saldaña, después de la profesión de don Alvaro, regresó a Cornatel, llevándose consigo al nuevo templario. El temple guerrero del comendador y su gran experiencia de la guerra, le hicieron no olvidar un detalle de los necesarios a la defensa del castillo.

Poco tardaron los enemigos en presentarse, formando

un numeroso ejército y ofreciendo un aspecto muy heterogéneo.

Los gallegos de Valdeorras, venían forrados de cueros de buey, y traían en la cabeza unas monteras, que la cubrían casi por completo. Las piernas, hasta las rodillas estaban cubiertas por unos gregüescos muy anchos de lienzo blanco, y lo demás, desnudo, menos el pie, que cubría un enorme zueco de becerro y de madera. Llevaban por armas, picas y porras de gran peso, guarnecidas de puntas de hierro, instrumentos terribles en hombres tan fornidos.

Los montañeses de Cabrera traían todos, gorros de pieles de cordero, colete muy largo de piel de rebeco, calzones ajustados de paño oscuro, y pellejas rodeando las pantorrillas, que quedaban sujetas por las correas de la abarca. Eran ágiles y resueltos, y sus armas eran un gran cuchillo de monte que colocaban en el cinto, y ballesta, en cuyo manejo eran muy certeros y temibles.

Toda esta gente acampó a la falda del antiguo monte *Medulium*, tan celebrado por su extraordinaria abundancia de criaderos de oro durante la dominación romana en la Península Ibérica. Esta montaña, horadada y minada por todas partes, ofrece un aspecto peregrino y fantástico por los profundos desgarrones y barrancos de barro encarnado que se han ido formando con el sucesivo hundimiento de las galerías subterráneas y la acción de las aguas invernalizas. Su extraordinaria elevación y los infinitos montones de cantos negruzcos y musgosos que se extienden a su pie, residuo de las inmesas excavaciones romanas, acaban de revestir aquel paisaje de un aire particular de grandeza, que causa en el ánimo, una emoción

misteriosa. De las galerías, se conservan enteros muchos trozos que asoman sus bocas negras en la mitad de aquellos inaccesibles derrumbaderos y dan la última pincelada a aquel cuadro, en que la magnificencia de la naturaleza y el poder de los siglos, campean sobre las ruinas de la codicia humana y sobre la vanidad de sus recuerdos. Al pie de la montaña estaba la aldea de Las Médulas, más pobre y ruin de lo que hoy es.

En este pueblo, asentó el conde sus reales, rodeado de lo mejor de su gente, buscando un refugio en las minas y cuevas, y la caballería se corrió por las orillas del Lago de Carucedo donde había mejores pastos.

Apenas amaneció el día y sonaron los clarines y tambores, comenzó en el campamento bullicio y animación extraordinarios, que resonaban entre aquellas breñas y precipicios, haciendo huir asustados a los corzos y jabalíes, que entonces abundaban en la región.

En el castillo solo se oyó el ronco murmullo de las oraciones matutinas, que rezaron todos los templarios de rodillas, con la cabeza descubierta, las lanzas y espadas inclinadas al suelo, y el rostro vuelto hacia el oriente. Concluido este acto religioso, volvieron a su silencio, aguardando inmóviles sobre la muralla.

El enemigo se fué acercando. Salió del castillo una descubierta, que se retiró después de pequeña escaramuza con los atacantes, sin querer entablar lucha seria por el acuerdo adoptado por los templarios españoles, de no atacar mientras no se les atacase.

Poco después, montado en soberbio caballo, ataviado gallardamente y seguido de los hidalgos de su casa, apareció el conde, que fué saludado con vivas y exclamacio-

nes de su hueste. Saludó él también con su espada, y en seguida se puso a reconocer la posición para ver el modo de atacar el castillo. Bajó por la cuesta de Río Ferreiros, cruzó el riachuelo crecido por las lluvias, y se convenció de que, por aquel lado, la fortaleza era inexpugnable. Después de colocar la caballería de modo que cortase el camino entre Cornatel y Ponferrada, subió de nuevo la cuesta y se decidió a atacar por los lados de poniente y mediodía, donde la fortaleza presentaba dos frentes regulares, defendidos entonces por una fuerte muralla y un foso muy hondo.

Por respeto a los usos de la guerra, envió a los sitiados un pliego en que les intimaba a la rendición, según las órdenes que del rey tenía. Saldaña le contestó reconociendo la autoridad exclusiva del Papa, por ser religiosos, aceptando la comparecencia al juicio, pero no la entrega de sus bienes y medios de defensa, por suponer que esa orden fué arrancada al Papa por la violencia del rey de Francia. Por último, le notificaba, que manchado con la infamia de Tordehumos, de que fué víctima don Alvaro Yáñez, si volvía a mandar emisarios, serían recibidos como espías de un capitán de bandoleros, y los ahorcaría de la almena más alta.

Aquellas palabras hicieron enrojecer de ira al de Lemus, e inmediatamente ordenó el ataque a la fortaleza de los templarios.

Los gallegos comenzaron a abrir las trincheras, protegidos por los montañeses de Cabrera, que mandados por un hidalgo de aquel país, llamado Cosme Andrade, arquero y balletero muy afamado, enviaban una nube de flechas sobre los defensores del castillo.

Por la noche una gran hoguera ardía ante la tienda del conde sobre la que estaba enarbolada la bandera de los Castro. Una porción de mujeres que habían seguido a sus maridos, prestaban más animación al campamento con la nota curiosa de sus trajes, vestidas unas con saya blanca, dengue encarnado al pecho, y pañuelo blanco a la cabeza, con lo que demostraban ser gallegas y, con rodados oscuros, dengues y jubones del mismo tono y un tocado de pieles negras, las cabreirasas.

Cesó a cierta hora todo ruido y movimiento, y solo se oyó en el campo del de Lemus, a más del de los centinelas, un acompasado martilleo indicador de que algo se clavaba, lo cuál hizo comprender a Saldaña, que preparaban las escaleras o el puente de vigas, para dar el asalto al día siguiente.

—¡Pobres montañeses!—exclamó Saldaña,—piensan que nos van a cazar como a los osos y jabalíes de sus montes, y sin duda despertarán muy tarde de su sueño. A vos,—dijo dirigiéndose a don Alvaro—reservo la parte más brillante de la jornada. Antes de romper el día, bajaréis por la escalera secreta, con todos los caballeros, y siguiendo ese riachuelo, permaneceréis emboscado hasta que, a la señal que os dé la campana del castillo, atacéis a la caballería del conde, que sin duda estará desprevenida.

Así lo hizo don Alvaro, emboscándose en el monte que linda con San Juan de Palezuelas, aunque hubiera preferido quedarse en la barbacana del castillo, donde era más fácil que pudiese saciar su cólera con el de Lemus, quien sin duda, no se apartaría del puesto de más peligro.



XVII



PENAS empezaron a colorearse débilmente los húmedos celajes del oriente, comenzaron a sonar los instrumentos músicos de los sitiadores, despertando a los que todavía dormían. El conde, recorrió las filas y pelotones haciendo repartir a su gente, dinero, raciones y aguardiente, al mismo tiempo que la arengaba con las más absurdas calumnias contra el Temple, para exaltar a aquellas gentes crédulas y sencillas.

Por fin, las trompetas de los sitiadores dieron la última señal, a la cual respondieron los clarines de los templarios. Encaminóse el enemigo contra la barbacana del castillo, solo separada de éste por el foso y enlazada con él por el puente levadizo.

La resistencia de los caballeros que defendían la barbacana no fué todo lo intensa que el conde esperaba, de

modo que, gran número de montañeses llegaron a la puerta golpeándola rabiosamente.

Asombrados los atacantes de su fácil triunfo, vieron ganada su causa, y comenzaron a insultar a los templarios que solo contestaban con alguna que otra flecha al que se descubría.

La barbacana estaba atestada de gentes deseosas de abalanzarse a la puerta del castillo. Por fin un gran número de montañeses llegaron a ella y la golpeaban rabiosamente con sus hachas.

Apenas habían descargado los primeros golpes, sonó un grito de horror, y muchos infelices cayeron en el foso y otros en el mismo puente, lanzando espantosos gemidos, pero a pesar de ésto, los que detrás estaban, avanzaron contra la puerta sin saber a que atribuir aquel accidente. Entonces se vió, que la causa del destrozo era, que aquellos desdichados, morían abrasados bajo una lluvia de plomo derretido, aceite y pez hirviendo, de cuyos efectos, no les libraban sus malas armaduras. También venían de la plataforma muchas flechas rodeadas de estopas inflamadas, que no podían arrancar sin abrasarse las manos.

Algunos quisieron retroceder, pero no lo pudieron lograr, por el terrible empuje de los que detrás venían, no pudiendo librarse de aquel rocío infernal. Entonces comenzó a sonar la campana del castillo, y los esclavos negros que habían estado derramando aquel fuego voraz, se dejaron ver en la plataforma y aquellos acobardados rústicos, creyendo que el infierno todo peleaba en contra suya, comenzaron a arrojar sus armas y con gran susto emprendieron la huída.

El conde que se había visto imposibilitado en la barbacana con aquel ahogo y apretura, pudo desprenderse en aquel momento crítico, y arrojándose al puente para reanimar a los fugitivos, pasó por encima de los muertos y heridos, sin hacer caso de la lluvia de piedras y aceite hirviendo que caían sobre su impenetrable armadura y llegó hasta la puerta con un cercano pariente suyo, muy bien armado. Asieron allí las hachas de mano de dos muertos y empezaron a sacudir tan recios golpes, que el portón se estremecía a pesar de sus chapas de hierro. Entonces, una enorme bola de granito bajando por uno de los matacascas cayó a plomo sobre la cabeza de su pariente y le dejó muerto en el sitio, visto lo cual, unos hidalgos de su casa, que se habían quedado a la puerta de la barbacana, atravesaron el puente y a viva fuerza arrancaron de allí a su jefe.

Distraída andaba la caballería del conde viendo la contienda, y dando ya por conquistado el castillo, cuando sonó la campana del convento. De repente, les estremeció a sus espaldas una trompeta y volviendo la cabeza, vieron venir sobre ellos, como una nube, el escuadrón de don Alvaro que, lanza en ristre y a todo escape, les acometía.

Muchos caballos, espantados como sus dueños, rompieron las bridas y se dieron a correr por la llanura, dejando a pie a los jinetes, que pronto fueron víctimas del enemigo. Otros, aunque pudieron cabalgar, no lograron tomar campo, ni revolverse, y fueron deshechos por los templarios, que los persiguieron, no sólo para desbaratarlos, sino para avanzar hacia el castillo y coger al enemigo por la espalda.

Saldaña, informado del éxito de esta empresa bajó seguido de sus mejores caballeros y echando el puente levadizo, porque el otro había quedado destruído por el fuego, embistió por la barbacana con un hacha en las manos, matando a un enemigo de cada golpe que descargaba, sobre aquella gente, todavía apiñada y comprimida.

Se trabó entonces una lucha reñida, en la cual los del conde llevaban la peor parte, hasta que viéndoles rendidos y en menor número, Saldaña no juzgó prudente seguir acometiéndoles, y al tenerles acorralados les dijo:

—¡Infelices! ¿qué suerte creéis que va a ser la vuestra después de acometernos tan sin razón?

—Nos sacrificaréis a vuestro ídolo,—contestó uno que parecía capitán,—que es lo que dicen que hacéis, pero aún os ha de costar caro. En cuanto a venir a haceros la guerra, el rey y el conde de Lemus, nuestros naturales señores, lo han mandado y por eso hemos venido.

—¿Y quién eres tú que con ese desenfado me hablas, cuando tan cerca tienes tu última hora? ¿Cuál es tu nombre?

—Cosme Andrade—replicó él con firmeza.

—¡Ah! ¿Conque eres tú el arquero celebrado en toda Cabrera? ¿Y qué hubieras hecho conmigo si hubiese caído en tus manos?

—Yo no era el que mandaba y de consiguiente nada os hubiera hecho por mí; pero si el conde os hubiera quemado vivo como dicen que han hecho allá, muy lejos, con los vuestros, yo hubiera atizado el fuego.

—¿Quiere decir que no te agraviarás si te mando ahorcar, porque aún es tratarte mucho mejor?

—A nadie le gusta morir, señor, pero cuando vine a la guerra ya supe a lo que me exponía. Así, pues, haced lo que gustéis de nosotros, pero no extrañéis que nos defendamos, porque eso lo hacen todos los animales cuando los acosan.

—No es necesario,—contestó Saldaña—porque tu valor os libra a todos del cautiverio y del castigo. Caballero Carvajal—dijo a uno de los suyos—que se den cien doblas al valeroso Andrade para que aprenda a tratar a sus enemigos, y acompañadle vos hasta encontrar a don Alvaro, no sea que le suceda algún contratiempo.

El montañés se quitó su gorro de pieles, que hasta entonces había tenido encasquetado y dijo:

—Agradezco el dinero y la vida, porque me los daréis, a lo que se me alcanza, sin perjuicio de la fidelidad que debo a mi rey y al conde, mi señor.

El comendador le hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Pues entonces,—añadió el montañés—Dios os lo pague, y si algún día vos, o alguno de los vuestros os veis perseguidos, id a Cabrera, que allí está Andrade, y al que intente dañaros, le quitaría el modo de andar.

Con ésto se salió muy contento seguido de los suyos y diciendo entre dientes:

—No, pues ahora, excusa el conde de venir con que son mágicos o no lo son, porque por estrecho pacto que tenga con el diablo, ni el diablo ni él, les quitará de ser caballeros de toda ley. ¡Así quiera Dios darme ocasión de hacer algo por ellos!

El escuadrón de don Alvaro, no solo cumplió las órdenes de Saldaña, sino que quemó las empalizadas y chozas

de los sitiadores, se apoderó de sus víveres y pertrechos, y trajo arrastrando la bandera del conde, que impotente para evitarlo, veía a su encarnizado enemigo destruirlo todo.

* * *

Después de la malograda empresa contra Cornatel, el conde, firme en su propósito, pidió refuerzos a Galicia, pero pronto llegaron a reunirse con él las mesnadas de Arganza y Carracedo al mando de don Alonso Ossorio, siendo muy eficaz este auxilio, tanto por el prestigio de don Alonso, como por el carácter religioso que daba a la empresa la intervención del abad de Carracedo.

A pesar del disgusto que ambos experimentasen por el encuentro, la entrevista de don Alonso con su yerno fué aparentemente cordial para evitar el comentario de aquellas gentes.

Durante estos días los templarios de Aragón no pudiendo resistir a las fuerzas lanzadas contra ellos, andaban ya en tratos para rendirse. El rey de Portugal, por su parte, conociendo la dificultad de calmar la opinión general, y temeroso de los rayos del Vaticano había cedido en su propósito, y aconsejado a don Rodrigo Yáñez y al lugarteniente de Aragón, que aceptando su mediación y confiándose a la justificación de los concilios provinciales, entregasen sus castillos y bienes, en obediencia a las bulas pontificias.

En vista de estos sucesos, el maestre escribió a Saldaña

contándole lo que pasaba y exhortándole a que entrase en negociaciones para una capitulación honrosa. El comendador respondió que se haría lo que indicaba, con tal de traspasar la representación del ejército enemigo, a cualquier otro rico hombre, ya que con el conde, por su rencor implacable, no se podía tratar.

El conde tuvo buen cuidado de propalar estas noticias por el campo sitiador, y aunque don Alonso le indicó la conveniencia de ofrecer una capitulación honrosa a los de Cornatel, negó él la concesión, alegando su condición de jefe, y resolvió dar la última embestida a Cornatel.

Procuró conocer la misteriosa salida del castillo, encargando de esta comisión al valiente Cosme Andrade, a quien explicó sus deseos ofreciéndole brillante recompensa si la averiguaba.

Para cumplir la misión confiada se dirigió Andrade con doce montañeses a explorar el barranco, no tardando en descubrir la reja de la puerta secreta, pero una flecha que del interior partió, hiriendo ligeramente a uno de los suyos, le hizo ver que era imposible una sorpresa con hombres tan vigilantes. Se retiraron de allí y al pasar por el ángulo oriental del castillo, pudo Andrade subir a una especie de plataforma, próxima ya al torreón y después de observar todos los detalles que le interesaban, volvió a reunirse con sus compañeros.

Con el mayor sigilo, regresaron a Las Médulas, donde Andrade se encaminó a la tienda del conde, y le dijo:

—Hemos dado con la puerta; está defendida y por allí no hay que pensar en meterles el diente, pero he descubierto otro boquete, algo mejor y más seguro.

—¿Cuál?—preguntó el conde con ansiedad.

—El torreón del lado del naciente—dijo el montañés— porque siendo posible trepar por aquel lado, hasta muy pocos metros de la muralla, solo se necesita para pasar de allí al castillo, una mediana escalera o unas brazas de cuerda con un garfio a la punta.

—¿Pero crees tú, que no tendrán allí escuchas ni centinelas? Piensa que, dos hombres solos podrían desbaratar-nos desde aquel sitio.

—Ya estuve escuchando y no oí nada.

—¡Ah!—respondió el conde poniéndose en pie con júbilo feroz—si así fuera, míos son, y de esta vez no se me escaparán. Pídeme lo que más estimes de mi casa y de mis tierras, buen Andrade, que por quien soy, te lo daré al instante.

—No tengo que pedir os otra cosa, señor,—replicó el cabreirés—sino la vida del comendador en especial y de todos los demás caballeros que prendamos. A mí y a los míos nos la respetaron ellos, y ya sabéis que el que no es agradecido, no es bien nacido.

Quedó turbado el conde con tan extraña petición, pero recobrando sus iracundas disposiciones, le dijo:

—¡La vida de ese perro de Saldaña! ¡Ni el cielo, ni el infierno, me la arrancarán de entre las manos!

—Pues entonces—replicó resueltamente el montañés— ya veremos cómo vuestros gallegos, que tienen la misma agilidad que los sapos, trepan por aquellas pendientes, porque los míos y yo mañana mismo nos volveremos a nuestros valles.

—Eso haríais—respondió el conde con una voz ahogada por la rabia—si no os mando amarrar a un árbol y

despedazaros la carne a azotes hasta haceros morir. Vuestra obligación es servirme, como vasallos míos que sois.

El montañés le respondió con templaza, pero valientemente:

—Durante la temporada de invierno que es la de nuestras cacerías, ya sabéis que por costumbre linmemorial y fuero de vuestros mayores, no estamos obligados a servirlos. Lo que ahora hacemos, es porque no se diga que el peligro nos asusta. En cuanto a eso que decís de atarme a un árbol y mandarme azotar—añadió mirándole de hito en hito—os libraréis muy bien de hacerlo, porque es castigo de pecheros, y yo soy hidalgo como vos, y tengo una ejecutoria más antigua que la vuestra, y un arco y un cuchillo de monte con que sostenerla.

El conde, aunque trémulo de ira, considerando lo necesario que le eran aquellos hombres, supo dominarse y de allí a un poco respondió:

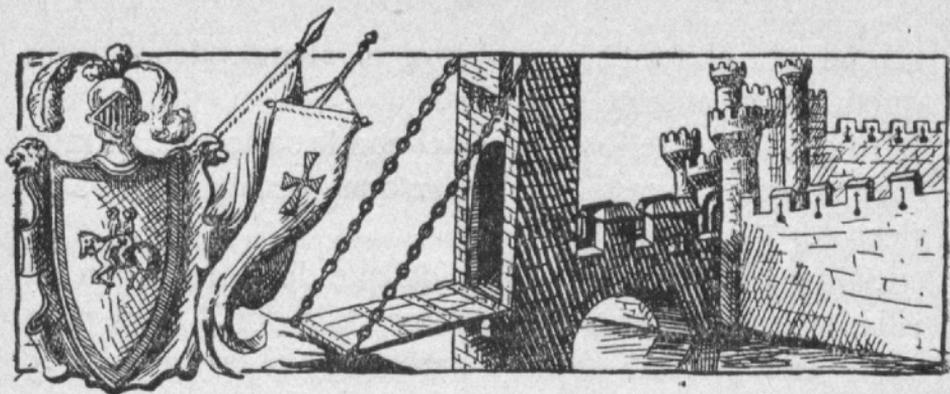
—Andrade, os otorgo la vida de esos hombres que caigan vivos en vuestro poder, pero no extrañéis mi cólera porque me han agraviado mucho.

—Los rendidos nunca agravian—contestó Andrade.— Ahora nos tenéis a vuestra devoción hasta morir.

—Anda con Dios—le dijo el conde—y dispón todo lo necesario para pasado mañana al amanecer.

—Salió el montañés en seguida, y el de Lemus exclamó entonces con irónica sonrisa:

—¡Pobre necio! ¿Y cuando yo los tenga entre mis garras, serás tú quien me los arranque de ellas?...



XVIII



ALDAÑA, como experimentado capitán, no se descuidaba en enterarse de cuanto pasaba en el campo contrario, y sus espías bajo mil estudiados disfraces vigilaban al enemigo. Una noche salió Millán con otro criado a hacer este servicio y escuchó la conversación entre Andrade y otros montañeses; aquél les decía que, al día siguiente atacarían el castillo unos, por la barbacana y otros, dirigidos por el conde tratarían de hacerse dueños del torreón.

Millán, dando gracias al cielo por el descubrimiento que acababa de hacer, salió apresuradamente de su escondite y se volvió a Cornatel con su compañero. En cuanto entró, se fué a ver a su amo a quien contó lo que había averiguado. Don Alvaro, experimentó una gran satisfacción al enterarse de estas nuevas, y dió orden a su escudero de que al comendador sólo le informase del

ataque por el frente, pues para el ataque del torreón quedarían solamente ellos dos.

Al día siguiente los tropas del conde se acercaban muy bien armadas al castillo, a la vez que poblaban el aire de flechas.

Saldaña quiso hacer una salida que desconcertase a los sitiadores y mandó para ello recado a don Alvaro pero no le encontraron ni en la barbacana ni en la muralla, pues en aquellos momentos, se encontraba en lo alto del torreón, vigilando la llegada del de Lemus. Desde allí sentían el señor de Bembibre y su fiel escudero los preparativos que hacían sus enemigos para el asalto.

Por fin, vieron caer dentro de la plataforma donde estaban, dos ganchos de hierro, atados en los extremos de una escalera de cuerda.

—¿Estás seguro?—preguntó desde abajo la voz del conde.

—Seguro, bien podéis subir sin cuidado—respondió el otro.

No bien habían dejado de oirse estas palabras aparecieron sobre las almenas, de un lado, Andrade, y por otro, el conde. Millán, entonces, se levantó del suelo con un rápido salto y dando un empujón al descuidado montañés, le derribó de las murallas.

—¡Virgen Santísima, amparadme!—dijo el infeliz, cayendo por aquel tremendo derrumbadero, mientras los suyos acompañaban su caída con un grito de horror.

Millán, advertido de antemano, desenganchó las cuerdas y las recogió en un abrir y cerrar de ojos. El conde, temeroso de seguir la suerte de Andrade, se apresuró a saltar dentro del torreón.

Entonces don Alvaro, levantándose la visera le dijo:

—Tiempo es ya de que ventilemos nuestra querrela—y haciendo una señal a Millán para que los dejase solos, empezó la lucha, lanzándose el conde sobre su adversario con gran furor. No tardó don Alvaro en alcanzar con su espada al de Lemus, dándole un tajo en la cabeza que le hizo caer a tierra.

Don Alvaro se arrojó sobre él al punto, y le dirigió la espada a la garganta.

—¡Ah, traidor!—dijo el conde con la voz ahogada por la rabia,—peleáis con mejores armas y por eso me vencéis.

Don Alvaro tiró su espada, y se quitó el escudo diciéndole:

—Razón tenéis: ahora estamos iguales.

El conde, más aturdido que herido, se levantó al punto y la lucha recomenzó encarnizadamente.

Entretanto, se dirigía el comendador seguido de algunos caballeros al torreón, temeroso de que por allí hubiese algún peligro.

Al acercarse y sorprender el combate entre ambos caballeros, gritó:

—Don Alvaro, deteneos en nombre de la obediencia que me debéis.

El joven volvió la cabeza como un tigre a quien arrebatan su presa, pero sin embargo se detuvo.

—Don Alvaro—le dijo de nuevo Saldaña en cuanto llegó,—este asunto no es vuestro, sino de la Orden, y yo que la represento aquí, lo tomo a mi cargo. Conde de Lemus, defendeos.

Don Alvaro quiso continuar la lucha a pesar de la or-

den del comendador, pero a una señal de éste se arrojaron sobre él seis caballeros que le sujetaron y apartaron de allí, a pesar de sus esfuerzos y amenazas.

—Por fin sois nuestro, mal caballero—dijo Saldaña al conde.—Veremos si ahora os valen vuestras calumnias.

Espada en mano, se acometieron furiosos ambos caballeros hasta que la del conde dió en la muralla y se hizo pedazos; en tan apurado trance, no le cupo otra solución, que lanzarse al comendador y entablar con él una lucha brazo a brazo. Pero Saldaña que era mucho más fornido que él, cogió al conde de tal modo, que alzándole entre sus brazos dió con él en tierra tan tremendo golpe, que le hizo perder el sentido. Asíóle entonces por el cinto el inexorable viejo, y subiéndose sobre una almena y levantando su voz, que parecía el eco de un torrente, dijo a los sitiadores:

—¡Ahí tenéis a vuestro noble y honrado señor!

Y diciendo ésto, lo lanzó en el abismo que a sus pies se extendía. El desgraciado quedó prendido de la ropa a un matorral, pero doblado éste, continuó rodando hasta parar en el arroyo, completamente mutilado.

Con la muerte del conde quedó don Alonso de jefe, e inmediatamente envió un mensaje al comendador manifestándole su deseo de poner fin a tan inútil lucha. En seguida recibió contestación de Saldaña, celebrando tenerle por mediador, y ofreciéndole hospitalidad en el castillo donde sería tratado con todo agasajo.

Comenzados los tratos, licenció el señor de Arganza a los cabreireses, que se volvieron a su tierra al mando de Cosme Andrade, el cual se había salvado milagrosamente de la muerte, por quedar detenido en unas matas del ba-

rango de donde le recogieron los mismos del castillo. Aunque se marchó con un brazo roto y otras contusiones, su agradecimiento hacia los templarios era grande, por lo bien que se habían portado con él.

Así acabó su vida el conde de Lemus, que fué conducido al panteón de su familia por sus deudos y vasallos, acompañándole sus tropas con las picas vueltas y los pendoncillos arrastrando. Atravesaron parte de sus estados, donde lejos de ser sentida su muerte, sólo el temor detenía la alegría que generalmente se asomaba a todos los semblantes.

*
* * *

Entre tanto, doña Beatriz, reclusa en Villabuena, se hallaba sumergida en sus hondos pesares, y su débil naturaleza se iba quebrantando por ellos y por su larga enfermedad.

El abad de Carracedo a raíz de los sucesos relatados, fué a visitar a su hija de confesión, asombrándose al ver tan cambiado el aspecto de la dama.

Esta, después de saludarle besándole la mano, clavó en él una mirada intensa y brillante, y preguntó:

—¿Qué noticias traéis de Cornatel? ¿Qué es de mi noble padre y de... del conde, quise decir?

—Vuestro padre disfruta salud,—respondió el abad;—pero vuestro noble esposo ha muerto ayer.

—¿Ha muerto?—contestó doña Beatriz, asombrada;—pero, decidme, ¿ha muerto en los brazos de la religión y reconciliado con el cielo?

—Ha muerto como había vivido—exclamó el abad sin

poder enfrenar su natural adustez, —lleno de cólera y rencor, y apartado de toda idea de caridad y de templanza.

—¡Oh, desgraciado, infeliz de él!—exclamó doña Beatriz, con acento dolorido—¿y cuál habrá sido su acogida en el tribunal de la justicia eterna?

Asombrado quedó el abad al oír estas palabras de sentimiento, por una persona que tantos males había causado a doña Beatriz, y conmovido a la vista de tan noble desprendimiento, le dijo:

—¿Cómo desconfiáis así de la misericordia de Dios? Sus crímenes eran grandes, pero su juez está en el cielo, y a su clemencia sin límites nada hay vedado.

—¡Válgale, pues, esa adorable clemencia!—contestó doña Beatriz sosegándose,—y el Señor le perdone como yo le perdono.

Quedáronse ambos por un rato en profundo silencio, hasta que el abad sin poderse contener, le dijo:

—Animaos doña Beatriz para recibir el día de consuelo que se os acerca, porque don Alvaro, fué admitido en el Temple cuando la Orden estaba ya suspensa de todos sus derechos y no dudo que su profesión será anulada en el concilio que dentro de poco se juntará en Salamanca para juzgar a los templarios. Yo lo pediré ante los padres y espero que la misericordia divina os conceda a los dos, días más felices.

—¿Y qué me importa la libertad mía y la de él?—contestó ella con más presteza de la que podía esperarse de su abatido acento—¡si ya es tarde, ya es tarde! Mi antiguo valor me ha abandonado, mis días de gloria se han desvanecido, y con ellos mi salud.

—Doña Beatriz, para Dios nunca es tarde, ni en su po-

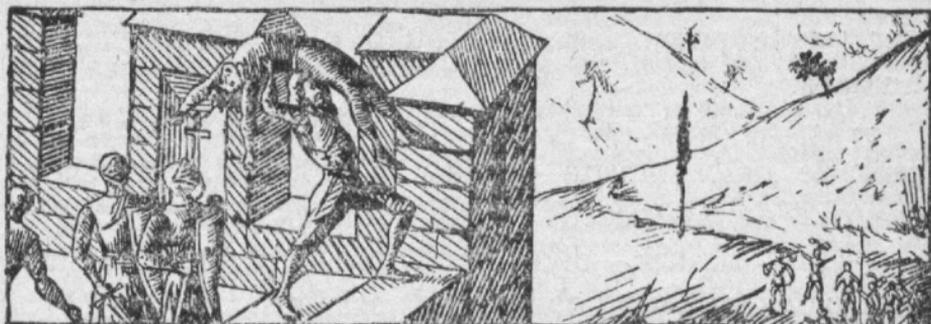
der puede poner tasa el orgullo o la desesperación humana.

—Tenéis razón, padre mío—repuso ella como avergonzada de aquel ímpetu,—hágase su voluntad, y mírenos con ojos de misericordia, porque sólo en El espero.

—Doña Beatriz,—dijo el religioso—recobrad vuestra antigua energía y no olvidéis mis palabras.

La señora le besó la mano y le despidió, sin poderle acompañar hasta la puerta por su extremada debilidad. La dama con aquella esperanza que en su corazón renacía, quedó bastante inquieta y halagada.





XIX



JUSTADAS las bases de capitulación, todos los templarios se dirigieron hacia la bailía de Ponferrada, dejando las fortalezas de Corullón, Valcárcel y Bembibre en poder de las tropas reales.

En el castillo de Ponferrada estuvieron arreglando todo lo necesario para la marcha a Salamanca, donde había de celebrarse el concilio que los juzgara.

Llegó por fin el momento del abandono de la última fortaleza que conservaban los templarios y se juntaron en la anchurosa plaza de armas, caballeros, aspirantes, pajes y esclavos.

Reinaba un silencio funeral. Por fin se presentó el maestre, y después de dichas las oraciones de la mañana, montaron a caballo y al son de una marcha guerrera comenzaron a moverse hacia el puente levadizo.

Antes de llegar a éste, se detuvo el maestre don Rodri-

gó, y leyó con honda emoción la sagrada inscripción que había esculpida debajo del escudo: *Nisi dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.*

Los caballeros volvieron igualmente sus ojos, y repitieron las palabras de su maestre, después de lo cual, espolpearon a sus corceles para alejarse cuanto antes de aquel castillo, a donde no debían volver.

El señor de Arganza y el abad de Carracedo acompañaron a los templarios hasta que cruzaron el Boeza y a su regreso, don Alonso se inquietó seriamente al advertir los progresos de la enfermedad de su hija y por consejo del monje de Carracedo la sacó del convento para trasladarla a la quinta que poseían los templarios junto al lago de Carucedo. Sin perder tiempo condujeron a aquella deliciosa e higiénica posesión a doña Beatriz, acompañada de don Alonso, de Martina y de otros varios criados.

La comitiva cruzó el Sil por la barca de Villadepalos. Comenzaba a desprenderse la vegetación de los grillos del invierno; el Sil, un poco crecido, pero cristalino y claro, corría majestuosamente entre los sotos todavía desnudos que adornaban sus márgenes; el cielo estaba surcado de nubes blanquecinas en forma de bandas, por entre las cuales se descubría un azul purísimo, y una porción de mirlos y jilgueros, revoloteando por entre los arbustos y matas, anunciando con sus trinos y piadas la venida del buen tiempo.

Del otro lado descollaban las sierras de la Aquiana con sus crestas coronadas de nubes, a la sazón, y los agudos y encendidos picachos de las Médulas, remataban su cadena con una gradación muy vistosa. Casi al pie, se extendía el lago de Carucedo, rodeado de pueblos, cuyos

tejados de pizarras azules vislumbraban al sol siempre que se descubría, y terminado por dos montes, de los cuales, el que mira al mediodía estaba cubierto de árboles, mientras que el que da al norte, formaba extraño contraste por su desnudez y peladas rocas.

Después de descansar un rato en el alto de la cuesta, subió la comitiva en sus caballos y se encaminó a la hermosa quinta, edificio de gusto árabe, mitad fortaleza, mitad palacio construido por los templarios en la época de su mayor prosperidad, escogiendo para su asiento una colina poco elevada y de suavísimo declive que está debajo del pueblo de Lago y domina la líquida llanura en cuyos cristales moja sus pies. Forma el lago, junto a ella, un lindo seno, y allí se abrigaban algunos esquifes ligeros en que los caballeros acostumbran a solazarse con la pesca de las anguilas, de que hay gran abundancia, y cazando con ballesta algunas de las infinitas aves acuáticas que surcan la resplandeciente superficie.

Tiene el lago más de una ensenada, y la que se prolonga entre oriente y norte perdida entre las sinuosidades de un valle, parece dilatar su extensión, y los juncos y espadañas que la pueblan, sirven de abrigo a infinitas gallinetas de agua y lavancos tornasolados. No lejos de esta ensenada, está el pueblo de Carucedo, sentado en una fresca encañada y a su extremo una porción de encinas viejísimas y corpulentas, cuyas pendientes ramas se asemejan a las de los árboles del desmayo, sirven de límite a las aguas, mientras en la opuesta orilla occidental un soto de castaños enormes, señala también su término a los caudales del lago.

Dofia Beatriz, al llegar a la quinta, se asomó al mirador

y en presencia de aquel maravilloso panorama no pudo ocultar su gozo.

El sol se ponía detrás de los montes dejando un vivo rastro de luz que se extendía por el lago y a un mismo tiempo iluminaba los diversos terrenos, esparciendo aquí sombras, y allí claridades. Numerosos rebaños de ganado vacuno bajaban a beber, moviendo sus esquilas, y otros hatos de ovejas y cabras se deslizaban también suavemente, a templar su sed.

Los lavancos y gallinetas tan pronto en escuadrones ordenados, como desparramados y solitarios, nadaban por aquella reluciente llanura. Una pastora, que en su saya clara y dengue encarnado, mostraba ser joven y soltera y en sus movimientos gran soltura y garbo, conducía sus ovejas cantando una tonada sentida y armoniosa, y como si fuera un eco de una barca que cruzaba silenciosa costearo la orilla opuesta, salía una canción guerrera entonada por la voz robusta de un hombre, pero que, apagada por la distancia, perdía toda su dureza, e impresionaba dulcemente.

Por risueños puntos de vista que ofrezcan las orillas del Cúa y del Sil, fuerza es confensar que la calma, bonanza y plácido sosiego del lago de Carucedo no tiene igual, tal vez, en el antiguo reino de León.

Dofia Beatriz, extasiada en la contemplación de aquel bello paisaje meditaba sobre la esperanza que empezaba a renacer en su corazón.

Al cabo de una larga meditación, la desdichada exhaló un largo suspiro, y dijo:

—¡Dios no lo querrá!...



XX



REUNIDO en Salamanca el concilio de obispos para juzgar a los templarios españoles, se vieron confirmadas las esperanzas que el maestre don Rodrigo, tenía en la rectitud de los que lo componían.

Inútiles fueron los manejos de Aymerico inquisidor apostólico y comisionado del Papa, y los esfuerzos de la corte de Castilla, en especial del infante don Juan, para torcer la recta intención de los jueces.

Los once obispos que asistieron, habían hecho una información en sus diócesis respectivas, de las cuales, en unión de nuevas declaraciones, habían de salir las pruebas para condenar o absolver a los templarios.

El abad de Carracedo solicitó la nulidad de la profesión de don Alvaro, pero el tribunal no se hizo eco de la petición, hasta no resolver el asunto que afectaba a toda la Orden. Por su parte, el infante don Juan intrigó cuanto

pudo para evitar la anulación de los votos de don Alvaro, a fin de conseguir para él las tierras que codiciaba en León.

Abrióse por fin el juicio, y los templarios se vieron acusados de los mismos crímenes que perdieron a la Orden en Francia, y, sobre todo, de avaricia en las limosnas, y falta de decoro en el culto.

La familia de los Castro no podía olvidar la muerte del conde de Lemus, y sobre todo, la afrenta sufrida por su bandera, cuando don Alvaro la llevó arrastrando por el suelo. Por eso, se presentaron ante los jueces acusando a Saldaña, con el mayor encono, de haber usado malas artes en la defensa de su castillo, y sobre todo, de la muerte dada al conde, contraria a los usos de la guerra.

—Comendador Saldaña—le dijo el arzobispo de Santiago—¿confesáis todos los cargos que os hace Beltrán de Castro?

—Padres venerables—contestó el anciano,—no por rebeldía, sino por justa y legítima defensa nos negamos a obedecer las órdenes de nuestro soberano. En cuanto al conde, solo diré que se lanzó a la guerra para vengar agravios personales. Amaba el peligro y pereció en él... ¡la paz sea con su alma! Por lo que hace a la nigromancia que nos reprocháis señor hidalgo—continuó volviéndose a Beltrán y sonriéndose irónicamente—el miedo, sin duda, os ha cegado, puesto que confundíais nuestros esclavos africanos con demonios y tomabais por llamas del infierno la pez, alquitrán y aceite hirviendo con que os rociábamos la mollera.

Pero la acusación que se os hace de la muerte del noble conde de Lemus ¿es cierta?—preguntó gravemente el arzobispo de Santiago.

—Y tan cierta—respondió Saldaña.—Sí, yo le cogí cuando cayó a mis pies sin conocimiento y desde las almenas del torreón se lo lancé a su gente.

—Comendador Saldaña—dijo Beltrán,—yo os acuso de traición, pues sólo comprando al cabreirés, Cosme Andrade, pudisteis tener noticias de la expedición del desgraciado conde.

—¡Mentís, Beltrán de Castro!—exclamó Andrade, que había acudido a Salamanca impulsado por la gratitud hacia los templarios para declarar lo que sabía.—Aquí está el vendido, como dice ese villano. ¿Piensas tú que Cosme Andrade, es como tu amo, que vendía por un lugar más, su fe de caballero y la sangre de los suyos? Agradece que estamos delante de estos varones de Dios, que si no, ya mi cuchillo de monte te hubiera registrado los escondites del corazón.

—Sosegaos, Andrade,—le dijo el obispo de Astorga—y contarnos lo que sepáis, porque vuestra presencia no puede ser más oportuna.

—Yo, reverendos padres,—contestó él con su sencillez habitual,—no soy más que un pobre hidalgo montañés, a quien se le alcanza más de caza y montería que de estas cosas de justicia, pero con la verdad por delante nunca tuve miedo hablar, y menos ahora.

Y entonces contó Andrade cuanto sabía acerca del sitio de Cornatel, y cómo, cuando Millán lo lanzó del torreón quedó sujeto por unas ramas protectoras no lejos de la muralla, y pudo oír las palabras que mediaron entre el señor de Bemibre, el conde y el comendador. Su declaración fué decisiva en el ánimo de los obispos, llenando en cambio, de confusión a los Castro.

En vista de estas y otras declaraciones corroboradas por las informaciones secretas hechas por los obispos se retiraron a deliberar.

Vistos todos los procesos y pensado el asunto muy detenidamente, el concilio declaró por unanimidad a los templarios, inocentes de todos los cargos que se les imputaban, reservando, sin embargo, la final determinación al Sumo Pontífice.

Con esta sentencia perdieron los templarios sus bienes y su poder, pero salvaron el honor de su nombre, única cosa a que en la tormenta desencadenada contra ellos podían aspirar. Su posición quedaba incierta y precaria, hasta la celebración del concilio general convocado para Viena del Delfinado, donde debía fallarse definitivamente, el proceso de toda la Orden.

* * *

Cuando el noble montañés Cosme Andrade vió terminada la causa de los templarios, conociendo la estrecha situación en que quedaban les repitió el ofrecimiento de su casa, que ellos rehusaron, pero agradecieron intensamente.

El maestro, después de darle las gracias más expresivas, por su noble conducta para con ellos, le regaló un hermoso caballo árabe, y todos los caballeros salieron a despedirle a las afueras de Salamanca y el abad de Carraçado que también le acompañaba, le entregó unas cartas para el señor de Arganza.

Mientras esto pasaba en Salamanca, doña Beatriz, pendiente de la esperanza y el temor, veía correr uno y otro día, fijos los ojos en el camino de Ponferrada, creyendo

descubrir en cada aldeano, un mensajero portador de la suerte de su amante y de la Orden.

Los consuelos y seguridades que su padre le prodigaba, unidos al beneficioso influjo del rosado ambiente, producían, poco a poco, alguna mejoría en su salud. El lago había recobrado la verdura de sus contornos y la serenidad de sus aguas; los arbolados de la orilla, de nuevo cubiertos de hoja, servían de amparo a infinidad de ruiseñores, palomas torcaces y tórtolas, que poblaban el aire de cantares y arrullos; los turbios torrentes del invierno se habían convertido en limpios arroyos; los vientos templados ya, y benignos, traían de los montes los aromas de las jaras y retamas en flor, los lavancos y gallinetas revoloteaban sobre los juncales y espadañales en donde hacían sus nidos, y el cielo mismo, hasta entonces encapotado y ceñudo, comenzaba a sembrar su azul con aquellos celajes levemente coloreados que, por la primavera adornan el horizonte al salir y ponerse el sol. La Aquiana había perdido su resplandeciente tocado de nieve, y sólo algunas manchas quedaban en los resquicios más oscuros de las rocas, formando una especie de mosaico vistoso. La naturaleza entera, finalmente, se mostraba tan hermosa y galana, como si del sueño de la muerte despertase a una vida perdurable de verdor y lozanía.

Una tarde en que doña Beatriz estaba entregada a sus pensamientos, en el mirador de la quinta, llegóse su padre a ella a tiempo que sus ojos se fijaban en el castillo de Cornatel.

—¿Qué piensas, Beatriz?—le preguntó don Alonso con sus acostumbrado cariño.

—Pensaba, señor,—que mi ventura se fué con las

hojas de los árboles el año pasado; ¡ahí están los árboles otra vez llenos de hojas!; yo les pregunto: ¿Qué hicisteis de mi salud y de mi alegría?, pero ellas se mecen alegremente y si alguna respuesta recibo, es un acento que me dice que cuando llegan a caerse las hojas del corazón, por ser únicas, se queda para siempre desnudo y yerto, como la columna de un sepulcro.

—Hija mía—respondió el anciano,—¿cómo dudas del poder del Señor para curarte y de la justicia del concilio de Salamanca, para desligar a don Alvaro de sus votos?

—Dudo de mi dicha por ser mía—contestó doña Beatriz—y porque es don Alvaro demasiado poderoso para no infundir recelo a sus enemigos.

De pronto, fueron interrumpidos por un criado que les anunció la visita del cabreirés Cosme Andrade.

Don Alonso dió orden de que le hiciesen pasar en seguida y enterándose de cuanto le decía el abad, aumentaron sus esperanzas sobre la anulación de los votos de don Alvaro. Con estas noticias, la ansiedad y dolor de doña Beatriz cambiáronse en esperanza y alegría y tanto ella, como don Alonso, colmaron de valiosos regalos al cabreirés por su nobleza y por ser portador de tan buenas noticias.

No eran sin embargo del todo fundadas estas esperanzas, pues los enemigos del Temple temerosos de que éste recobrara nueva vida, procuraban impedir la ayuda que algunos nobles pudieran prestarle, por cuya circunstancia, el infante don Juan y el inquisidor delegado del Papa, apelaron a toda clase de intrigas a fin de impedir la anulación de los vínculos que unían a don Alvaro con la Orden del Temple.

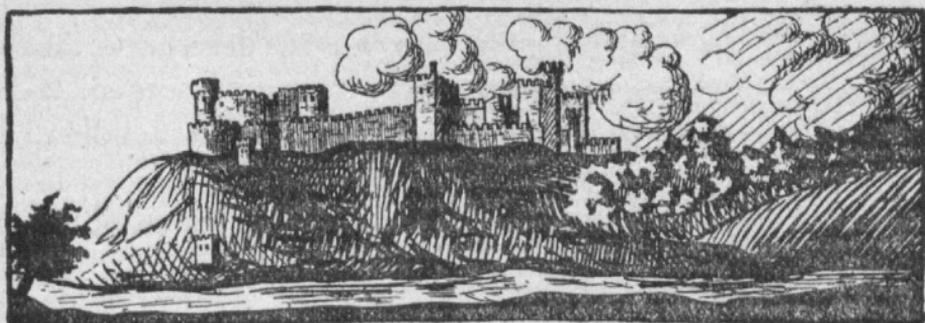
Pero los obispos, puesta la mira únicamente en la jus-

ticia, declararon a don Alvaro libre de los votos de obediencia y pobreza, únicos que le ligaban a la Orden, restituyéndole, por tanto, todos sus bienes y derechos. Pero no pudo el concilio coronar su obra de virtud, porque el voto de castidad y pureza, que le impedía el casamiento, quedaba sujeto a la jurisdicción especial del delegado del Pontífice, el cual desoyó no solo las reclamaciones del abad de Carracedo y de los prelados, sino los ruegos de una gran porción de señores, que guiados por don Juan Núñez de Lara, emplearon todos sus esfuerzos en allanar a don Alvaro el camino de su felicidad. Recayó, pues, la sentencia del inquisidor, dando por válido y obligatorio el voto de que se trataba, hasta que el Sumo Pontífice, en el concilio general que debía celebrarse en Viena del Delfinado, determinase lo más justo.

Grande fué el disgusto y desaliento de los buenos amigos de don Alvaro, pero en Lara, se mezclaba al dolor el más vivo remordimiento. Por lo que hace a don Alvaro, no se le oyó más que una queja: la de ver definitivamente separada su suerte de la de los templarios, que quedaban reclusos en conventos y monasterios apartados, hasta la resolución del Papa.

Partieron por fin de Salamanca el señor de Bembibre y el abad de Carracedo, ambos muy preocupados por el nuevo y terrible golpe que recibirían don Alonso y su hija al saber el resultado de la sentencia. El viaje, por consiguiente, fué muy desabrido y silencioso.

Cuando Millán supo la vuelta de su amo, se adelantó a recibirle, y todo Bembibre salió a su encuentro y organizó fiestas y regocijos, ya que todo había vuelto a su antigua alegría: ¡Todo, menos el corazón de su señor!



XXI



NA hermosa mañana en que paseaba doña Beatriz, acompañada de su padre y de Martina por las orillas del lago, vieron a un caballero, que al trote largo de su cabalgadura se encaminaba hacia ellos. Supuso don Alonso que sería algún enviado del abad y así fué, en efecto, pues acercándose, se apeó, y con todo respeto entregó a don Alonso un pliego con las armas de Carracedo.

Lo abrió rápidamente y a los pocos renglones que hubo leído, palideció, y como si fuese a perder el conocimiento se apoyó en el tronco de un árbol, dejando caer el papel de las manos.

Doña Beatriz, entonces, se arrojó a coger la carta que empezó a leer con avidez y aunque su padre, repuesto, quiso arrancársela de las manos, no pudo impedir que ella, desviándose a un lado, sin separar los ojos del fatal escrito, llegase a un punto en que lanzando un gemido cayó sin sentido en brazos de su fiel doncella.

Viendo que tardaba en volver en sí, determinó don Alonso ponerla en la falúa y volver a la quinta inmediatamente. Por fortuna, estaba allí el médico que acudió al punto, y le prestó los remedios necesarios.

Al poco tiempo abrió los ojos y sin fijarlos en objeto alguno determinado, exclamaba:—¡Aire! ¡aire! ¡Yo me ahogo!

El religioso acudió a las ventanas y las abrió de par en par, y como ella se quejase aún de opresión en el pecho, la incorporaron en la cama, amontonando detrás una porción de almohadas. Recobró poco a poco, algún sosiego, y dirigiendo una larga y melancólica mirada al paisaje que por las abiertas ventanas se descubría, dijo:

—No seré yo quien sobreviva a las pompas de este año. ¡Necia de mí, que pensaba que la naturaleza se vestía de gala, como mi alma de juventud para recibir a mi esposo, cuando sólo se ataviaba para mi eterna despedida!

—No olvidéis doña Beatriz—dijo el religioso—que, como dicen en la carta, se tiene esperanza de que el Pontífice resuelva en justicia.

—¡Ah, padre!—contestó ella—¿cómo pensáis que en el laberinto de este imenso negocio, se acuerde nadie de la suerte de una joven infeliz que se muere de amor y de pesar? ¿quién pone los ojos en el nido del ruiseñor cuando el huracán tala y descuaja los árboles del bosque?

Don Alonso que se había sentado a los pies de la cama sumido en una profunda aflicción se levantó al oír estas palabras, y con ademán resuelto, respondió:

—Yo, yo que te he perdido, te traeré la libertad de don Alvaro y la ventura de los dos. Iré a arrojarme a los pies de Clemente V; le hablaré de la sangre que ha verti-

do mi casa por la fe de Cristo y le pediré la vida de mi hija única. Mañana mismo partiré.

Dofia Beatriz, hizo un gesto de oposición a lo que su padre decía, pero intercedió Martina para que no quitase a su padre aquel propósito y el religioso puso término a la conversación llevándose al señor de Arganza, el cual le dijo:—Estoy decidido a emprender el viaje inmediatamente, pero quisiera que viniese vuestro prelado a hacer el oficio de padre con mi desdichada hija, si con ello no pensáis que se causa perjuicio a su salud.

—Todo lo contrario—respondió el monje,—pues para amortiguar el crudo golpe que ha recibido hoy, no sólo debe venir el abad, sino don Alvaro también, y muy en breve, porque tal vez su presencia valga más que todos mis remedios.

Llamó don Alonso a Nuño, y le dió orden de que llamase al mensajero venido de Bembibre, y sentándose, escribió rápidamente una carta para el abad que entregó al enviado a la vez que le recompensaba espléndidamente:

—Es preciso que llegues a Bembibre enseguida y entregues esta carta al abad de Carracedo; si tu cabalgadura se revienta, yo te dejaré escoger entre las mías la que quieras.

Sin aguardar a más salió el soldado, y desatando su caballo, montó de un salto y salió como un torbellino por el camino de Ponferrada.

Pasó la tarde la enferma con una elevada calentura, bajo cuyo influjo tenía alternativas de sueño y de vigilia, quejándose entonces de dolor y opresión en el pecho. Ni su padre, ni el anciano religioso se apartaron sino muy contados instantes del aposento de la enferma.

Cuando don Alonso se hallaba sumido en sus tristes pensamientos y observaba el profundo contraste que con los tormentos de su hija formaba la calma de la naturaleza, brillando la luna en la mitad del cielo y pareciendo al mismo tiempo como adormecida en el fondo del lago, vió acercarse a tres jinetes. Precipitadamente bajó don Alonso a abrir, por su propia mano, al abad de Carracedo que era el que llegaba, acompañado de don Alvaro y de su escudero Millán.

—¡Ah, padre mío!—le dijo el apesadumbrado señor arrojándose en sus brazos,—hace un instante pensaba en vuestra predicción, que ha empezado a cumplirse de un modo espantoso, y que temo salga cierta del todo.

—No déis crédito a palabras, hijas de un ímpetu de cólera—le dijo el abad bondadosamente—. Más alta que la vanidad de nuestra sabiduría, está la bondad de Dios.

—¡Y vos, noble don Alvaro!—añadió don Alonso yéndose para el joven con los brazos abiertos—¿quién nos diría que de esta manera debíamos encontrarnos después de tan alegres imaginaciones?

Entonces se le anudaron las palabras en la garganta, y don Alvaro, sin decir nada, se separó violentamente de él, metiéndose en la oscuridad para enjugarse las lágrimas.

Guiados por don Alonso se dirigieron al aposento de la enferma que estaba tendida en su lecho como sumergida en un letargo, y sus largas pestañas daban a sus ojos cerrados una expresión extraordinaria. Sus rizos largos y deshechos le caían por el cuello, blanco como el de un cisne, de manera que, a no ser por su respiración anhelosa, y por el vivo matiz de su rostro, se la hubiera tenido por una estatua de mármol.

El abad, después de haberla mirado un instante, se puso a hablar en voz baja con el religioso que la asistía, y don Alvaro, se quedó contemplándola con los ojos fijos. De repente exhaló un suspiro y luego, con una entonación purísima, cantó sobre un aire del país el estribillo de una canción popular, que decía:

Corazón, corazón mío,
lleno de melancolía,
¿cómo no estás tan alegre
como estabas algún día?

Los ecos de aquella voz llena de sentimiento y de ternura, quedaron vibrando en las bóvedas y doña Beatriz se despertó e incorporó en la cama como asustada de lo que veía, hasta que algo repuesta dijo a don Alvaro:

—¡Oh, Dios mío! ¡Gracias mil de que no me abandones en este trance de amargura!

—¡Ah, señora!—exclamó él—ni en la ventura, ni en la desdicha, ni en la vida, ni en la muerte, os abandonará nunca mi corazón.

Volvió a quedarse todo en silencio, hasta que don Alonso lo rompió para decir a su hija que, puesto que la dejaba en tan buena compañía como eran don Alvaro y el abad, él partiría al día siguiente, esperando estar de regreso antes de tres meses, con la libertad de don Alvaro, y con ella, la salud y tranquilidad de todos.

—¿Conque perseveráis en esa penosa determinación sólo por mi amor?—dijo doña Beatriz.

—Sí—respondió don Alonso—. Animo Beatriz mía, que no tardará en llegar tu ventura.



XXII



EN la madrugada del día siguiente, cuando doña Beatriz se hallaba todavía descansando, salió el señor de Arganza para Francia, sin más compañía que el viejo Nuño y otro criado. No quiso despedirse don Alonso de su hija, para evitarle una escena desagradable que podría ser perjudicial a su delicada salud.

Cuando comunicaron a doña Beatriz la salida de su padre, exhaló un suspiro de amargura, y expresó su duda de que el bien que iba a buscar llegase a tiempo.

Al día siguiente, aunque con algún trabajo, abandonó el lecho, y apoyada en el brazo del abad y del señor de Bembibre, fué hasta el jardín y desde allí la condujeron a la falúa para dar un paseo por el tranquilo lago.

El abad, viendo a doña Beatriz más reanimada con la fresca brisa, sacó el libro de horas y yéndose al extremo opuesto de la embarcación, empezó a rezar.

Don Alvaro, que permanecía de pie ante ella, contemplándola con ojos inquietos, se sentó a su lado a una señal que ella le hizo con la mano. Entonces la joven, le dijo cariñosamente:

—Ahora estoy más sosegada y puedo hablaros. Oídme, pues, porque tengo sobre mi corazón un peso que me agobia. ¿No es verdad que alguna vez os habéis lamentado de que haya sido la esposa de un hombre indigno?

Calló don Alvaro en vez de responder y no alzó los ojos del suelo.

—Tomad esta cartera—le dijo alargándosela—que aclarará vuestras dudas. En ella escribía yo mis pensamientos y aun mis desvaríos; para vos la destinaba, recibidla, pues, de mis manos, como la hubiérais recibido de las de mi confensor, y cuidadla bien, porque dentro de poco será cuanto os quede de mí.

—¡Ah, señora! ¿Cómo abrigáis semejantes ideas cuando vuestro padre va a volver, y con él volverán aquellos días de la primavera de nuestro amor?

—Mi padre volverá tarde—respondió ella con acento profundo,—volverá sólo para confiar a la tierra los despojos de su única hija.

El abad que acabó entonces sus rezos, se acercó a ellos y aunque no se atrevió a decir palabra, su presencia interrumpió la conversación. Doña Beatriz, cada momento más agotada, quedó sumida en sus dolorosas reflexiones y don Alvaro, convencido de la triste verdad que acababa de escuchar, guardó también silencio, apretando la cartera contra su corazón. De esta suerte cruzaron el lago hasta la ensenada de la quinta, donde, saltando en tierra,

volvieron a subir en brazos a la joven, que dejaron en su aposento al cuidado de Martina.

Apenas se vió don Alvaro en su habitación, abrió la cartera y comenzó a leer ansiosamente sus hojas.

En la primera se encontró este pasaje:

«Cuando me dijeron que había muerto, me pareció oír una voz que me llamaba desde el cielo. Yo pensé que era la suya, pero después he visto que vivía y, sin embargo, la voz ha seguido llamándome entre sueños, cada vez con más dulzura. ¿Qué me quería decir? Mi salud se ha debilitado y sospecho que moriré joven.»

En otra hoja decía así:

«¡Qué contenta cerró los ojos mi pobre madre cuando me vió esposa del conde! Ella esperaba para mí un porvenir de gloria y de ventura, sin considerar que para mí, sólo existía la paz de los muertos, y por eso accedí a sus deseos.

.....

Más tarda la muerte de lo que yo esperaba y, sin embargo, soy más dichosa de lo que pude pensar. ¡Rara felicidad la mía! Antes de mis tristes bodas, llamé aparte al que iba a ser mi esposo y le exigí palabra de que me respetaría todo el año que había prometido aguardarle, cuando se partió a la guerra de Castilla. Así me lo prometió y me lo ha cumplido porque no me ama y se ha contentado con la esperanza de mis riquezas y el poder que le dá este enlace. Así, moriré como he vivido, pura y digna del único hombre que me ha amado. Para él escribo estos renglones que no sé si llegarán a sus manos. ¡Pobre padre mío, qué terriblemente habrá de despertar de sus sueños de grandeza!»

Recorrió el caballero otros pasajes en que la agonía que experimentaba doña Beatriz por su suerte, estaba trazada con rasgos de suma angustia y desconsuelo. Por fin, después de tantas ansias y congojas, había escrito:

«¡Oh, cielo santo! ¡Está absuelto de todas las acusaciones con todos los suyos! Al cabo volverá, sí, volverá; sino ¿para qué se había de ataviar tan pomposamente la naturaleza con todas las galas de la primavera sino para recibir a mi esposo? ¡Oh, Dios mío, Dios mío! para felicidad tan grande, escaso pago son tantas horas de soledad y de lágrimas.»

.
Don Alvaro al llegar a este pasaje en que, con tan vivos colores estaba bosquejada una dicha disipada como el humo, no pudo contener los sollozos que le ahogaban.

*
* *

Los tristes pronósticos de doña Beatriz fueron cumpliéndose muy a prisa desde aquel día.

Llegó a tanto su postración que pasó en la cama varios días, sin manifestar deseos de levantarse, y como sumida en un desvarío que parecía enajenar su razón. Al cabo de ellos, cerca de la caída de la tarde, se reanimó de manera desusada, y mostró vehementes deseos de dar un paseo por el lago.

Don Alvaro y el abad no tardaron en conducirla a la falúa, satisfechos de la reacción operada en doña Beatriz, pero el médico, al contrario, no pudo contener un gesto de disgusto.

El lago, iluminado por los postreros rayos del sol y en-

clávado en medio de aquel melancólico paisaje, ofrecía un aspecto encantador. Doña Beatriz lo contemplaba con tristeza y por último dijo al joven caballero:

—Ya veis cuán vanas son las alegrías de la tierra. ¿Quién nos dijera hace un año que nos habíamos de encontrar en estos escondidos parajes, sólo para una eterna despedida?

El joven, con pesadumbre indecible, le contestó:

—¿Es posible, doña Beatriz, que cuando comenzaba a fortaleceros vuestro antiguo valor, así le desechéis? ¿Sabéis lo que me dice una voz secreta? Que vuestro padre va a volver y que al cabo seréis mi esposa, delante del cielo y de los hombres.

—¡Pobre don Alvaro!—contestó ella.—Ha poco más de dos meses que partió y queréis que tan pronto vuelva.

La falúa se iba acercando a las encinas de la orilla, cuando de repente, el galope de tres caballos de guerra, hizo a todos volver los ojos hacia aquel sitio. Doña Beatriz, comenzó a mirar con ojos desencajados hasta que habiéndose acercado más, lanzó un grito, de dolor y alegría a un tiempo, y extendiendo los brazos hacia la orilla, exclamó:

—¡Es mi padre, mi padre querido!

—Sí, tu padre soy hija de mi alma—contestó don Alonso—que viene a cumplirte su promesa con la bula del Papa, que es traer tu felicidad.

—¡Misericordia divina! ¡La esperanza y la ventura, ahora que voy a morir!

Al acabar de pronunciar estas palabras, con el tremendo esfuerzo que acababa de hacer, se le inició una hemo-

rragia y un arroyo de sangre vino a teñir sus labios descoloridos.

Como todo ocurrió en un instante, y los remeros no habían cesado de bogar, tocó la góndola en la orilla, donde ya don Alonso estaba apeado, y al abrazar a su hija, se encontró bañado en su sangre.

El anciano médico, al observarlo, se acercó al abad y le dijo al oído, pero no tan bajo que don Alonso no pudiera oírlo:

—Ya se acabó toda esperanza; ¡lo más que durará es un día!

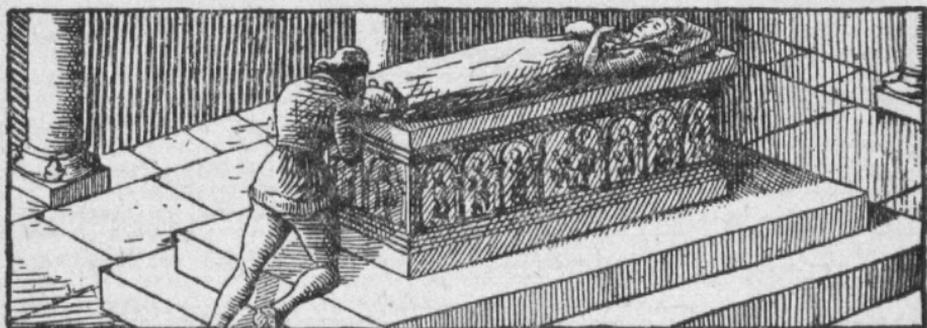
—¡Infeliz padre!—exclamó el abad.

—¡Ya he oído!—le dijo don Alonso lleno de consternación—¿No pudo el Señor quitarme la vida, antes de venir a ser su verdugo?

—Callad—dijo el abad—que pudiera oiros.

Don Alonso la condujo en sus brazos hasta su aposento, dejándola en el lecho todavía desmayada.





XXIII



L cabo de un rato, recobró alguna energía la joven y se aclaró su razón para hacer más dolorosos sus postreros momentos.

El día amanecía risueño y alegre. En el jardín gorjeaban un sin fin de jilguerillos, y las flores llenaban el aire de perfumes. Nada, en suma, pudiera hacer creer que en medio de su claridad, hubiera de eclipsarse una vida.

Al abrir sus ojos, cogió doña Beatriz la mano de su padre, y le dijo con acento sosegado:

—Esta muerte que tan de súbito me coge, en la primavera de mi vida, más me duele por vos, padre mío, y por este noble y generoso don Alvaro, que por mí. Hace tiempo que una voz secreta me está pronosticando este fin, y con humildad me postro ante la voluntad suprema. ¿Por qué habéis de acongojaros, si sólo os precedo a donde pronto hemos de reunirnos?

Hizo aquí una breve pausa, durante la cual, sus ojos se clavaron en los de don Alvaro con expresión singular, y por fin, le dijo:

—Leyendo estoy en ese corazón hidalgo, que querríais quedar en este mundo con el título de mi esposo.—Padre mío—añadió dirigiéndose al señor de Arganza,—y vos, reverendo abad, sabed que yo también quiero comparecer ante el trono del Eterno, adornada de tan hermoso dictado. Unidnos, pues, antes que se apague la llama de mi vida.

El abad se acercó y le dijo, que sería conveniente que una confesión de ambos precediese a tan augusta ceremonia.

—Tenéis razón—contestó ella,—pero he aquí la mía, que bien puede decirse en alta voz: Yo he amado y he sufrido, he hecho los beneficios que he podido y he enjugado cuantas lágrimas he podido enjugar; si alguna vez he odiado, sedme testigo de que me arrepiento.

—Otro tanto sé decir de mí—añadió don Alvaro,—unos han sido nuestros sentimientos, una nuestra vida. ¡Quiera el cielo que la muerte nos iguale del mismo modo!

El abad juntó la mano de don Alvaro, con la débil y casi transparente de doña Beatriz, y con voz conmovida, pronunció las palabras del sacramento, después de las cuales, quedaron ya esposos ante el Dios que debía juzgar a uno de ellos dentro de pocas horas.

Acabada la sagrada ceremonia y como si hubiera sido un bálsamo para su llagado corazón, doña Beatriz quedó muy sosegada y serena. A nadie engañó, sin embargo, esta tregua de su enfermedad, y mucho menos a la llorosa

Martina. Advirtió la enferma la solicitud de la muchacha, y atrayéndola hacia sí, le dijo:

—¡Pobre muchacha, que has compartido mis angustias y pesares sin que tu amor y fidelidad se hayan desmentido ni un instante! Tu felicidad me ha preocupado muchas veces, y ahora quiero asegurártela por entero. Padre mío, a vuestra liberalidad la encomiendo. Y vos, don Alvaro, tomadla a ella y a su futuro marido bajo vuestro amparo, para que gocen en paz una vida que, tal vez, habríamos disfrutado nosotros si hubiéramos vestido su humilde hábito.

La vida de doña Beatriz se iba extinguiendo con el día. Al ponerse el sol detrás de las montañas, inclinaba la enferma suavemente su cabeza sobre el hombro de don Alvaro, sin hacer movimiento alguno, como acostumbraba en los frecuentes delirios que padecía, pero pasado un rato, y no sintiendo el caballero su respiración, la apartó de sí, azorado. El cuerpo de la joven, cayó entonces inanimado sobre la cama, porque sobre el hombro de don Alvaro, acababa de exhalar el último suspiro.

.

El señor de Bemibre, desde que vió muerta a su esposa se encerró en un silencio pertinaz y no hacía más que sollozar y derramar lágrimas de intensa amargura. Solamente deseaba bajar a la capilla donde había sido enterrada doña Beatriz, y arrodillándose sobre la sepultura, la regaba de lágrimas y oraba fervorosamente, hasta que a viva fuerza le sacaban. A los pocos días, después de su habitual oración, besó la losa del sepulcro y sin decir palabra alguna, ni despedirse de don Alonso, partió

de la quinta seguido de Millán y dos o tres criados que al rumor de su desgracia habían acudido.

Apenas llegó a Bembibre, hizo donación de todos sus bienes entre sus criados y vasallos más pobres, dejando muy mejorado a su escudero. Hecho esto, una mañana le buscaron por todo el castillo y no pareció; lo único que se había llevado consigo era el bordón y sayal de peregrino de uno de sus antepasados, que había ido a Tierra Santa.

El señor de Arganza, apesadumbrado por tantas desgracias, sobrevivió poco a su desdichada hija, dejando un doloroso ejemplo de las funestas consecuencias de la vanidad y ambición humanas.

* * *

Por los años de 1320, ocho después que el santo padre Clemente V, disolvió la Orden y caballería del Temple, un peregrino que volvía de visitar el sepulcro del Salvador, llamó a la portería del convento de San Pedro de Montes.

Este monasterio es antiquísimo y fué restaurado por San Genadio, obispo de Astorga, después de la invasión sarracénica. Está situado sobre un precipicio que da al riachuelo Oza, y por todas partes le cercan montes altísimos, riscos inaccesibles y oscuros bosques.

El pico de la Aquiana, cubierto de nieve durante siete u ocho meses del año y el más alto de todos los de El Bierzo, domina el monasterio casi a vista de pájaro y dista poquísimo por el aire, pero son tales los derrumbaderos que por aquel lado lo cercan, que el camino para llegar allí tiene grandes rodeos y dista más de una legua. En la cresta de esta montaña hay una ermita en la que se ado-

raba hasta la extinción del monasterio, la imagen de Nuestra Señora de la Aquiana, cuya función se celebraba el 15 de agosto organizándose una romería muy concurrida.

Una vez que hubo entrado el peregrino en el convento, solicitó que le llevaran a la cámara del abad. Duró mucho tiempo la conversación, y su resultado fué, que dos días después, tomase el desconocido el hábito de San Benito. El nuevo monje, tendría unos treinta y dos años, pero las penitencias sin duda, y tal vez los disgustos, le hacían parecer de doble edad.

Pocos días antes de su misteriosa llegada, había fallecido el ermitaño de la Aquiana y como la vida en la ermita a causa de la soledad y de la nieve que la cubre gran parte del año, era muy penosa, nadie se sentía con fuerzas para substituirle. Enterado el nuevo religioso, se ofreció para ir a vivir en ella.

Los fríos del invierno y el rigor de sus penitencias, acabaron de destruir su salud, ya quebrantada, hasta el punto de que la dulce estación primaveral no fué capaz de restaurar sus fuerzas. Sin embargo, salía muy a menudo de la ermita y paseando aunque con trabajo, llegaba a las rocas de Ferradillo, desde donde se registraban las cárcabas y pirámides de Las Médulas, y el plácido y tranquilo lago de Carucedo. Allí se pasaba las horas como extasiado y hasta que declinaba el día, casi nunca volvía a su estrecha celda.

Por fin el 14 de agosto víspera de la función de la Virgen de la Aquiana, se oyó tocar, a deshora, la campana del ermitaño con gran prisa, como pidiendo socorro. Se alborotó la comunidad y el pueblo, y apresuradamente

subieron a la ermita, pero cuando llegaron ya le encontraron muerto. En su pobre ajuar solo encontraron una cartera destrozada, con una porción de páginas desatadas.

Como al día siguiente era la romería de Nuestra Señora, con el fin de que recayesen sobre el difunto las oraciones de los fieles, lo pusieron en unas andas cubiertas de negro, a los pies de la ermita, amortajado con su propio hábito y con la cartera de seda encima.

Entre las gentes que aquel año subieron a la romería, llegó una familia compuesta de un anciano que pasaba de sesenta años, de un mozo muy gallardo como de treinta y dos, y una mujer de unos veinticinco, rubia y de extraordinaria gracia y gentileza, que traía de la mano una niña de unos siete años, con una túnica blanca de lienzo y una gran vela de cera en la mano, lo cual, unido a su color un poco pálido daba a conocer que venía con sus padres a cumplir un voto por haberse librado de las garras de la muerte.

Entraron en la ermita, y pronto en sus rostros se pintó la sorpresa y el terror al fijarse, ella, en la descolorida cartera, y él, en el semblante del muerto, cubierto en parte con la capucha, según la costumbre franciscana.

—¡Virgen Santísima de la Encina!—exclamó la mujer dando un descompasado grito—¡¡La cartera de mi pobre y querida ama doña Beatriz Ossorio!!

—¡Dios soberano!—gritó él por su parte, descubriendo la cara del muerto, y abrazándose estrechamente con el cadáver—¡mi amo, mi generoso amo, el señor de Bem-bibre!

—¿Quién decís?—exclamó el viejo acercándose atro-

pelladamente—¿el esposo de aquel ángel del cielo que yo vi nacer y morir?

Los tres romeros que no eran otros que Nuño, Martina y Millán con su hija comenzaron un tierno llanto, en que la niña y muchos de los circunstantes, conmovidos ante el inesperado caso, no tardaron en acompañarles. Millán pidió al abad que le dejase llevar el cadáver a Bemibre, pero no se lo consintió, por no ir contra la voluntad expresa del difunto, que quería ser enterrado entre sus hermanos.

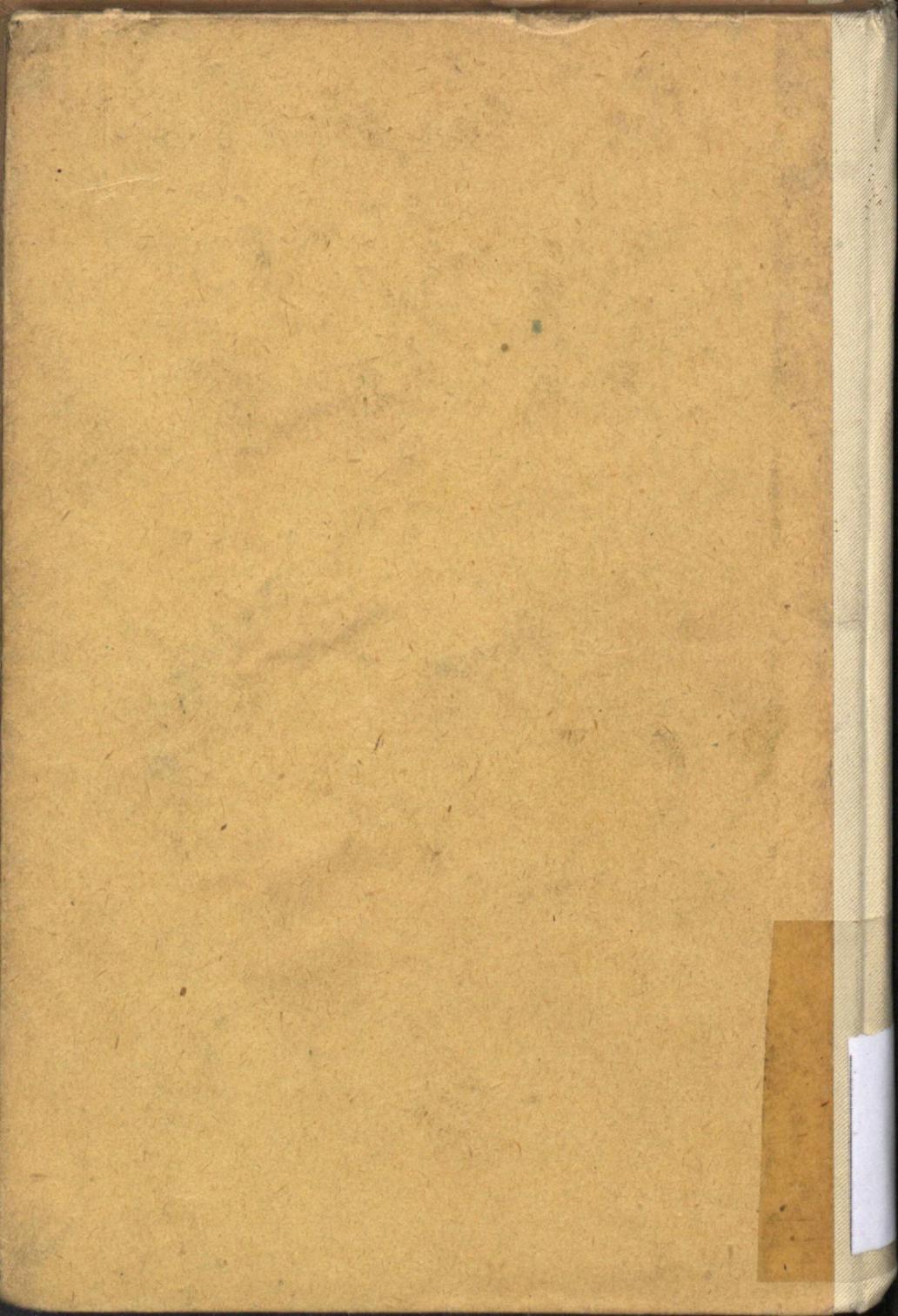
En conversación con el abad, recordaron estos fieles criados las desdichas de que habían sido testigos, y lamentaron la muerte del maestre y del abad que acabaron sus días en Carracedo y la del noble comendador Saldaña que murió peleando en Tierra Santa.

Al cabo de dos días se volvieron los romeros a Bemibre, pero a pesar de que vivieron felices, aún pasados muchos años, se les asomaban las lágrimas a los ojos cuando recordaban el fin que tuvieron sus buenos amos, y sobre todo, el señor de Bemibre.

FIN







JT 1915